

JORGE ACROPOLITA

ANALES

I

La utilidad de la historia los que la escribieron antes de nosotros la han determinado, y lo que por aquellos se llegó a decir, también nosotros podríamos decir. ¿Qué concepto original encontraríamos cuando tantos han escrito historia y han revelado su absoluta belleza en sus obras? Quizá lo que es más digno de exponer que aquéllas en la presente propuesta es lo que vamos a plantear en nuestra obra: dado que hemos afrontado circunstancias novedosas que nunca antes nadie dio a la escritura, novedosa resulta también su utilidad una vez haya sido puesta en conocimiento de los hombres. Son hechos cuya verdad el tiempo, en su caótico discurrir, no revela. Quienes recogieron en sus historias el acontecer humano establecieron el principio según su criterio. Unos comenzaron por el inicio del mundo; otros, por un principio digno de mención, ya sea con los persas, los griegos, los romanos o cualquier otro pueblo. Cada uno ajustaba la obra a sus propios objetivos. Del mismo modo, nosotros, en no menor grado, tendremos nuestro objetivo en esta historia. Lo que sucedió desde el principio del mundo ha sido recogido por muchos autores y en muchas narraciones históricas, y no hace falta decir tampoco que muchos se contradecían unos a otros al escribir los hechos de los emperadores, las transformaciones de los lugares, las revueltas en las ciudades, los estallidos de guerras, la toma de cautivos, las derrotas, las victorias y todo cuanto sucedió en tiempos históricos. Variados fueron sus fines y, tal vez, ni siquiera conocidos por aquellos que intervinieron en los hechos y apenas hallarían la verdad quienes los recogieran en sus historias. Por ello, en mayor grado, cuanto es conocido por la común opinión, eso debe ser obviado por el historiador, si no quisiera éste cometer una injusticia con la verdad, como los que devalúan los óbolos con mala moneda o pretenden acuñarla fraudulentamente. Así pues, ni a favor ni con envidia, ni tampoco con odio o con favoritismo debe escribir el historiador, sino sólo en beneficio de la historia y para no entregar al abismo del olvido, que el tiempo sabe generar, lo que algunos hicieron, ya resultara ser bueno o vil. Sea comienzo de nuestra obra la toma de Constantinopla, tan renombrada y sabida por todo el mundo que no hay ni un pueblo que no la conozca.

II

En los tiempos en los que Alejo Comneno¹, hermano del anterior emperador Isaac, llamados ambos de apellido Ángel, aferraba el cetro de los romanos, gente de Italia atacó con un ejército Constantinopla. La causa fue la siguiente. El mencionado Alejo derrocó del trono a su hermano Isaac² y lo mandó cegar. Fue desde ese momento quien ostentó el poder entre los romanos. Tenía Isaac un hijo, nacido de su anterior mujer, que había alcanzado ya la adolescencia³, quien, no soportando el ultraje hecho a su padre, planeó su fuga, marchó a Roma, se arrojó a los pies del pontífice⁴ y con tenaz insistencia solicitó vengar a su padre. Por aquel entonces resultó que se habían reunido grandes masas de gente de origen itálico. Unos procedían de la misma Italia; otros, del reino franco; otros, de Venecia y otros, de otros lugares. El pretexto era marchar para liberar Jerusalén, donde se halla la tumba del Señor. Era el responsable de esa reunión el hombre que estaba al frente del solio pontificio de la antigua Roma, al que, como he dicho, el hijo de Isaac había rogado encarecidamente en pro de la soberanía paterna. El papa cedió a los ruegos y, sobre todo, a las promesas del joven por ser numerosas, y lo pasó a los jefes del ejército, en la idea de que, si se apartaban de su primer objetivo y restituían al padre en el trono, recibirían como botín cuanto saquearan durante su lento avance y en la propia Constantinopla. Hicieron, pues, aquéllos por mar la navegación con fortuna llevados por vientos favorables en galeras y naves mercantes. Una vez hubieron atracado en Constantinopla, dieron a conocer el joven a sus habitantes, la injusticia cometida y las órdenes al respecto de Roma. Durante un tiempo se produjeron por ambas partes conversaciones y sangrientas batallas por tierra; pero no se convino en absoluto ninguna clase acuerdo diplomático. El emperador Alejo se acabó dando por vencido ante tales circunstancias y renunció porque, fundamentalmente, en el interior de la ciudad reinaba la confusión y se sufría la inestabilidad. Dijo adiós a todo y se entregó a la fuga con un ánimo renuente, diciendo, como afirmaban quienes lo habían oído: «David se salvó huyendo», y llevándose consigo a la emperatriz y bastante dinero del tesoro imperial.

III

¹ Alejo III Ángel (1195-1203). Jorge Acropolita le adjudica el apellido Comneno porque su abuela, la madre de su padre, Andrónico Ducas Ángel, era Teodora Comnena, la hija menor de Alejo I Comneno, fundador de la dinastía de los Comneno.

² Isaac II Ángel (1185-1195 y 1203-1204), hermano de Alejo III, reinó dos veces con un período intermedio tras su derrocamiento por su hermano. Su segundo período de reinado lo fue como coemperador con su hijo Alejo IV.

³ El futuro Alejo IV, hijo de Isaac II y de Irene Paleologina, había nacido en 1182, por lo tanto, tenía 13 años cuando su tío Alejo III depuso y cegó a su padre en 1195. Reinó junto a su padre de julio de 1203 hasta enero de 1204.

⁴ Inocencio III (1198-1216).

Así pues, cuando éste hubo salido de Constantinopla, sus habitantes mandaron una embajada a los italianos para que Alejo, el hijo de Isaac, por cuya causa se había producido, al parecer, el conflicto, fuera traído y entronizado como emperador. El hijo de Isaac fue llevado a la ciudad conforme a los acuerdos estipulados anteriormente y confirmados a los italianos que lo habían embarcado, y es proclamado emperador por todo el pueblo. A partir de ese momento, hubo ciudadanos e italianos que aparentaban querer la paz, pero los italianos exigían el cumplimiento de las promesas y los pagos, y los habitantes de la ciudad creían que el coste era excesivo y sostenían que no podrían entregar tanto dinero a los italianos. Sucedió también por aquel entonces que se difundieron rumores por la ciudad. El padre de Alejo, Isaac Ángel –aún vivía, si bien se había retirado un poco antes de que fuera tomada Constantinopla– era de la opinión de reunir los tesoros de los templos en primer lugar y comenzar así a pagar la deuda con los italianos, y abonar lo que faltase con el tesoro imperial y con los bienes de los habitantes de la ciudad. Mientras, entre las discusiones y las idas y venidas de los embajadores de ambas partes, Alejo, el hijo de Isaac, es asesinado por Alejo Ducas, que había ocupado el cargo de protovestiario⁵. Los habitantes de la ciudad lo habían apodado en tono de reproche por alguno de sus rasgos «Murtzuflo.»⁶ Así pues, el mencionado Alejo Murtzuflo fue proclamado emperador por los ciudadanos. Enfurecidos aún más los italianos por culpa de ése, volvieron su enemistad implacable contra los constantinopolitanos. Sucedió también que los ciudadanos tomaron una decisión no digna de alabanza. A los latinos⁷ que Constantinopla albergaba como moradores, las autoridades y los mandatarios aconsejaron expulsarlos de la ciudad con idea de no tener en el interior a conspiradores. Éstos acudieron a sus enemigos a millares, voluntariamente, asegurando, en primer lugar, a los ciudadanos con juramentos inquebrantables que nunca incurrirían en traición contra ellos y que morirían a su lado, si se diera el caso, como conciudadanos y connaturales. Aunque concedieron llevar a las mujeres y niños a lugares más seguros, no los convencieron. Una vez que salieron, fueron de gran ayuda a los enemigos dado que fue una gran multitud y conocían la ciudad.

IV

⁵ Cargo que, en un principio, estaba cubierto por eunucos y que se encargaba del vestuario del emperador. Dado que en ese apartado se incluía también el tesoro imperial, acabó por tener funciones económicas para terminar siendo un alto cargo de la corte con funciones militares y diplomáticas.

⁶ Alejo V Ducas Murtzuflo (1204-1205). El apodo hace referencia a su carácter sombrío y adusto.

⁷ El autor distingue entre «italianos» y «latinos». Los primeros, como se puede colegir del texto, son los integrantes del ejército cruzado donde no sólo había hombres procedentes de la península. Los latinos son los comerciantes genoveses, pisanos y amalfitanos que estaban asentados en Constantinopla.

Tras cuarenta días, Constantinopla fue tomada por éstos, en el año 6711 desde la creación del mundo, corriendo el día doce de abril. En el año 6710, en el mes de mayo, habían atracado en la ciudad y a los once meses tuvo lugar el saqueo. La ciudad más importante y más célebre fue tomada, se cuenta que gracias a que uno o dos saltaron a la muralla desde una escala desde el mástil de una nave mercante que había allí. Cuanto le sucedió a la ciudad, sería propio de un relato más extenso y no es objeto del presente asunto. Con todo, se puede concebir detalladamente cuanto sufrimiento recae sobre las ciudades sometidas a cautiverio: matanzas de hombres, esclavización de mujeres, devastación, destrucción de las casas y todo lo demás que es obra de la espada. Una vez fueron dueños de la ciudad los italianos, avanzando desde una posición privilegiada, asolaron todo el occidente y en no menor grado también las regiones orientales. En suma, primero sometieron el occidente, donde todos huían de ellos como empujados por una calamidad que Dios enviaba.

V

El emperador Alejo Ángel, de quien el relato ha dicho que había abandonado Constantinopla, llegó a Filipópolis⁸, donde los habitantes se negaron a acogerlo. De allí, llegó a Mosinópolis, donde se quedó. Alejo Ducas, que había matado al hijo de Isaac, con el deseo de ligarse a éste mediante un matrimonio, al mismo tiempo que asesinó al hijo de Isaac, tomó como esposa a Eudocia⁹, la hija menor del emperador Alejo de las tres que tuvo. La primera se llamaba Irene, a la que unió con Alejo Paleólogo y que fue honrado con el título de déspota¹⁰, que murió antes de la toma de Constantinopla. La segunda se llamaba Ana, a la que comprometió con Teodoro Láscaris. La tercera se llamó Eudocia y su padre la había casado impúber con el kral¹¹ de Serbia, quien, tras haberla sorprendido en cierto desvarío, como se dice, la devolvió a su padre y así permaneció. A ésta tomó el mencionado Alejo Ducas tras haber abandonado a su propia consorte. Cuando los italianos hubieron tomado Constantinopla, también ése huyó de allí llevándose a su esposa Eudocia. Al enterarse de que su suegro, el emperador Alejo, estaba en Mosinópolis, se armó de valor y acudió a él, pero éste lo aborrecía por muchas otras causas y en no menor grado por su hija. Así pues,

⁸ Actualmente, Plovdiv, en Bulgaria.

⁹ Hija de Alejo III y de Eufrosine Ducas, Eudocia (1173- ca. 1211) fue primero esposa del rey serbio Esteban I Nemanjić de 1196 1198, de quien se separó entre acusaciones mutuas de adulterio, como sugiere inmediatamente Jorge Acropolita.

¹⁰ El título de «déspota» (δεσπότης–despotes) significa primeramente «señor». A lo largo de la historia del Imperio de Oriente pasó de ser una manera de dirigirse a Dios, al emperador o a altos dignatarios del Imperio a convertirse en un título áulico que en los tiempos de Jorge Acropolita se concedía a los yernos de los soberanos reinantes o a sus herederos. Más adelante fue el nombre que recibieron los gobernantes de los principados semiindependientes que surgieron en los momentos finales del Imperio.

¹¹ Kral era el nombre para rey entre los serbios.

vistiendo la máscara del parentesco, recibió a Alejo y, tras ordenar que se preparara el baño, le mandó que se lavara junto con su hija. Cuando Alejo estuvo en el baño, cayeron sobre él en masa los criados del emperador Alejo y le sacaron los ojos. Quienes se dio la circunstancia de que estuvieron presentes afirman que la hija, que se hallaba en pie junto a la puerta del baño, llenó de insultos a su padre y que éste le reprochó su liviandad y su depravada pasión. El mencionado Alejo Ducas, convertido en un ciego, vagó errante transitando por los rincones de Mosinópolis. El emperador Alejo partió de allí en dirección a la región de Tesalónica. Cuando los italianos hubieron salido de Constantinopla y llegado a Mosinópolis, encontraron allí a Alejo Murtzuflo y se lo llevaron a Constantinopla. Como venganza por el crimen que ha sido narrado y que había cometido contra el hijo del emperador Isaac, lo condenaron a muerte tirándolo desde lo alto. Lo subieron a la columna más elevada, que llaman del Toro¹², y lo arrojaron. Ese fue su final. Por su parte, el emperador Alejo llegó a Tesalónica.

VI

Tras dominar la ciudad, los italianos dieron licencia a sus habitantes para que quienes lo desearan permanecieran bajo su gobierno y para que los demás salieran de allí sin impedimento para ir donde quisiesen. Partieron, entonces, unos abiertamente y otros, a escondidas, entre éstos los más ilustres. Teodoro Láscaris se adelantó a salir junto con su esposa Ana, que el relato ha mostrado se había convertido en yerno del emperador Alejo y había sido honrado con la dignidad de déspota por éste. Cuando hubo salido con su mujer y sus hijos (tenía tres hijas, llamadas la primera, Helena; la segunda, María y la tercera Eudocia) y hubo llegado a la ciudad de Nicea, pidió a los nicenos que lo recibieran dentro de la ciudad y se pusieran a sus órdenes como señor; sin embargo, los nicenos se negaron a recibirlo. Láscaris se comportó con ellos melifluamente y, si bien los convenció para que aceptaransolamente a su esposa, sabía que obedecían a regañadientes. Dejó, pues, éste a su esposa en Nicea y se dedicó a recorrer la región, Prusa y sus alrededores con idea de ponerlos bajo su égida y gobernarlos como emperador en lugar de su suegro Alejo, y tuvo éxito en la tarea. Entre tanto, marchó junto al caudillo persa¹³, cuya amistad ganó, estableció una alianza y cumplió sus objetivos.

VII

¹² Columna situada en el Foro de Teodosio, también conocido como Foro del Toro.

¹³ Las reglas arcaizantes de la historiografía bizantina exigían que se prescindiera de denominaciones contemporáneas y se acudiera a sus equivalentes de la Antigüedad. Los persas en el contexto del siglo XIII bizantino son los turcos selyúcidas. Aquí, concretamente, se refiere al monarca del Sultanato Selyúcida de Rum, cuyos dominios ocupaban el centro de Anatolia. El sultán al que acudió Teodoro Láscaris era Kaikosru I, que reinó en dos veces, del 1192 al 1196 y de 1205 a 1211. Este sultán era yerno de un noble bizantino, Manuel Maurozomes, que había estado al servicio de la dinastía de los Ángel y estaba emparentado con los Comneno.

Habían pasado dos años desde que Láscaris había sido nombrado déspota, cuando se produjo en Nicea una reunión de varones ilustres y notables de la iglesia. Su motivo era que el déspota Teodoro había sido proclamado emperador, pero el patriarca no estaba presente allí. Juan Camatero¹⁴ ocupaba el trono patriarcal en el momento en que los italianos se habían apoderado de Constantinopla y, tras abandonarla, se había instalado en Didimotico. Había sido invitado por Láscaris y por otros, pero declinó acudir junto a ellos y puso por escrito su renuncia. Se proclamó patriarca, entonces, a Miguel Autoriano, que era un sabio y experto en la toda clase de escrituras, tanto sacras como profanas y que ciñó al déspota Teodoro la diadema imperial. Nada más ser coronado emperador, Láscaris puso manos a la obra y se involucró en no pocas y duras batallas. Los italianos habían tomado la ruta de occidente y se habían apoderado de la mayor parte de éste. El tema¹⁵ al completo de Opsicio, el del Egeo y hasta del mismo Atramicio habían caído bajo los italianos. Bari, Aulón, Pemaneno, Lenciana hasta Lopadio reconocieron a los italianos como señores suyos e incluso toda Tinia hasta la misma Nicomedia. Por ello, el emperador Teodoro se hallaba en enormes apuros y sufría no menos presiones por parte de los romanos, ya que, en la confusión provocada por la toma de Constantinopla, unos y otros se encontraron siendo caudillos de diferentes zonas, bien fuera porque quienes estaban al frente de unas tomaron como dominio particular las tierras que dependían de ellos, bien porque fueron forzados a ello por aquéllos, bien porque fueron convocados por sus habitantes para la defensa del territorio. Sin perder el tiempo, un tal Teodoro, al que llamaban «Teodoro el Loco»¹⁶, gobernaba la ciudad de Filadelfia; otro, de apellido Sabas, gobernaba la ciudad de Sansón junto con la región que se hallaba en sus cercanías. Dueño de toda Paflagonia era David, hermano del gobernador de Trapezunte, que también era llamado «El Gran Comneno»¹⁷ y que eran nietos del emperador Andrónico, nacidos de su hijo Manuel. Por ello, la situación era muy angustiosa para el emperador Teodoro; sin embargo, sometió con facilidad a Teodoro el Loco y a Sabas y a partir de ese momento, se apoderó sin obstáculos de Celbiano, Filadelfia del Meandro y Neocastra.

¹⁴ Juan X Camatero, patriarca desde 1198 hasta 1206, año en que murió tras renunciar al cargo.

¹⁵ «Tema» (θέμα- *thema*) era el nombre que recibieron las provincias del Imperio Bizantino. Su origen reside en los asentamientos militares creados en Asia Menor para defender el territorio en los primeros tiempos de su existencia. Recibieron una primera organización durante el reinado de Heraclio (610-641) y no dejaron de existir hasta el final del Imperio, aunque sufrieron numerosas reorganizaciones.

¹⁶ Así llamado porque sus intentos de asunción del poder imperial fracasaron. Vivió entre 1188 y 1205. Lo intentó por primera vez durante el reinado de Isaac II Ángel y por segunda vez durante la IV Cruzada, en el período que Jorge Acropolita cuenta aquí.

¹⁷ David Comneno (1184-1212) era el fundador del Imperio de Trebisonda (o Trapezunte) a raíz de la IV Cruzada, que existió hasta el año 1461. David Comneno era nieto del emperador Andrónico I Comneno (1118-1185), nieto, a su vez, de Alejo I Comneno (1081-1118), fundador de la dinastía.

VIII

Pero deténgase en este punto mi relato, ya que tiene intención de contar lo que le sucedió al emperador Alejo¹⁸ junto con los restantes hechos que acontecieron en occidente. El mencionado emperador, como quedó dicho, había llegado a Tesalónica y fue recibido por su cuñada, que procedía de Hungría¹⁹, y que se había desposado con el emperador Isaac tras la muerte de su esposa. Quienes la vieron decían que tenía una apariencia realmente hermosa. Por otro lado, los italianos, una vez se hubieron hecho con la mayor parte de la Rumania, proclamaron emperador a Balduino²⁰, originario de Flandes. El dux de Venecia²¹, que se estaba allí en persona, retuvo una parte no pequeña, fue honrado con el título de déspota y consiguió el cuarto y la mitad del cuarto de todo cuanto la nación franca había obtenido. Dado que el marqués²² se había quedado con una parte considerable por la alianza, fue honrado con el título de rey por el conde de Flandes, añadiendo como esposa a la mencionada María de Hungría, que había sido anteriormente cónyuge del emperador Isaac. Por ella, como dije, había sido recibido el emperador Alejo. Al poco tiempo, fue descubierto por la gente de allí provocando revueltas y fue expulsado junto con su mujer y su hija Eudocia, a la que, tras haber llegado a Corinto, desposó con el gobernador de aquella plaza, Esguro. Este Esguro se dedicó a promover una sedición en interés propio tras la caída de Constantinopla y gobernaba Corinto y el territorio circundante, como había sucedido también con muchos otros. Tras permanecer un poco de tiempo allí y sabiendo por algunos que iba a ser apresado, escapó y fue capturado tras haberse topado con unos hombres de Lombardía mientras acudía junto a su primo hermano Miguel²³. Dominaba éste por aquel entonces una parte del antiguo Epiro y se oponía a los italianos que estaban llegando a aquella región, y controlaba aquel territorio. Mandaba también sobre Joánina y Arta hasta Naupacto. Así pues, el emperador Alejo fue capturado por los lombardos y fue vendido por éstos junto con su mujer y su hija al mencionado Miguel, quien entregó una gran suma a los captores. Después de permanecer

¹⁸ Alejo III.

¹⁹ Su nombre originario era Margarita. Vivió entre 1175 y 1223. Era hija del rey húngaro Bela III. Fue dada en matrimonio a Isaac II después de que muriera su primera esposa, Irene Paleologina, momento en que cambió su nombre por el de María. Se volvió a casar dos veces más tras la muerte de Isaac II y de su segundo esposo, Bonifacio de Montferrato. Su tercer esposo fue Nicolás de Saint-Omer. En total tuvo cinco hijos con sus diferentes maridos.

²⁰ Balduino, IX conde de Flandes y I del Imperio Latino de Constantinopla (1171-1205; emperador del 1204 al 1205).

²¹ Enrico Dandolo (1192-1205)

²² Como se menciona en la nota anterior, se trata de Bonifacio, marqués de Montferrato (1150-1207) Montferrato estaba situado en el Piamonte, al sur del Po y al este de Turín.

²³ Miguel I Comneno Ducas, así llamado, aunque pertenecía a la familia de los Ángel. Fue fundador del Despotado del Epiro tras la toma de Constantinopla y su gobernante de 1205 a 1215. Fue sucedido por su hijo Miguel II (1230-1260/1266).

un poco de tiempo junto a Miguel, deseó el emperador Alejo partir al encuentro del sultán de Iconio²⁴, llamado Jatatines ya que era familiar suyo. El dicho Jatatines, huyendo del poder de su hermano Azatines, entonces reinante entre los musulmanes, marchó como refugiado a Constantinopla y fue acogido por el emperador Alejo, fue bautizado y adoptado, y escapó de Constantinopla junto con el fugitivo emperador Alejo. Pero no habían pasado muchos días aun cuando llegó ante él un mensajero que a escondidas le informó de la muerte de su hermano, y junto con aquél se presentó vestido de pobres harapos y, tras ser reconocido por los suyos, fue aclamado como soberano de los persas. Al emperador Teodoro, que se hallaba en apuros en aquellos momentos, pareció que le era útil y firmó una alianza y un tratado de paz, puesto que a la emperatriz Ana la llamaba hermana.

IX

Todo el afán del emperador Alejo era acudir junto a ése porque llevaba mal llegarse a Teodoro, el emperador y yerno suyo. Así pues, tras hacerse con suministros para el camino de la tierra de Miguel y gracias a vientos favorables, atracó en Atalía²⁵. Fue recibido muy amablemente por el sultán. El emperador Teodoro residía en Nicea y le llegó una embajada del sultán dándole a conocer la llegada del emperador y suegro, y diciéndole que era injusto que hubiera asumido un poder que le era ajeno. Quedó confuso el emperador ante esas palabras y le embargó un temor no pequeño porque el sultán, con la excusa del emperador Alejo, en realidad tenía como objetivo asolar y devastar todo el territorio romano o someterlo. Teodoro estaba, como se suele decir, sobre el filo de la navaja. Reunió, pues, a su gente los sondeó sobre si le eran adictos a él o a su suegro y emperador Alejo. Ellos de forma unánime y a una sola voz, como un solo corazón, afirmaron que o vivirían a su lado o morirían con él. Animado el emperador por las palabras de sus súbditos, salió de Nicea en compañía del embajador del sultán. Hizo rápidamente el camino hasta Filadelfia²⁶. El sultán salió llevando consigo al emperador Alejo como cebo y puso sitio a Antioquía, ciudad ésta que se encuentra situada junto al río Meandro. Su objetivo era apoderarse de ella; para ello situó máquinas de asedio y puso sitio a la ciudad, y estaba a punto de tomarla. Temiendo este hecho, el emperador Teodoro (era cierto que, si el sultán se apoderaba de la ciudad, no habría impedimento alguno para que sometiera toda la Romania), como si se jugara a los dados la guerra o, para decir más verdad, confiando en Cristo

²⁴ Iconio (hoy, Konya) fue la capital del Sultanato Selyúcida de Rum (v. capítulo VII). El sultán aquí mencionado es el ya conocido Kaikosru I, cuya versión del nombre que escribe Jorge Acropolita puede proceder de su nombre en árabe y persa: Ghīyāth al-Dīn Kaykhusraw, o de la versión turca del mismo: Giyaseddin Keyhüsrev. El hermano citado es Kiliç Arslan III, depuesto tras suceder a su padre fallecido Suleiman Shah.

²⁵ Hoy en día Antalya.

²⁶ Hoy en día Alaşehir.

Nuestro Señor, cuya invocación tenemos los creyentes como lema y timbre, aceleró el camino ordenando que nadie llevase ni tiendas, ni peso, ni ninguna otra cosa que no fuera útil para la guerra, salvo lo necesario, unas pocas raciones de comida y vestido. Su ejército contaba con unos dos mil hombres, de los que ochocientos eran italianos, hombres valientes y fuertes, como la ocasión demostró, y los restantes eran romanos.

X

Cuando se hallaba cerca de Antioquía, el emperador dejó libre al embajador persa para que acudiera junto a su señor. Se marchó éste e informó al sultán del ataque del emperador, al que no le daba el menor crédito. Entonces, el embajador le aseguró mediante un juramento que el emperador estaba cerca. Cuando hubo oído este juramento, el sultán con la mayor rapidez posible, reunió sus fuerzas y se aprestó a la guerra. En un primer momento, cayeron sobre las fuerzas del sultán los italianos, pero la masa de los musulmanes era grande. Aunque dieron muestras de su gran poder y de un ánimo valiente, casi todos cayeron en masa víctimas de la espada. Una vez superados los italianos por los musulmanes, fácilmente vencieron también a las fuerzas romanas. Unos huyeron precipitadamente y no pocos aguantaron esperando el fin de la batalla. Tras proclamarse vencedor de la batalla, el sultán comenzó a buscar al emperador y alguien le señaló que éste se encontraba en apuros. A la mayor velocidad posible se lanzó en pos del emperador confiando en la fuerza de su propio cuerpo, porque se conocían el uno al otro. El sultán golpeó la cabeza del emperador con una maza y éste cayó del caballo, aturdido por la acometida y, según se cuenta, ya que el caballo también fue afectado por golpe, no sé si porque recibió un segundo mazazo por parte del sultán. Así pues, aunque el emperador estaba descabalgado, como fortalecido por un poder divino, se afirmó sobre sus pies, sacó su espada de la vaina y, cuando el sultán se daba la vuelta en su dirección y mientras gritaba con insolencia: «¡Tomad esto!», hirió el emperador al caballo del sultán en las patas de atrás. Montaba una yegua de grandísima alzada. El sultán, pues, cayó como desde una torre y, repentinamente, la cabeza cayó cortada, sin que el emperador supiera ni nadie de los que estaban a su lado la razón de que fuera seccionada. Salió vencedor, pues, el emperador en aquella ocasión, el que había sido vencido la mayor parte de las veces. Tampoco podía avanzar más con los contados recursos que le quedaban, pero esta victoria les procuró a los romanos un alivio porque a partir de ese momento los musulmanes firmaron pactos inquebrantables con los romanos. Desde el momento de aquella batalla, el emperador contó con una tregua y pasó a ocuparse de la guerra contra los italianos. Se llevó también consigo a su suegro, el emperador Alejo, a quien halló durante la batalla. Tras dignarle los honores habituales, lo condujo a Nicea, lo despojó de las insignias imperiales y le ordenó pasar la vida en el monasterio de San Jacinto, donde

murió. Su esposa, Eufrosine, terminó su vida en Arta, donde quedó depositado su cadáver.

XI

Prevaleció también el emperador Teodoro sobre el regente de Paflagonia, David, y sometió Heraclea, Amastris y toda la región de su entorno incluidas las ciudadelas. Pero mi historia quiere volver a recoger por escrito lo ocurrido en occidente. Para que mi historia sea bien conocida por todos, es preciso que haga un pequeño excursus. Durante el reinado del emperador Isaac en Constantinopla y a la muerte de su esposa, se trajo como mujer a la antes mencionada, de origen húngaro e hija del rey de Hungría. Dado que la boda iba a celebrarse y era propia de un emperador, los gastos de la misma debían estar a su altura. Entonces, desde todas las provincias romanas se recogieron ovejas, cerdos y vacas. Ya que la tierra de los búlgaros criaba ese ganado en mayor cantidad que las otras, se reclamó más de ellos, pero la tribu de los búlgaros, en un primer momento, no estaba sujeta a ningún pacto con los romanos y fue la causante de muchas guerras para éstos, de cautividades, de capturas de ciudades y de otros infinitos males, y esto durante muchos años. Finalmente, fueron sojuzgados por el emperador Basilio, por cuya causa recibió el apodo de «Bulgaróctono.»²⁷ En la época, pues, del emperador Isaac era aún una nación tributaria de los romanos, pero a causa de lo dicho anteriormente, planearon una rebelión. Se sublevó un tal Asán²⁸ y reinó sobre el país, poniendo bajo su poder toda la región entre la cordillera de Hemo y el Istro²⁹ Por este motivo, no pocos problemas les fueron causados a los romanos, porque los búlgaros tenían como aliados a los escitas y provocaban muchos males a los romanos. Enfurecido por ello, el emperador Isaac reunió a todo su ejército y marchó contra ellos. Avanzó junto a la costa y, tras pasar por la ciudad de Mesembria³⁰, se internó en la cordillera de Hemo. Asán junto con su ejército se introdujo dentro del castillo de nombre Estrinabo³¹. El emperador instaló su campamento allí y puso sitio a los búlgaros, pero fue objeto de una estratagema por parte de éstos. Cierta búlgara, haciéndose pasar por prófugo, se llegó junto al

²⁷ «Matador de búlgaros», apodo de Basilio II (958-1025). Reinó desde el 976 hasta su muerte.

²⁸ Se trata del fundador del Segundo Imperio Búlgaro, Iván Asen I (1188-1196). Junto con su hermano Teodoro y en colaboración con los válacos (actuales rumanos) se rebelaron contra el Imperio Bizantino. Jorge Acropolita llama «escitas» a los válacos conforme a la norma de la historiografía bizantina de recurrir a denominaciones de la Antigüedad para pueblos contemporáneos. Duró este Segundo Imperio desde el año 1185 hasta el 1395, en que sucumbió al empuje turco.

²⁹ Los límites del Imperio Búlgaro son, por un lado, el macizo de Ródope, que Jorge Acropolita llama Hemo, según la tradición antigua, y el río Danubio, aquí llamado Istro. La cordillera de Ródope se halla entre lo que actualmente es la frontera greco-búlgara.

³⁰ Hoy en día, Nesebar, en la costa búlgara del Mar Negro.

³¹ Hoy, Tarnovo.

emperador y le informó de un ataque de los escitas. El emperador, temeroso ante esas palabras y aun cuando al día siguiente iba ya a someter la plaza, levantó el sitio. No se fue por el camino por el que había llegado, sino que, engañado por el búlgaro, decidió pasar por la senda más rápida. Los búlgaros, entonces, cayeron sobre él durante el camino, en un lugar que se estrechaba. Destruyeron todo su ejército y saquearon toda la impedimenta, incluida la del propio emperador³². Cayeron también muchos romanos y los que se salvaron junto con el emperador fueron muy pocos y desnudos. A partir de ese momento, la nación búlgara tomó aliento y obtuvo abundante botín de los romanos, incluidos las más valiosas de las insignias imperiales. Se apoderaron de las pirámides imperiales³³, de las copas preciosas, de gran cantidad de dinero y hasta de la cruz del emperador. Alguno de los sacerdotes la tiró y fue encontrada en el río. Estaba hecha de oro y llevaba en su centro un fragmento de la sagrada madera en la que fue clavado el Señor, tallado con forma de cruz. Tenía muchos receptáculos pequeños en los que había reliquias de los más ilustres mártires, leche de la Madre de Dios, una parte de su cinturón y muchos otros objetos santos. En suma, el emperador Isaac huyó en dirección a Constantinopla.

XII

Desde ese momento, los búlgaros provocaron no pocos problemas a los romanos. Después de que el emperador Isaac fuera cegado por su hermano Alejo y tomara éste el poder del Imperio, muchísimos conflictos surgieron por parte de los búlgaros contra los romanos en zonas de Filipópolis y Béroe, donde también el protostator³⁴ Camitzes fue capturado por los búlgaros durante una batalla, en el reinado Juan, hermano de Asán³⁵. Éste tuvo dos hermanos, uno de los cuales se llamó Pedro y el otro, Juan, a quien mantuvo a su lado, mientras que encomendó a Pedro el gobierno de una parte segregada de su imperio. La Gran Peristlava, Probato y sus alrededores fueron entregadas a Pedro por su hermano Asán como feudo particular, razón por la que aquella región es denominada hasta hoy País de Pedro. Tras cumplirse nueve años durante los que Asán gobernó como un emperador la nación búlgara, fue asesinado por Ivango³⁶, que huyó inmediatamente. Reinó, entonces, el país su hermano Juan³⁷,

³² Batalla del paso de Tryavna.

³³ La pirámide era un gorro puntiagudo que llevaban los emperadores bizantinos y que era de origen oriental.

³⁴ Cargo en un principio destinado a jefe de los establos imperiales, pasó con el tiempo a ser una de las principales dignidades dentro de la corte. También solía conferírsele a jefes militares de gran experiencia.

³⁵ Kaloyán (1197-1207), hermano menor de Iván Asen I y de Teodoro (Pedro IV).

³⁶ Ivanki, un boyardo de origen válaco o búlgaro. Asesinó al monarca cuando fue llamado para dar cuenta de una relación amorosa con una cuñada de Iván Asen. Ivanko intentó usurpar el trono con ayuda de otros conspiradores, pero Pedro, el hermano de Iván Asen, se lo impidió. El

ya que los búlgaros no querían que Pedro ascendiera al trono imperial y Juan, el hijo de Asán, era aún menor de edad.

XIII

Este hombre llamado Juan, emperador de los búlgaros, causó muchos males a los romanos, y, afortunadamente, también a los italianos. Éste era el emperador de los búlgaros cuando fue tomada Constantinopla. Cuando los italianos se hicieron con toda la región de Macedonia, durante el reinado y la administración de Balduino, el primer monarca suyo de Constantinopla, mostraron claros indicios de marchar contra Adrianópolis con intención de someterla porque el emperador de los búlgaros se había adelantado y se había apoderado de Filipópolis, capturando allí a un buen número de romanos. Dado que los habitantes de Adrianópolis no querían estar bajo el poder de los italianos, éstos organizaron una campaña militar contra ellos en la que marchaba también el emperador Balduino y el representante del dux de Venecia en Constantinopla. Los moradores de Adrianópolis se hallaron en una no pequeña situación angustiosa y enviaron emisarios a Juan, el emperador de los búlgaros, para que se les uniera y los librase del peligro inminente. Recibió éste de buen grado la petición y, tras sumar fuerzas escitas y dado que no podía combatir contra los latinos abiertamente, meditó vencer recurriendo a tretas. Como se hallaba lejos de Adrianópolis, envió contra los italianos a los escitas para que emplearan las tácticas escitas contra ellos. Los italianos tienen por costumbre cabalgar sobre caballos de gran alzada y con sus cuerpos recubiertos por entero de armadura, por lo que atacan a los enemigos con escasa capacidad de movimiento. Los escitas, por su parte, armados de forma más ligera, acometen a sus enemigos con mayor libertad. Como los italianos ignoraban este hecho, fueron derrotados y vencidos por los escitas³⁸, de modo que el propio emperador Balduino fue capturado y conducido encadenado a presencia de Juan, el emperador de los búlgaros. La cabeza de Balduino, según se cuenta, después de la decapitación fue empleada por el bárbaro como copa, una vez limpio su interior y rodeada de toda clase de adornos. Los de Adrianópolis ignoraron en un primer momento lo sucedido; si lo hubieran sabido, hubieran salido de la ciudad y hubieran conseguido un botín en el campamento italiano. Los italianos que había quedado prendieron fuego a sus propias tiendas de forma ostensible para dar la impresión a los ciudadanos de Adrianópolis de que estaban allí, y al amparo de la noche huyeron en dirección a Constantinopla. Al amanecer, supieron los habitantes de Adrianópolis lo ocurrido y saquearon los restos de las tiendas. El emperador de los búlgaros,

boyardo acabó en Constantinopla como protegido de Alejo III, aunque posteriormente traicionó también a los bizantinos y fue ejecutado por éstos.

³⁷ Kaloyán (1170-1207, reinado desde 1197).

³⁸ Batalla de Adrianópolis del 14 de abril de 1205.

conforme a las promesas hechas, se dispuso a tomar posesión de su ciudad, pero aquéllos se lo negaron. Enfadado por el engaño, el emperador de los búlgaros emprendió el asedio. Sin embargo, los búlgaros carecen por completo de habilidades para sitiar, ya que no saben construir máquinas de asedio ni idear ningún otro recurso para poder montarlo. En consecuencia, el emperador de los búlgaros abandonó la plaza. Como no tenía ningún otro oponente ni nada que se lo impidiera por haber sido los italianos completamente aniquilados, asoló toda Macedonia y se hizo con un inmenso botín, tras apresar a la población íntegra de sus ciudades y reducir éstas a escombros. Su plan era que los romanos nunca tuvieran la posibilidad de recuperarlas. Destruyó hasta sus cimientos Filipópolis, que había sido una ciudad esclarecida y que se haya junto al río Hebro; luego, lo hizo con todas las demás ciudades: Heraclea, Panio, Redesto, Cariópolis, Trajanópolis, Macra, Claudiópolis, Mosinópolis, Periteorio y otras muchas que no es preciso enumerar. Deportó de allí a la población y la asentó junto al río Istro. Les puso el nombre a los asentamientos de las mismas aldeas y ciudades sometidas a cautiverio. Según decía, castigaba así los males que el emperador Basilio había causado a los búlgaros y afirmaba que, si éste se llamó Bulgaróctono, él se llamaba a sí mismo Romanóctono. Después de su llegada a la misma Tesalónica, murió aquejado de la enfermedad de la pleuresía. Algunos decían que su muerte le sobrevino por la ira de Dios, porque creyó ver en sueños que un hombre armado se ponía sobre él y le golpeaba con una lanza el costado. Ciertamente, nunca un hombre provocó tantos males al territorio de los romanos, de modo que le añadieron a su nombre un apodo relacionado con los perros: era llamado «Esciloyoannes»³⁹ por todo el mundo, porque se hizo dueño de la nación escita con su común parentesco con ellos y, al compartir su modo de vida por naturaleza bastante salvaje, se deleitaba con la matanza de romanos. Así, por tanto, murió el hombre. El hijo de su hermana, Borilas⁴⁰ de nombre, se apoderó del Imperio búlgaro tras casarse con su tía escita. A Juan, el hijo de Asán, que era aún menor de edad, alguien se lo llevó a escondidas, como ha quedado dicho, a tierras de los escitas. Hasta aquí, sobre los búlgaros. Después de esto, el relato histórico tratará sobre su tiempo.

XIV

Miguel, cuya historia esta obra ha tratado, llegó a controlar el Epiro y una porción del territorio romano. Tuvo tres hermanos: Constantino, Teodoro y Manuel. De ellos, Teodoro⁴¹ convivió con Teodoro Láscaris, el emperador de los romanos, estando a su servicio como el resto de los romanos. Por ello, Miguel le pidió al emperador Teodoro que se lo enviase de vuelta a su lado porque no tenía ya ningún hijo en edad adolescente que fuera legítimo (Miguel le había

³⁹ Σκυλοϊωάννης en griego, algo así como «Juan el Perro».

⁴⁰ Boril (reinó entre 1207 y 1218).

⁴¹ Teodoro Comneno Ducas (1180/1185-1252; reinado desde 1215 a 1230).

nacido de una amante y hablaremos de él más adelante) y temía una muerte inesperada, y porque sabía que el resto de sus hermanos eran incapaces para el gobierno. Al mencionado Teodoro el emperador lo envió junto a su hermano Miguel después de confirmar previamente mediante juramentos que guardaría un leal vasallaje hacia él y hacia los que gobernarán luego a los romanos. Teodoro, pues, llegó junto a su hermano Miguel y estuvo a su lado. Al cabo de no mucho tiempo, Miguel fue asesinado por uno de los sirvientes de noche y en su lecho mientras dormía con su esposa. El nombre del asesino era Romeo. En consecuencia, asumió el poder su hermano Teodoro acompañado de sus hermanos Constantino y Manuel. En su deseo de mandar, incrementó mucho su poder. No poco territorio ganó arrebatándoselo a los italianos y mucho, a los búlgaros. Se hizo con Tesalia, Acrida, Prílapo, Albano y Dirraquio, donde, sometida la ciudad de antemano, venció totalmente a Pedro⁴², que había zarpado desde Italia con un enorme ejército y que, de alguna manera, hacía el camino hacia Constantinopla ya que había sido nombrado emperador por el papa. Este Pedro era cuñado de Balduino, el primer emperador latino, por haberse casado con su hermana, y de su sucesor Enrique⁴³. La hermana de ambos se llamaba Yolanda, de la que le nacieron a Pedro tres hijos, Felipe, Roberto y Balduino. De éstos, Roberto⁴⁴ y Balduino⁴⁵ reinaron en Constantinopla después de que el mayor de los hermanos, Felipe, le cediera el imperio a su hermano Roberto. Hubo también hermanas entre ellos, de las que una fue María, que se desposó con el emperador Teodoro. Así pues, el mencionado Teodoro, como he dicho, al mando de su propio ejército se enfrentó con Pedro, que había sobrepasado ya Dirraquio, cuando se encontraba en los pasos de Albano. Vencieron totalmente los hombres de Teodoro Comneno al ejército de los latinos, de modo que hicieron prisioneros a todos por completo con toda la impedimenta y pasaron a cuchillo a Pedro mismo. Este hecho supuso un gran alivio para los romanos.

XV

Pero regrese mi relato histórico de nuevo al emperador Teodoro Láscaris. Como dije, de su esposa Ana tuvo tres hijas, Irene, María y Eudocia. A María, la segunda de sus hijas, la entregó al rey de Hungría mientras atravesaba el

⁴² Pedro II de Courtenay (1165-1219) fue emperador del Imperio Latino de Constantinopla desde 1217 a 1219. Era hijo del rey Luis VI de Francia, Fue consagrado emperador por el papa Honorio III en Roma, pero fue derrotado por Teodoro Comneno Ducas en Dirraquio y murió en cautiverio sin poder ocupar el trono en Constantinopla.

⁴³ Enrique I de Flandes, emperador de Constantinopla del 1206 al 1216. Era hermano menor de Balduino I.

⁴⁴ Roberto I de Courtenay, emperador entre el 1221 y el 1228.

⁴⁵ Balduino II de Courtenay, el último emperador latino de Constantinopla. Reinó entre el 1228 y el 1261, cuando Miguel VIII Paleólogo restaura el Imperio Romano de Oriente.

territorio de Nicea de regreso de Jerusalén, para que se casara con su hijo⁴⁶. A Irene, su primera hija, la unió con Andrónico Paleólogo, a quien le concedió el título de déspota. Al poco tiempo, el déspota Paleólogo murió, como algunos dicen, por su pasional comportamiento, y el emperador adoptó como yerno a Juan Ducas, apodado Vatatzes, que procedía de Didimotico y que ejercía el cargo de protovestiario. De otro lado, puesto que la emperatriz Ana había fallecido con anterioridad y prematuramente, el emperador se trajo de los armenios una mujer, pero poco complacido con ella, la devolvió a su propia tierra, y se trajo como esposa a la hermana del emperador de los italianos (cuyo nombre era Roberto y que había sucedido a su tío Enrique). Este Enrique fue el responsable de muchas guerras con el emperador Teodoro y se apoderó de muchas ciudades y de muchas tierras de los romanos. Fue valiente y vehemente en las batallas y vio humillado el Imperio de los romanos, sobre todo desde que el emperador Teodoro mató al sultán. En aquella ocasión, el ejército de los francos, que se le había unido, había sido destruido. En éste había confiado para las batallas contra sus compatriotas, a los que temía también el emperador Enrique porque muchos eran famosos por su linaje y por la valentía que habían mostrado en aquellas circunstancias). Por este motivo, según dicen algunos, cuando Enrique oyó hablar de la victoria del emperador, dijo: «Ha sido vencido Láscaris, no ha vencido». Para no alargar demasiado el relato, sólo puedo exponer todo lo ocurrido diciendo eso. Hasta Ninfeo mismo Enrique instaló las tiendas en una ausencia total de quien se lo impidiera y a la vuelta, ya fuese por estar saturado de las capturas, ya fuese por querer fijar una tregua (la nación latina no es constante en las batallas), llegó a acuerdos con el emperador Teodoro. Convinieron en que del lado franco se controlara todo Ciminas (así se llama el monte que se encuentra cerca de Aquirao) junto con el mismo Aquirao y que Cálamo (una aldea a partir de la cual empieza el tema de Neocastro) permaneciera deshabitada y que a partir de ahí se instaurara el poder del emperador Teodoro. Eran estos lugares Neocastro, Celbiano, Clará, Pérgamo y los enclaves que estaban a su lado, Magidia y Opsicia. Tenía también otro sitio el emperador Teodoro, el que empezaba en Lopadio y albergaba Prusa y Nicea. De este modo se sucedieron los hechos para el emperador Teodoro.

XVI

El mencionado Enrique, aunque era de linaje franco, sin embargo, presentaba una actitud bastante favorable hacia los romanos y los naturales de Constantinopla. A muchos los tenía entre las filas de sus principales hombres; a otros, como soldados, y al común de la población lo consideraba como a su propio pueblo. Tras apoderarse de las ciudades romanas de Lentiana y Pemaneno, encontró a hombres inspirados por Ares que habían dado muestras

⁴⁶ El rey Andrés II de Hungría pidió la mano de María para su hijo Bela mientras volvía de una Cruzada en Tierra Santa. La boda se celebró en el año 1220.

de un valeroso espíritu, y los recibió como un regalo. En la ciudad de Lentiana, no sólo la escasez de agua había consumido a los defensores y el hambre los había obligado a comerse las pieles de los escudos y de la ropa, sino que también durante cuarenta días, acumulando madera sobre ella por turnos, estuvieron defendiendo la muralla, que no era de pequeñas dimensiones, tras ser derribada por las máquinas de asedio en medio de un gran incendio. Una vez tomada la ciudad, ninguno de aquéllos fue ejecutado, salvo, solamente, el hermano del emperador, Dermocaites, que había sido designado como comandante de la guarnición, y Andrónico Paleólogo, que, como quedó dicho anteriormente en este relato, el emperador había aceptado como esposo de su propia hija Irene. A todo el resto los agrupó Enrique, los alineó en sus escuadrones, les dotó de comandantes de su propia raza, ordenó que el mando supremo lo tuviera Jorge Teofilópulo y les confió la vigilancia de las partes orientales.

XVII

Durante el reinado del mencionado Enrique en Constantinopla, fue enviado por el papa a la Reina de las Ciudades un patriarca, al que ellos llaman «legado», de nombre Pelagio⁴⁷, portador de todos los privilegios papales. Llevaba borceguíes teñidos de rojo y sus ropajes eran de idéntico color. Las gualdrapas y las riendas de su caballo también estaban teñidas de igual color. Daba muestras de un carácter bastante hosco y era arrogante. Entre los moradores de Constantinopla desplegó un comportamiento terrible y con un pretexto que se pretendía razonable. Obligó a todos a someterse a las órdenes de la antigua Roma. A partir de su llegada, se metió en prisión a monjes, se encadenó a sacerdotes y se clausuró todo tipo de templos. Planteaba dos opciones: o se reconocía que el papa era el primer patriarca y se hacía mención de ello en los sagrados oficios, o quien no llevara a cabo esa práctica recibía como castigo la muerte. Esta conducta hundió en la desolación a los habitantes de Constantinopla y, por encima de todos, a los próceres, quienes acudieron al emperador Enrique y le dijeron: «Nosotros pertenecemos a otra estirpe y tenemos otro patriarca. Nos sometemos nosotros mismos a tu poder porque nos gobiernas físicamente, pero no espiritualmente ni en nuestras almas. Entre las obligaciones está que combatamos por ti; pero dentro de lo imposible entra, totalmente, el abandonar nuestras formas de culto y de religiosidad. Así pues, libéranos de los horrores que nos han sobrevenido o déjanos que nos vayamos como personas libres junto a nuestros congéneres». Esto dijeron. Enrique, no queriendo verse privado de tanta gente noble y valerosa, y en contra de la voluntad del mencionado

⁴⁷ Pelagio Galvani (1165-1230). No se sabe con seguridad dónde nació, aunque se proponen tres posibles orígenes: León, Galicia o Guimarães. Murió en Montecassino. Benedictino, fue nombrado por Inocencio III legado pontificio en el Imperio Latino de Constantinopla en el año 1213.

legado, abrió las iglesias, liberó a los monjes y sacerdotes que estaban encerrados en las prisiones, y sujetó al que había provocado en aquella ocasión la tempestad en Constantinopla. Con todo, muchos monjes dejaron Constantinopla y acudieron junto al emperador Teodoro, por cuya orden les fueron entregados monasterios para que los habitaran. Algunos sacerdotes de los que marcharon a Nicea fueron integrados en el clero patriarcal y otros vivieron gozando libremente de recintos sagrados. Así sucedieron esos acontecimientos durante el reinado de Enrique en Constantinopla.

XVIII

A la muerte de éste, su hermano Roberto gestionó bastante timoratamente las cosas. El emperador⁴⁸ desposó a su hermana. Cuando no habían pasado muchos años y dado que el emperador Roberto de Constantinopla no había llegado a contraer matrimonio con una mujer, el emperador planeó llevar a cabo una maniobra ilícita. Optó por aceptar a éste como yerno para su hija Eudocia. Por eso, surgió una disputa entre el emperador y el entonces patriarca Manuel, que se oponía radicalmente a semejante matrimonio impío. No obstante, el emperador no llegó a dar cumplimiento a su deseo. Aún no la había enviado a Constantinopla, como había dispuesto, cuando abandonó la vida dejando el Imperio a su yerno Juan Ducas⁴⁹. No tenía ningún hijo varón que hubiera llegado a la juventud, porque el hijo varón que había tenido de la emperatriz Ana había muerto antes, y de la que tenía origen armenio había nacido un hijo varón que contaba con ocho años cuando el emperador, su padre, murió. Debido a que carecía de descendencia masculina en una edad adecuada, heredó el Imperio el marido de su hija. El emperador Teodoro Láscaris, cuando tuvo fin su vida, tenía más de cuarenta y cinco años y menos de cincuenta, habiendo reinado de éstos dieciocho años. Era pequeño de cuerpo, pero no demasiado; de piel bastante morena, barba abundante y dividida en su extremo, un poco tuerto, arrojado en las batallas, dominado por la cólera y las pasiones amorosas y bastante generoso en sus regalos, porque daba a quienes apreciaba mucho oro, de modo que en poco tiempo se hacían ricos. Pasó muchas penalidades en las batallas tanto contra los italianos como contra los persas⁵⁰. En suma, fue el fundador del Imperio de los Romanos, a quien era muy obligado que los romanos le debieran una enorme gratitud. Fue depositado su cadáver en el monasterio de San Jacinto, donde también había sido enterrado el emperador Alejo y la emperatriz Ana, su esposa.

XIX

⁴⁸ Se refiere a Teodoro I Láscaris, casado con María de Courtenay.

⁴⁹ Juan III Ducas Vatatzes (1192-1254). Reinó desde 1221 hasta su muerte. Estaba casado, como hemos visto, con Irene, la hija de Teodoro I Láscaris.

⁵⁰ Se refiere a los turcos.

Como he dejado dicho, tras su muerte aferró el cetro romano Juan Ducas, su yerno, y fue coronado por el patriarca Manuel, que había sucedido a Máximo. Tras la muerte del patriarca Miguel, Irénico Teodoro se sentó en el trono patriarcal, a quien la gente llamaba Copas. Al cabo de seis años, cuando éste abandonó la vida, ascendió al trono patriarcal el monje Máximo, que cultivaba la amistad del gineceo y era, a su vez, objeto de amistad por éste. Ninguna otra razón fue la que lo llevó a asumir la dignidad. Sobrevivió seis meses y murió. Subió al trono patriarcal Manuel, que, aparentemente, era un sabio y renombrado por la gente.

XX

Vuelve ahora el relato a los asuntos relacionados con los búlgaros. El primer emperador búlgaro, Asán, tuvo dos hijos, Juan y Alejandro. Pues bien, mientras el mencionado Borilas gobernaba a los búlgaros, Juan⁵¹, el hijo de Asán, recurrió a la fuga y se fue a territorio de los rusos. Allí permaneció bastante tiempo y rodeándose de una parte del populacho ruso, reclamó la herencia paterna. Luchó contra Borilas, lo venció y se apoderó de no poco territorio. Borilas, por su parte, se introdujo en Trinobo y soportó un asedio de siete años⁵². Cuando los que estaban a su lado perdieron sus ánimos, se pasaron a Juan, hijo de Asán. Borilas fue capturado durante su huida y fue cegado por Juan y, de este modo, se hizo dueño de todo el territorio búlgaro. Esos fueron los hechos relacionados con los búlgaros.

XXI

Teodoro Comneno, de quien el relato hace poco habló, no quería permanecer en su propio lugar dentro de la jerarquía, sino apoderarse del Imperio. Una vez que se hubo hecho con Tesalónica, desde sus posesiones, puso bajo su control mucha parte del territorio romano, arrebatándoselo a los italianos, y del sojuzgado por los búlgaros. Se revistió del manto púrpura y se calzó los borceguíes rojos⁵³, aunque se le opusiera con firmeza por este hecho el metropolitano de Tesalónica, Constantino Mesopotamites, al que sometió a muchas vilezas y exilios por ello ante su defensa de los usos canónicos. El arzobispo de Bulgaria, Demetrio, le ciñó la diadema imperial, según se cuenta, ya que era autónomo y no debía dar cuentas a nadie, por ello tenía autoridad para ungir a los emperadores que quisiera, donde y cuando quisiera. Así pues, una vez proclamado emperador, Teodoro empleó su poder imperial en el

⁵¹ Iván Asen II (reinó entre 1218 y 1241).

⁵² Boril se refugió en Tarnovo y el asedio duró realmente siete meses. Tras la mutilación, fue recluido en un monasterio.

⁵³ Símbolos del poder imperial.

gobierno. Promovió a déspotas, sebastocrátores, grandes domésticos, protvestiarios y todo el resto de la jerarquía áulica. Dada su ineptitud en lo relacionado con las instituciones imperiales, se comportó de forma bastante búlgara o, mejor, bárbara, con esos asuntos, sin conocer el ordenamiento, ni las circunstancias, ni todas las antiguas costumbres que hay establecidas en el palacio imperial. No fue poca la oposición de éste al emperador Juan, pues el emperador opinaba que Teodoro ocupaba una segunda posición en el orden imperial, que el emperador era el dueño de sus tierras y que bajo ningún concepto cedería ante él. Su oposición era bastante firme.

XXII

Nada más poseer el cetro, el emperador Juan vio que el Imperio de los romanos se encontraba en una situación totalmente apurada. Como no soportaba reinar siendo el último, al cabo de dos años dio la batalla contra los italianos. Se reunió un aguerrido ejército latino, que encabezaron los hermanos del emperador Teodoro, los sebastocrátores Alejo e Isaac. Éstos, en el momento de la muerte de su hermano, el emperador, decidieron huir a Constantinopla en compañía de su hija Eudocia, pero fracasaron en ese objetivo y ellos solos se marcharon como fugitivos. Enablada la batalla en las cercanías de Pemaneno, donde se construyó la iglesia del comandante supremo de las fuerzas celestes, San Miguel, el emperador venció completamente. Aunque en un primer momento la mayoría de los romanos se veía casi derrotada, el propio emperador obtuvo la victoria total en unión de unos pocos, porque aferró la lanza, se precipitó contra el enemigo y mostró en aquella guerra un carácter valiente no desconocido por sus antecesores. Aquella victoria, pues, incrementó grandemente el Imperio de los romanos, y contrajo y socavó el de los italianos. El emperador capturó vivos a los más señeros participantes en aquella guerra y, además, a los hermanos Láscaris, a los que cegó por haberlos hallado culpables. Otros fueron víctimas de la espada. Los que no estuvieron presentes en la batalla por cobardía fueron apresados. Una parte de los italianos asediaba en aquel momento la fortaleza de Serras, que estaba bajo el mando de Teodoro Comneno, y cuando se enteraron de la derrota de los suyos, escaparon dejando libre Serras. Poco faltó para que llegaran a tomar la plaza. A partir de ese momento, empezaron a decaer los intereses de los italianos, divididos en unos y otros sitios y acosados en oriente y occidente por poderosos enemigos, el emperador Juan y Teodoro Comneno, al que también se aclamaba como emperador. Por tanto, sin perder tiempo, el emperador Juan, dado que había dispersado a los italianos en el lugar citado, comenzó a sitiar las plazas fuertes de los romanos poseídas por aquéllos, y las iba tomando sin que nada consiguiera quien pretendiera ayudarles. Hasta un cierto momento, los ocupantes de las fortalezas mantuvieron su defensa; pero como el emperador prolongaba bastante los asedios y, sobre todo, lo hacía en mal momento (no

era primavera, o verano, u otoño, sino que ejecutaba sus incursiones en medio del invierno), montó máquinas de asedio y derribó las almenas. Los del interior, exhaustos, en unos casos entregaron las fortalezas comprando con juramentos sus vidas; de los demás, unos cayeron en la batalla y otros fueron confinados como prisioneros. Fueron tomadas por el emperador Pemaneno, Lentiana, Caríoro y Berbeniaco. A continuación, el emperador Juan en su guerra total contra los latinos, aparejó trirremes y las emplazó por el Helesponto, en un lugar que se llama Holco. Muchas dificultades les creaba a los latinos, atacando en occidente, haciéndose con sus bienes como botín, sitiando la ciudadela de Maditas, Caliópolis⁵⁴ y todas las zonas costeras que les eran tributarias a los latinos.

XXIII

Mientras el emperador Juan se hallaba en estas empresas y luchaba sin descanso contra los italianos por tierra y mar, se preparó una conspiración contra él. El organizador de la misma era Andrónico Nestongo⁵⁵, primo del emperador. Sin prestar atención a la relación de parentesco y despreciando los vínculos, planeó una rebelión contra su primo el emperador teniendo como cómplice a su hermano Isaac y no pocos de otros notables, Flamules, a quien el emperador había dignado con el título de heteriarca⁵⁶; Tarcaniotes, Sinadeno, al yerno de éste, Estaseno, Macreno y otros en un número elevado. La conspiración se estuvo preparando durante mucho tiempo y le pasó inadvertida al emperador, pero durante su estancia en Lámpsaco, se enteró de ella. Tras hacer consumir por el fuego las trirremes para que los italianos no se apoderasen de ellas y dar preferencia a la guerra interna sobre la externa, partió de allí y llegó a Aquiraus, donde comenzó a investigar la conspiración, y todos los conjurados fueron sometidos a juicio. No obstante, el emperador hizo un uso compasivo de las leyes, y condenó a Isaac Nestongo a ser cegado y a que se le cortase una mano, igual que a Macreno, que se había detenido muchas veces cuando, mientras se hallaba a espaldas del emperador, se había dispuesto a desenvainar la espada y a asestar el golpe mortal. A algunos de los demás los sometió a leves penas, y a la mayoría los dejó libres después de tenerlos encarcelados durante un tiempo. En cuanto al promotor mismo de la conspiración por su deseo de gobernar el Imperio, Andrónico Nestongo, lo confinó en la fortaleza de Magnesia. Hasta tal punto le impidió al emperador su afectuosa relación hacerle daño. Aquél tras poco tiempo huyó, como algunos afirman, por voluntad del emperador, quien le había ordenado que se marchara en total libertad y como si hubiera decidido que hurtara su salvación. Tras

⁵⁴ Galípoli.

⁵⁵ Isaac y Andrónico Ducas Nestongo, este último muerto en torno al año 1225. Tenían vínculos familiares con los Comneno y los Ducas.

⁵⁶ Jefe de los contingentes extranjeros del ejército bizantino.

escapar de noche, se dirigió a territorio musulmán y allí pasó la vida hasta su muerte. A partir de ese momento, el emperador se comportó prestando mayor atención a su entorno y no usó su anterior liberalidad. Puso guardias y vigilantes a su alrededor que estuvieran atentos día y noche. Respecto a este particular, la emperatriz Irene presionó grandemente ya que tenía un carácter viril y afrontaba todos los asuntos de forma mucho más digna de un emperador.

XXIV

Como los italianos querían llegar a un acuerdo, cedieron al emperador la ciudad de Pegas. De este modo, el emperador Juan selló la paz con ellos. Los latinos se retiraron en su beneficio de todo el territorio situado hacia el sur, pero todavía dominaban las zonas septentrionales próximas a Constantinopla y los alrededores de la ciudad de Nicomedia. Antes de esto, había sucedido lo siguiente. Los habitantes de Adrianópolis enviaron una embajada al emperador para que les mandara un ejército y liberarlos del poder de los italianos. El emperador despachó al protostrátor Ises después de haberle dado un ejército. Lo acompañaba también Juan Camitzes. Atravesaron el Helesponto y pasando por Macedonia, llegaron ante Adrianópolis. Entraron en la ciudad y permanecieron allí. El emperador albergaba por este motivo esperanzas de apoderarse de la región. No obstante, Teodoro Comneno, de quien el relato ha dado cuenta anteriormente, se había adueñado de todo el entorno, excepto el macizo de Ródope, que también es llamado Acrido, las ciudades que contenía y Melenico. Esta zona la gobernaba Estlabo, pariente del emperador Asán y poseedor del título de déspota otorgado por el emperador Enrique de Constantinopla, a cuya hija había conducido al matrimonio después de haber sido su concubina. El mencionado Estlabo, por apartarnos brevemente del curso del relato, tras encontrarse con que Melenico era una plaza fortificada y casi imposible de ser tomada por cualquiera que la atacara, se hizo independiente sin estar subordinado a ninguno de los soberanos del entorno. Unas veces, era aliado de los italianos llevado por el parentesco matrimonial; otras, de los búlgaros por ser de su misma raza y pensamiento; otras, de Teodoro Comneno. Nunca estaba sometido a las órdenes de nadie, ni llegaba con nadie a una confianza cierta ni a la coincidencia en sus pensamientos. Tras la muerte de su esposa, se casó con la hija de Petralifas, el hermano de la mujer de Teodoro Comneno y de quien el relato dará cuenta conforme vaya avanzando. En suma, salvo el territorio que había caído bajo el poder del mencionado Estlabo, todo había quedado bajo el poder de Teodoro Comneno. Una vez hubo acabado por dominar Mosinópolis, Jantea y la propia Gratziano, atravesó el monte de Estagira, que la gente llama Macra, recorrió las tierras desde Hebro, hallándolas todas libres de enemigos y sin estar fortificadas por ningún castillo. Cuando hubo llegado a Didimotico, en no mucho tiempo fue aclamado emperador de esas regiones. Una vez en Adrianópolis, se encontró dentro al mencionado Ises,

el protostrátor, y a Camitzes con el ejército del emperador Juan. Sugiriendo palabras engañosas a sus habitantes en el sentido de que los enriquecería ampliamente y los pondría por encima del resto de los romanos, los convenció para que sacasen al ejército del emperador fuera y de que lo dejaran entrar. En consecuencia, el protostrátor Ises y Camitzes fueron sacados con el ejército que los seguía bajo el juramento de que ninguno de ellos sufriría mal alguno. Cuando hubieron salido, el protostrátor ni siquiera vio a Teodoro Comneno – esto había sido acordado por ellos- y Camitzes, que se encontró con él, no bajó del caballo ni se prosternó ante él como emperador. A Teodoro Comneno, irritado por este gesto (quería que todos los romanos lo tuvieran como emperador, dado que había sido aclamado como tal) le invadió la cólera y a punto hubiera estado de herirlo. Este hecho llegó a ser motivo para que el emperador le confiriera dignidades, porque, después de volver a cruzar el Helesponto, y llegar ante el emperador, Camitzes fue honrado con el título de gran heteriarca por su comportamiento. Así pues, Teodoro Comneno se hizo con Adrianópolis y les creó muchas dificultades a los italianos. Devastó todo el territorio en poder de éstos y, cuando hubo llegado hasta la propia Bicia, se apoderó del exterior de la plaza y se hizo con mucho botín de aquella zona. Llegó hasta las puertas de Constantinopla y provocó un enorme temor a los latinos. Aquella fue la ocasión en que Asel de Cae⁵⁷, que se había casado con la hija del emperador Teodoro Láscaris, fue herido en el cuello por la lanza de un hombre de Teodoro Comneno, y parecía que aquella herida era mortal, pero fue curado por uno de los médicos. A partir de aquel momento, su voz fue ronca y las vértebras de su cuello no giraban con soltura.

XXV

Así prosperaban los intereses de Teodoro Comneno, cuando llegó a las fronteras de los búlgaros y firmó un tratado con el emperador de los búlgaros Juan Asán, de quien nuestro relato dejó dicho anteriormente que había ascendido al trono de los búlgaros después de Borilas. Se procuró una relación de parentesco con él tomando para su hermano Manuel⁵⁸ a María, la hija, que había sido engendrada para él por una concubina. Ahora bien, Teodoro Ángel⁵⁹ rompió los pactos con Juan Asán, conforme al carácter de ese hombre, que se comportaba de manera bastante arrogante y descontrolada no sólo con los asuntos relacionados con la corte, sino, en general, en todo lo relacionado con la política, transgrediendo los juramentos e infringiendo los pactos con los

⁵⁷ Según cuenta Jorge Acropolita, (v. capítulo VI) Teodoro Láscaris tuvo tres hijas de su primer matrimonio con Ana Comnena Angelina: Helena, María y Eudocia. Ésta última era esposa de Anseau de Caheu o Anselm de Cahieu, noble cuyo origen se sitúa en la región de Picardía, en Francia. Éste es el Asel de Cae que aquí nombra el autor.

⁵⁸ Manuel Comneno Ducas o Manuel Ángel (1187-1241).

⁵⁹ Teodoro Comneno Ducas. El apellido de Ángel procede de su padre Miguel I, a quien se le llamaba también Miguel Ángel por estar relacionado con dicha familia.

pueblos vecinos, y marchó contra los búlgaros después de haber formado un ejército reclutado con soldados romanos e italianos. Dejando a un lado Adrianópolis, hizo el camino por la parte superior del Hebro buscando entablar combate con los búlgaros; pero, en realidad, estaba buscando su propia muerte. Creía que los búlgaros, atemorizados, ni siquiera podrían aguantar el solo empuje de su ejército. Pero no sólo los búlgaros, sino también Juan Asán, confiando más en el perjurio y en la ruptura de los tratados de Teodoro Ángel que en sus propias fuerzas, tras aceptar una pequeña alianza con los escitas que no llegaba a mil hombres, fue a la batalla con una moral bastante elevada. Como se cuenta, ondeaba en su estandarte el juramento escrito de Teodoro. Y, en efecto, en los alrededores de un lugar próximo al Hebro (al que llaman Colocotinitza⁶⁰) chocaron los ejércitos, y, para exponerlo todo brevemente, Teodoro fue vencido totalmente por los búlgaros y los escitas. Fue capturado por los enemigos y también lo fueron no pocos de sus parientes, de la élite y de la clase dirigente, y todo su botín pasó a manos de los búlgaros. Asán se comportó humanamente con la masa de los capturados. Liberó a la mayor parte de las tropas, especialmente a la gente del común y la chusma, y las mandó a sus aldeas y ciudades, ya fuera por mostrarse de forma humana, ya fuera por ejecutar un movimiento que le interesaba. Así sucedió, porque cuando marchaba contra ellos, todos se le entregaron sin derramar sangre y Adrianópolis pasó a su poder e, inmediatamente, Didimotico; luego, todo Bolero, Serras, Pelagonia, Prilapo y sus alrededores. Recorrió también la Gran Valaquia y se apoderó de Elbano. Hasta el Ilírico llegó su incursión. Cuando hubo cumplido la mayor parte de su voluntad y como amaba su mundo, regresó a su propia tierra. Dejó que algunas de las plazas fuertes quedaran bajo el dominio de los romanos, pero la mayoría quedó en sus manos, disponiendo en ellas soldados y comandantes que gestionaran la recaudación de los impuestos públicos. En suma, a todos les pareció en aquella ocasión una persona admirable y venturosa, porque no empleó la espada en sus asuntos particulares ni se mancilló con la sangre de los romanos, como hicieron sus predecesores entre los búlgaros. A raíz de estos hechos, fue amado no sólo por los búlgaros, sino también por los romanos y los demás pueblos.

XXVI

Como ha contado esta historia, una vez que Teodoro Ángel hubo pasado a ser parte del botín para Asán junto con sus restantes parientes y la élite de sus hombres, fue confinado por ése, pero estuvo muy bien atendido. Así fue durante mucho tiempo, pero, cuando se le descubrió tramando una sedición contra su casa, Asán lo cegó. Ahora bien, Manuel Ángel, que había sido honrado con la dignidad de déspota por su hermano, había logrado escapar mientras el ejército romano huía. Marchó a Tesalónica mientras tuvo el nombre de déspota.

⁶⁰ Batalla que tuvo lugar en el año 1230.

Por tener bajo su dominio la zona que circundaba la ciudad, sancionaba sus escritos con letras rojas. De este hombre se burlaba uno de los enviados por el emperador Juan: «A ti te encaja aquello que canta el salmista sobre Cristo: ‘a ti, rey y señor’»⁶¹. Desde ese momento, Manuel Ángel dominó las tierras y las ciudades al occidente de aquella región sin que fuera molestado por los búlgaros en absoluto ya que se hallaba vinculado con la hija que Asán había tenido de una concubina.

XXVII

Pero regrese el curso de la historia a los asuntos relacionados con los latinos de Constantinopla. Cuando murió, como hemos dicho, Roberto, que los de Constantinopla tenían como emperador, según dejó constancia la historia, tras haberse apoderado del Euripo, subió al trono su hermano Balduino siendo aún menor de edad⁶². Enviaron aquéllos una embajada a Juan, el llamado rey de Jerusalén⁶³, que se jactaba de tener gran fama en las tácticas militares, era vigoroso en su actuar y de una estatura que superaba a sus coetáneos. Querían que acudiese junto a ellos aclamado como emperador de Constantinopla, que gobernase los asuntos de la ciudad como soberano, convirtiese en su yerno (tenía una hija) a Balduino, al que consideraban como heredero, y que, después de su muerte, los gobernase Balduino, cuando hubiera crecido en edad, ya que el rey era una persona muy mayor y su vida se había prolongado durante unos ochenta años o más. Cuando yo lo vi en persona, quedé muy asombrado de la envergadura del hombre que en todo su físico superaba con mucho a los demás por su altura y robustez. Convino, pues, el rey con la embajada un acuerdo y llegó a Constantinopla habiendo hecho la ruta por mar porque no contaba con personas válidas con las que hacer el camino por tierra. Tras llegar a Constantinopla, no fue fácil hacer salidas y emprender campañas. Reconoció que el emperador Juan era un militar muy capaz y el que mejores recursos tenía contra los enemigos en las batallas. Con todo, se reprochaba a sí mismo la iniciativa y haberse puesto el primero en emprender la empresa. Afirmaba que pensaban mal los que hablaban, si así entendían y no lo incitaban a causa de su propia conveniencia, que los llevaba a lugares que no sabía gobernar el que los mandaba como emperador. Bien hablaba y pensaba porque, si esos diez lugares tan grandes hubieran estado sometidos al poder del emperador Juan, bien hubiera sabido gobernarlos, reinar sobre ellos y defenderlos de sus enemigos. Así pues, ya fuera por esas razones, o porque quiso disfrutar al máximo de los

⁶¹ «εἰς σέ καὶ μᾶλλον ἀρμόσει τὸ εἰς Χριστὸν ψαλτωδούμενον, σὲ τὸν βασιλέα καὶ δεσπότην». Juego de palabras que emplea los términos en griego que normalmente se traducen como «emperador» (βασιλέα) y «déspota» (δεσπότην) y que en el caso del Salterio se suelen traducir por «rey» y «señor». El color rojo en los documentos era propio de los emperadores.

⁶² Balduino II (1217-1273; reinado de 1228 a 1261). Subió al trono con 11 años.

⁶³ Juan I, conde de Brienne (ca. 1170-1237), rey de Jerusalén (1210-1225) y emperador de Constantinopla (1229-1237).

placeres que había en Constantinopla, en el plazo de dos años culminó la tarea. A duras penas dotó trirremes y reunió cuantas tropas poseía como ejército y marchó hacia oriente. Fondeó en el arsenal de Lámpsaco en un momento cercano a aquel en que el emperador Juan regresaba de la batalla contra el César Gabalás⁶⁴, al que había combatido por su sedición.

XXVIII

Así pues, el emperador acampó en los alrededores de Estadea. Entregó a Andrónico Paleólogo, al que tenía en calidad de Gran Doméstico y sobre el que hemos hablado antes brevemente, el ejército y sus generales, y lo despachó en dirección a la isla de Rodas con un número suficiente de trirremes y de otras naves para atacar con ímpetu al rebelde e infligirle daños con los recursos de estrategia que conocía. Cuando estos hechos tuvieron lugar y el asunto del César se hubo desenvuelto de forma favorable a los objetivos del emperador y, asimismo, se oyó decir que el rey había salido de Constantinopla con la intención de atracar en Lámpsaco para desde allí emprender una guerra contra los romanos, el emperador, en unión de las fuerzas a su disposición en aquella coyuntura (pocos eran, dado que la mayor parte del ejército por haber sufrido con ocasión de la batalla y por estar en la estación invernal, se había ido a casa), marchó hacia Lámpsaco y plantó su campamento en los alrededores de Sigrene.

XXIX

En aquella ocasión también, mis padres me enviaron desde Constantinopla junto al emperador, a la edad de dieciséis años y una vez finalizada mi instrucción formal, a la que la gente denomina literaria. Quería mi padre apartarme de manos de los latinos dado que lo tenían sometido por los abundantes dispendios y los favores que le proporcionaban. No pocos obstáculos le procuraba también la mucha gente que en su entorno dependía de él, hijos, criados y criadas. Tenía en mente por aquel entonces, si fuese necesario y en la medida en que sus fuerzas lo permitiesen, correr el riesgo de escapar y llevar a cabo lo que estaba tramando. Se lo impedía una grave enfermedad porque estaba medio muerto y consumido. Tras pasar casi dos años pegado a una cama, dejó la vida. En cuanto a mí, se me dejó en el palacio imperial al cuidado del emperador.

⁶⁴ León Gabalás (? – ca. 1240). Tras la toma por los cruzados latinos de Constantinopla, huyó con sus partidarios a la isla de Rodas, donde se hizo fuerte e intentó expandir sus dominios. Se hacía llamar Señor de Rodas y Cárpato y César de las Cícladas. Fue combatido por Juan III Vatatzes. Pasó por diferentes vicisitudes, desde reconocer el vasallaje al emperador Juan III hasta una alianza con los venecianos para, finalmente, participar con ese mismo emperador en el sitio de la capital durante los años 1234 a 1235. Le sucedió su hermano Juan Gabalás.

XXX

Así pues, como decíamos, el rey Juan, al que también llamaban emperador de Constantinopla, atracó sus naves cuando hubo llegado a Lámpsaco, a un lugar así llamado más o menos Holco. El emperador Juan, dado que no disponía a su lado de un ejército capaz de impedir su salida por las razones que expuse, estuvo impidiendo los movimientos de los enemigos con los pocos recursos estratégicos que tenía. Los latinos y su rey Juan salieron y recorrían algunas partes de la zona costera, ya que no podían apartarse más lejos de sus barcos. El emperador los seguía al frente de sus tropas para enfrentarse a los enemigos, y fue capaz de refrenarlos. El emperador hacía su camino por la base de las montañas y los italianos por la costa. Éstos llegaron a la ciudad de Pegas tras recorrer durante un breve lapso de tiempo (no habían pasado aún cuatro meses) el territorio costero del emperador y atravesar unos pocos lugares (desde Lámpsaco habían llegado hasta Cécreas), habiendo saqueado poco o nada dado que el emperador se había adelantado poniendo a salvo todo lo fundamental en los lugares más elevados. Sólo se habían apoderado de una plaza fuerte, que se llamaba Ceramidas y que se encontraba junto a los montes de Cízico. Tenían preparadas sus naves para regresar a Constantinopla y se hubieran marchado llenos de vergüenza y fracasados, si no se hubieran apoderado de Pegas con idea de saquearla. Un hombre hábil en trepar por los bordes de las rocas había encontrado un camino por el que los latinos pudieron ascender armados durante la noche hasta la ciudadela. Cayeron sobre la guarnición repentinamente, la liquidaron y tomaron la plaza fuerte. Este hecho acobardó brevemente a los romanos porque la ciudad estaba llena de hombres valientes, nobles y pertenecientes a la flor y nata del ejército. Sin embargo, las disposiciones tomadas por el emperador para tales eventos y su capacidad estratégica anularon la flaqueza de los romanos, introdujo el temor en los latinos y los apartó de su natural inclinación y del ímpetu que habían adquirido a raíz de la apropiación del botín apresado. Volvieron a Constantinopla con poco o ningún logro, como hemos dicho.

XXXI

El emperador Juan, entonces, tal como era él de hábil para idear recursos cuando las circunstancias hacían difícil conservar sus posesiones, algo sobre lo cual se necesitarían muchas más palabras, y rechazar lo que se le oponía, halló el modo de cumplir con estos dos objetivos. Había tenido con la emperatriz Irene un hijo al que le habían puesto el nombre de su abuelo, el emperador Teodoro Láscaris. En aquella época había cumplido once años. Por otro lado, Asán tenía una hija de nueve años, de nombre Helena, con su esposa húngara. Así pues, el emperador mandó una embajada a Asán, el mandatario búlgaro. Le recordó el compromiso de los niños, el parentesco de ambos y la alianza y el

apoyo mutuos. Asán recibió la embajada, se cumplimentaron los acuerdos y se confirmaron los juramentos.

XXXII

En aquella época también, yo caí presa del amor por las matemáticas y por la sublime formación literaria. Le dije adiós a la niñez y por voluntad del soberano me dirigí a las puertas de las lecciones literarias junto con otros jóvenes. Nuestro maestro fue Teodoro Hexaptérigo⁶⁵. Cuando fuimos a presencia del emperador, dirigiéndome la palabra, me dijo: «He escogido a estos y los he entregado a la escuela. A ti te he sacado de mi casa y te he unido a éstos para que aprendas. Muéstrame, pues, que saliste verdaderamente de mi casa y dedícate a aprender. Habiendo yo seguido la carrera de soldado, tanto o quizás un poco más de estipendio habrás obtenido de mi reinado, cuanto haya correspondido a lo ilustre de tu linaje. Si muestras que has asimilado los conocimientos, se te considerará digno de grandes honores y recompensas. El emperador y el sabio son los únicos entre todos los hombres que son los más renombrados.» De este modo, abandoné el palacio y entré en la casa del maestro cuando tenía diecisiete años. Era éste, como dije, Heptaptérigo. No era un hombre muy versado en las matemáticas, pero era bueno en las explicaciones ya que estaba tremendamente familiarizado con la retórica y sabía hacer brillantes exposiciones, por lo que había conseguido con ello gran renombre. Cuando murió, después de sus explicaciones sobre la poesía y la enseñanza de las artes literarias, marché a estudiar yo y cuantos habían terminado conmigo los estudios literarios con Nicéforo Blemides⁶⁶, del que todos sabíamos que era el mejor en el saber filosófico. Hasta aquí llega en este momento el relato sobre nuestras circunstancias. Volverá a ser insertado en la historia allí donde me sea factible.

XXXIII

Después de que, como he dicho, se cumplimentaran las formalidades del acuerdo entre ambos emperadores, me refiero al emperador Juan Ducas y Juan Asán, el que gobernaba a los búlgaros, el emperador se adelantó a tomar Lámpsaco y a pasar con las fuerzas bajo su mando a Caliópolis. Combatió contra la ciudad usando máquinas de asedio, y tras no mucho tiempo se

⁶⁵ Se han conservado algunas lecciones realizadas por él y un epitafio dedicado a un contemporáneo suyo de nombre Esteban Coregetópulo. Nació sobre el 1170 y murió sobre el 1240.

⁶⁶ Vivió entre 1197 y 1272. Tras la toma de Constantinopla por los latinos, huyó a Asia Menor. Fue un reconocido intelectual de su época. Estudió medicina, filosofía, teología, matemáticas, astronomía, lógica y retórica. Se convirtió en un clérigo y participó con sus escritos en las disputas con la Iglesia Católica. Fundó una escuela adonde también acudió Teodoro II Láscaris. Pasó sus últimos años como monje en un monasterio fundado por él en la ciudad de Éfeso.

apoderó de ella, recuperándola de manos de los venecianos. Tras esta acción, llegó a Caliópolis también Asán con su esposa de origen húngaro, María, y su hija Helena, y acudió en Caliópolis a presencia del emperador. Ambos se dieron cumplidas muestras de su amistad. Éste no cruzó el Helesponto, sino que permaneció en la parte de Caliópolis. Por su parte, el emperador Juan, acompañado de su esposa y su hija Helena, cruzó a Lámpsaco, donde se hallaba la emperatriz Irene, y ultimó la unión de los niños. El patriarca Germano celebró los ritos sagrados. En aquella ocasión, el arzobispo de Trinobo⁶⁷, que era tributario del de Constantinopla, fue dignado con la autocefalia y se le distinguió con la denominación de patriarca mediante una constitución sinodal e imperial. De ese modo, la jerarquía agradecía al gobernante búlgaro Asán sus atenciones y su amistad. En suma, cuando se hubieron cumplimentado todos los requisitos exigidos para esas ocasiones, la emperatriz Irene, en compañía de su hijo y de su novia, pasó a vivir en la parte oriental, mientras que, por su lado, la esposa de Asán regresó a su país. El emperador Juan y Asán, al mando de sus propias fuerzas unidas, saquearon ambos todo el territorio occidental, que era vasallo de los latinos. Se hicieron con un gran botín y, como expresa el dicho, lo convirtieron por entero en un desierto escita. Se repartieron también, conforme a los juramentos, las ciudades y el territorio. Caliópolis, dado que había sido tomada por el emperador antes del encuentro con Asán, quedó bajo dominio del emperador, igual que Madita y todo lo que es llamado el Quersoneso. Tomó también el emperador la plaza fuerte de Ciso, y situó la frontera en el río que la mayor parte de la gente llama Maritza. Se apoderó también del monte Gano y erigió allí un castillo, adonde mandó a Nicolás Cotertzes para que lo defendiera y le causara problemas a los latinos que estaban en Tzurulo. Era ése un hombre experimentado en la guerra y tan famoso que todos tenían sobre él la opinión de que ni antes ni después de él ningún otro pareció haber llevado a cabo tales obras ni haber tenido tantos éxitos. Por su parte, Asán se apoderó de la zona por encima del mencionado territorio, orientada hacia el norte, hasta el punto de que ambos se encontraron ante las mismas murallas de Constantinopla, mientras que el rey Juan, allí asentado, los veía. Gran temor provocaron en los latinos y los pusieron en un enorme aprieto. Cuando pasó el otoño y se aproximaba el invierno, tras despedirse el emperador Juan y Asán, el uno del otro, éste se encaminó hacia su país y el emperador pasó a oriente.

XXXIV

Como resultaba que Teodoro, su hijo, era aún menor de edad (tenía once años cuando se unió en matrimonio con la emperatriz Helena, como hemos dicho), seguía sin consumarse la unión, y fueron llevados a la emperatriz Irene para ser educados, ya que se daba la circunstancia de que era una mujer de natural noble e inclinada a todo lo bueno. Por otro lado, el poder de los latinos estaba

⁶⁷ Tarnovo.

en aquellos momentos muy limitado y con el compromiso de los dos soberanos su moral quedó bastante humillada. El rey Juan, tras sobrevivir un poco de tiempo, partió del mundo de los hombres dejando como herencia el Imperio de Constantinopla a su yerno Balduino. Por su parte, Asán, al parecer, cambió de opinión respecto a los pactos con el emperador Juan y empezó a buscar el modo de apartar a su hija de su esposo el emperador Teodoro y casarla con otro porque al ser gobernante de una nación sometida desde antiguo a los romanos, temía el progreso a mejor de los romanos. Pensó, pues, en una causa que pareciera razonable, aunque este hecho no les pasara inadvertido a los que lo conocían. Envió embajadores al emperador y a la emperatriz ya que, cuando se aproximaran a Adrianópolis, querían él y su esposa ver a la hija, darle un paternal abrazo y cumplimentar los saludos habituales para enviarla luego de vuelta con su suegro y con su esposo. El emperador Juan y la emperatriz Irene, aun cuando sabían con exactitud la trama y conocían claramente la fechoría, sin embargo, enviaron junto a Asán a su hija con el mensaje de que, si retenía a su hija y la privaba de aquel a quien había sido legítimamente unida, Dios existe, que todo lo ve y lleva el castigo a quienes deshonran los juramentos y que romperían los acuerdos, que se firmaron teniendo a Dios por testigo. Entonces, el búlgaro se marchó con su hija haciendo que todos los que la seguían se precipitaran tras ella, atravesó el Hemo y se encaminó hacia Trinobo. La hija misma iba llorando entre gemidos y su suegra, la emperatriz Irene y el esposo entre lamentos se dolían de la separación. Se cuenta que en un determinado momento Asán se plantó ante ella, la agarró por la saya, le dio unos golpes en la cabeza con sus dedos y la amenazó con ejecutar contra ella cuanto se le viniera a la mente, si no mantenía silencio.

XXXV

Por aquel tiempo también, dado que los tártaros los habían arrasado, todos los miembros de la nación de los escitas que habían escapado de la espada cruzaron el Istro sobre pellejos, superaron el Hemo con sus hijos y mujeres, y contra la voluntad de los búlgaros (eran muchos miles), se apoderaron de la región de Macedonia. Unos se distribuyeron por las zonas en torno al Hebro y las llanuras que por allí había; otros, por las partes inferiores y por el entorno del río que la prolífica lengua corriente, como dijimos, llama Maritza. En efecto, realmente, es el Hebro mientras corre hasta Eno⁶⁸ y de allí desemboca en el Mar Egeo. Los ribereños le cambian el nombre porque otros ríos confluyen en éste y lo vuelven más grande. Así pues, aquéllos devastaron toda Macedonia. En poco tiempo, dejaron como un yermo todas las posesiones de sus habitantes, convirtiéndolas en lo que dice el dicho, un desierto escita, e hicieron fácilmente expugnables todas las poblaciones que existían. Muchos fueron masacrados, todos fueron esquilados, apresados y vendidos como esclavos en las ciudades

⁶⁸ Hoy Enez, en la Turquía europea.

más grandes, como Adrianópolis, Didimotico, Bizie, Caliópolis y en cualquier otro lugar fortificado con poderosas murallas y asegurado por la abundancia de sus habitantes.

XXXVI

Al sucederse de esta manera los acontecimientos, la raza de los latinos, que siempre alimenta su locura en contra de nosotros, estaba furiosa debido a la reciente incursión del emperador Juan y de Asán y por haberse visto privados de sus poblaciones y territorios. Irritados, buscaban la ocasión de emprenderla contra nosotros tras haber hallado, como pensaban, la fuerza en aquellos momentos para recuperarse de la derrota. En primer lugar, se ganaron a Asán y firmaron un acuerdo de paz con él; luego, junto a ése, arrastraron a su lado a los escitas, pueblo bárbaro, errante e invasor, con algunas pequeñas muestras de su favor y con más generosas promesas, y los convirtieron en cómplices de sus obras. Tras haber unido en tamaña alianza a los escitas y a los búlgaros, los italianos marcharon juntos contra el emperador Juan. Dado que la fortaleza de Tzurulo se encontraba en las cercanías, le presentaron batalla. Estaba presente Asán con muchos miles de escitas, con fuerzas búlgaras y con las máquinas de asedio de los italianos. El emperador Juan había encomendado la defensa de Tzurulo a Nicéforo Tarcaniotes, prefecto por aquel entonces de la mesa del emperador y honrado posteriormente con el título de Gran Doméstico. Era yerno del Gran Doméstico Paleólogo por estar casado con María, su primera hija. Era Tarcaniotes un buen soldado y un general valiente, y gozaba del favor de Dios, como se reconoció hasta su final, puesto que la gente, ante todo, opinaba que superaba a sus enemigos la mayor parte de las veces, venciendoles con su buena suerte, su valor y su capacidad estratégica. Una vez plantaron el campo ante la ciudad (los italianos tenían muchas y poderosas máquinas de asedio y helépolis, como para no sólo conquistar una ciudad de tal fortaleza, sino también una con muy altas murallas y muy grandiosas urbes. En aquella ocasión, el prefecto de la mesa imperial demostró su valeroso talante y sus recursos estratégicos en compañía de sus hombres. Todo procedía del favor de Dios. Tarcaniotes planeó una estrategia en el interior contra las máquinas del exterior, y opuso a tamaña masa de soldados la valentía de sus poquísimos hombres. A su vez, el emperador Juan se encontraba desesperado, no tanto a causa de su extrema preocupación por los que estaban en la ciudad, sino porque, dada su sensatez y su inteligencia en los asuntos relacionados con la guerra, sabía que, si la ciudad era tomada por los enemigos, se frustrarían todos sus planes en occidente. Entre tanto, prefería que los enemigos se desgastaran en esa misión y que cediera la mayor parte de su ímpetu, ya que le preocupaban más los asuntos de oriente, que, al estar libres de guerras, le aportaban una mayor felicidad. Mientras asediaba Tzurulo, le llegó un mensaje a Asán diciendo que su esposa húngara había fallecido. Por aquella misma época

murieron su hijo y el obispo de Trinobo. Esos acontecimientos los interpretó como consecuencia de la ira divina y mandó destruir con fuego las máquinas de asedio y se llegó rápidamente a Trinobo. Así pues, los italianos se quedaron solos y, como no eran bastantes para asediar la ciudad, también ellos abandonaron la batalla contra los moradores y se marcharon a Constantinopla. En consecuencia, la ciudad fue liberada del asedio enemigo y Tarcaniotes, el prefecto de la mesa imperial, fue liberado junto con ella. Fue llamado claramente por este hecho Nicéforo⁶⁹. Asán, por su parte, cuando le sucedieron las desgracias anteriormente dichas, pensó de forma muy piadosa que eso había ocurrido por la transgresión de los juramentos que había convenido con el emperador Juan, y por haber apartado a su hija de su esposo Teodoro. Arrepentido de todo ello, envió embajadores al emperador, acusándose a sí mismo de esa muy vil acción, invocando de nuevo los pactos y pidiendo perdón por lo hecho. Entonces, el emperador Juan y la emperatriz Irene, inclinados como eran a la piedad y a Dios, recibieron la embajada, no dieron pie a mayores discursos, reafirmaron los juramentos e hicieron llamar a Helena, la esposa. Fue enviada, pues, ésta a su suegro y a su esposo, y hubo paz de nuevo entre los romanos y los búlgaros.

XXXVII

El curso de la historia se vuelve hacia otra senda y va a aclarar los acontecimientos ocurridos en Constantinopla. Puesto que las cosas se movían en muy diversos sentidos a causa de la multiplicidad de estados que habían surgido en todos los territorios, la narración tiene que ser condensada de manera diversa. Así pues, Balduino, de quien el relato dejó dicho anteriormente que era el emperador de Constantinopla, renunció a dar batalla a los romanos y, especialmente, a oponerse al emperador Juan (en breve plazo su reino se había visto reducido por éste), y se dirigió al rey de los francos⁷⁰, pariente consanguíneo suyo, en tanto en cuanto que era su compatriota, gran enemigo de los romanos y dispuesto a ayudarle por esas razones. Buscaba una importante alianza y tuvo éxito en su objetivo. En no mucho tiempo, sesenta mil francos se reunieron para marchar contra los romanos. Dado que el camino no les era factible en naves (la navegación exigía un gasto mayor del que podían hacer), realizaron la ruta por tierra. Atravesaron las Galias, pasaron por Italia junto a los pies de los Alpes para llegar a Osticio⁷¹. Llegados a Hungría, atravesaron el Istro y se presentaron en tierra búlgara, mientras por el camino trataban con todo el mundo como si fueran amigos y parientes. A causa de ellos mismos, no menos que a causa del odio hacia nosotros, eran bien recibidos muy frecuentemente por los mandatarios de cada lugar. Los búlgaros,

⁶⁹ El nombre significa en griego «portador de la victoria».

⁷⁰ Luis IX, San Luis, (reinó desde 1226 a 1270).

⁷¹ La actual Austria.

olvidando los pactos con los romanos, dieron permiso a los francos para cruzar sus montes aparentando que eran expulsados a la fuerza por ellos. La ciudad de Tzurulo fue tomada de nuevo tras ser atacada por los latinos con la ayuda militar de los escitas. En aquella ocasión, la defendía Juan Petralifas, que había sido honrado con el título de Gran Cartulario⁷². Era un hombre valiente y ejercitado en los asuntos militares desde niño. La superioridad de las fuerzas latinas, la multitud de escitas y la abundancia y potencia de las máquinas de asedio le hicieron rendir esta ciudad a los italianos. Se cuenta también que alguien estaba cometiendo traición a escondidas y por ello se temía una toma de improviso. Los latinos, pues, se apoderaron de Tzurulo y condujeron a los romanos, que había dentro junto, con Petralifas a Constantinopla como cautivos para venderlos a sus habitantes. Mientras la ciudad de Tzurulo era asediada por los italianos, el emperador Juan aprestó bastantes trirremes y, asumiendo el mando de un ejército no pequeño, atacó a los italianos. Partiendo de Nicomedia y dejando de lado Carace, puso sitio a Dacibuza⁷³ antes de lo esperado y la tomó junto a al castillo de Nicetiato, al que puso bajo su soberanía. Por otro lado, fracasó en aquel momento con las trirremes ya que sus combatientes eran inexpertos en la guerra. Se encontraba en ellas Isfré el Armenio, comandante de la flota, quien actuó de manera bastante timorata en la lucha. Anteriormente, había sido nombrado comandante de las trirremes Manuel Codofré, hombre de valeroso obrar, inspirado por Ares en tierra y en mar. No obstante, algunos días antes había tenido con el emperador una atrevida discusión sobre la flota (había dicho que nuestras trirremes no podrían desafiar a las italianas aunque fueran muchas más que las de ellos, ya que tenía exacto conocimiento de ambas escuadras) y había sido apartado del mando. Fue designado Isfré para ello y sufrió una muy contundente derrota. Estaba al frente de treinta trirremes y fue vencido totalmente por trece. Perdió tantas como las que tenía el enemigo, porque cada una ganó como botín una de las nuestras con sus hombres y armas. Así fueron esos acontecimientos. El emperador Juan, por su parte, volvió a firmar la paz con el emperador Asán y se vincularon ambos mediante el parentesco familiar, aunque Asán no guardaba propiamente los acuerdos juramentados, porque en algún momento los transgredió a cambio de una leve ganancia. Por el momento, de manera abierta y franca cultivaba los afectos y se comportaba como un amigo.

XXXVIII

Juan Asán, tras verse privado de su esposa, que este relato histórico ha dejado dicho anteriormente era de origen húngaro, convirtió en su mujer a Irene, la hija de Teodoro Ángel, de alto y hermoso físico, sin considerar las relaciones del

⁷² Las funciones de este cargo variaron a lo largo de la historia del Imperio de Oriente. En este momento, parece que era el encargado de reclutar y organizar el ejército.

⁷³ Hoy Gebze.

hermano de su padre, que convivía con la hija que había tenido de su concubina⁷⁴. Teodoro Ángel tenía dos hijos varones, Juan y Demetrio, y dos hembras, Ana y la mencionada Irene, con la que Asán engendró tres hijos, Miguel, Teodoro y María. Gracias a este matrimonio, Teodoro Ángel fue liberado de su cautiverio y con el consentimiento de su yerno Asán quiso convertirse en dueño de Tesalónica y todo el territorio sobre el que había mandado anteriormente. En efecto, tomó a sus órdenes a algunos pocos hombres de Asán y, dado que no podía a las claras promover una batalla contra su hermano Manuel, tramó un plan para entrar en Tesalónica a escondidas. Se vistió con míseros harapos y entró secretamente en la ciudad. Tras entrar, quiso darse a conocer a algunos a quienes en sus buenos momentos había estimado y beneficiado, con los que también se atrevió ejecutar los planes contra su hermano. No precisó mucho tiempo para volver a hacerse dueño de Tesalónica y de las ciudades y territorios aledaños. No quiso ser proclamado emperador por la lacra de sus ojos⁷⁵, pero nombró emperador a su hijo Juan y le calzó sus pies con los borceguíes de color púrpura. Decidió también que firmara con letras de igual color y que él llevaría la administración del gobierno y ejecutaría las órdenes de su hijo. Una vez depuesto su hermano Manuel, lo embarcó en una trirreme y lo mandó al exilio en Atalia. A su esposa la envió de vuelta con su padre, Asán. Éste apreciaba más a su suegro Teodoro que a su yerno Manuel, y amaba apasionadamente a su esposa Irene en no menor grado que Antonio amaba a Cleopatra. Por su parte, Manuel, cuando hubo atracado en Atalia de forma inesperada, halló que los descendientes de Agar se comportaron con él muy compasivamente. Como les dijo que su llegada era resultado de su ruta hacia el emperador Juan, le permitieron el tránsito tras aprovisionarle convenientemente. En suma, desde allí llegó a presencia del emperador y éste lo recibió amablemente en su calidad de pariente y de antiguo poseedor del título de déspota. Le entregó dinero y seis trirremes, y lo despachó hacia la Gran Valaquia⁷⁶, después de tomarle severos juramentos, tal cual era su carácter, lleno de agudeza e inteligencia. Manuel arribó a tierras de Demetriadé y allí reunió en torno a él un ejército sin mucho esfuerzo después de explicarles su aparición a algunos de sus allegados mediante escritos y a otros, seduciéndolos

⁷⁴ Iván II Asen ignoró los cánones eclesiásticos que prohibían el matrimonio con Irene Comnena Ducas porque María, la hija primogénita del zar búlgaro, estaba casada con Manuel Comneno Ducas, hermano de Teodoro Comneno Ducas y padre de Irene. Por otro lado, parece que Irene ya había sido amante de Iván y que la Iglesia Búlgara se opuso a la boda, aunque ello le costó el puesto (y puede que la muerte) al patriarca búlgaro. La madre de María había sido Ana, que fue repudiada por Iván para casarse con Ana María de Hungría. Parece ser que la opinión de Jorge Acropolita llamando concubina a la zarina Ana carece de fundamento. Ana fue recluida en un monasterio por su ex esposo.

⁷⁵ Privar de la vista a los gobernantes derrocados era una costumbre bizantina cuyo fundamento residía en que el emperador debía ser una persona sin defectos ni discapacidades físicas, de ahí que Teodoro Ángel se negara a aceptar el título.

⁷⁶ Gran Valaquia es el nombre que recibe en esta época la antigua región de Tesalia. Demetriadé es una ciudad situada en esa región, en el golfo de Pagasas.

con promesas. Se hizo con Farsalia, Larisa, Platamón y sus territorios. Luego, llegó a acuerdos con sus hermanos Constantino y Teodoro, ya que aquél era déspota, como dijimos, y mandaba sobre los lugares que hemos dicho que mandaba, y Teodoro era el padre del famoso Juan de Tesalónica. Cuando se hubieron puesto de acuerdo, ambos convencieron a Manuel de revocar los pactos con el emperador Juan. Ése, queriendo y no queriendo, como decían quienes se hallaron presentes y conocían tales hechos, accedió a los deseos de sus hermanos. Desde entonces, vivieron unidos, satisfechos con las porciones de territorio de cada uno y después de haber concertado con los latinos asentados en el Peloponeso y el Euripo un tratado de paz.

XXXIX

No mucho tiempo había pasado cuando Manuel abandonó la vida, arrepentido, como decían, de haber roto los juramentos con el emperador. También murió la emperatriz Irene, mujer prudente, llena de dignidad y que mostraba una majestad imperial. Se deleitaba con las artes literarias y escuchaba a los sabios con placer. Los apreciaba sobremanera, como se puede saber por lo siguiente. Con ocasión de un eclipse de sol que tuvo lugar cuando pasaba por Cáncer, sobre el mediodía y cuando yo mismo iba a salir mientras esto ocurría, en el campamento imperial (el emperador con la emperatriz había acampado en un lugar llamado Periclista⁷⁷) me preguntó sobre la causa del eclipse. Yo no supe responderle con propiedad, ya que hacía poco que había tomado contacto con los arcanos de la filosofía asistiendo a las lecciones de Blemides. Con todo, como sabía por él cuanto era lo propio en aquel momento, le dije que la causa del ocultamiento era la interposición de la luna y que parecía que el sol no estaba, pero que no era cierta la privación de su presencia, y que era más que a la luna le pasaba esto cuando incidía con su sombra sobre la tierra porque cubría la luz procedente del sol. Mientras la conversación se iba prolongando largo tiempo, se oponía a lo que se estaba diciendo el médico Nicolás, persona escasamente familiarizada con la filosofía, pero muy versado en su especialidad, fundamentalmente por conocerla a base de experiencia (era muy apreciado por la emperatriz y tenía la dignidad de actuario⁷⁸). Como ése se oponía y yo más bien balbuceaba, en medio de la discusión, la emperatriz me llamó «crío»; luego, volviéndose al emperador, como si hubiera hecho algo inconveniente, dijo: «He dicho algo inapropiado llamándolo "crío"». El emperador dijo: «No es

⁷⁷ Según he podido hallar en internet, esa localidad corresponde a un lugar que en turco es Burnarbashi o Pinarbaşı. Con esta última denominación hay bastantes localidades en Turquía. Por la posición de los emplazamientos históricos de los que habla Jorge Acropolita, creo que debe corresponder a la Pinarbaşı de la provincia de Ezine, en la región de Mármara.

⁷⁸ Este título varió en cuanto a sus competencias a lo largo de la historia del Imperio de Oriente. Desde un comienzo cuando se ocupaba de los pagos en el ejército, a ser el nombre de los vencedores en las carreras de carros, hasta llegar a esta época en que era el título que se le daba al médico que asistía a la familia imperial.

un niño; es un joven.» En aquel momento, tenía veintiún años y no desentonaba su apelativo. No obstante, la emperatriz dijo: «No debemos llamar de esa manera a quien habla en términos filosóficos.» He mencionado este hecho para dar cuenta de cómo la emperatriz apreciaba la dialéctica y honraba a quienes la conocían. Murió, pues, esta emperatriz y creo que el eclipse de sol anunciaba su muerte. También un cometa había hecho su aparición seis meses antes por la parte septentrional y se mantuvo durante tres meses, apareciendo no en un único lugar, sino en diferentes sitios. Tras breve tiempo, también Asán, que gobernaba sobre los búlgaros, falleció. Se mostró como el más noble de los bárbaros no sólo con los suyos, sino también con los ajenos. Se comportó de forma compasiva con los extranjeros que se llegaban a él, especialmente con los romanos, y les proporcionaba generosamente provisiones. Tras su muerte, así pues, su hijo, llamado Calimano⁷⁹, nacido de su esposa húngara, recibió el poder. Este Calimano tenía una hermana cuyo nombre era Tamar⁸⁰. Asán tuvo con la hija de Ángel tres hijos, un varón, Miguel, y dos hembras, como dijimos: María y Ana. Calimano, tras asumir el poder heredado de su padre, renovó los pactos con el emperador Juan y las relaciones políticas entre ambos fueron pacíficas. Por su parte, una vez muerto Manuel, el hermano de Teodoro, la tierra bajo su soberanía la obtuvo su sobrino Miguel⁸¹ y la sumó a su propio territorio. Volvió a haber paz entre Teodoro Ángel, con su hijo Juan en Tesalónica llamado por sus habitantes emperador, y su tío Constantino, llamado éste también déspota, y su sobrino Miguel.

XL

El emperador Juan, cuando el búlgaro Asán hubo fallecido y un joven comenzó a gobernar a los búlgaros, aprovechó la oportunidad e intentó eliminar la denominación de emperador que se aplicaba a Juan, el hijo de Ángel. En primer lugar, se ganó a su padre Teodoro mediante mensajes. Tal como era éste de incauto en la gestión de los asuntos políticos, sin sospechar nada de lo que iba a ocurrir, se aproximó al emperador Juan, lo aceptó de buena gana y lo hizo objeto de honores. Lo llamaba tío, lo sentaba a su mesa y lo hacía partícipe del resto de muestras de aprecio. Cuando lo tuvo en sus manos el emperador, resultó que a sus fuerzas romanas se le sumó un experimentado ejército procedente de los escitas (el emperador Juan había conseguido hacía poco subyugarlos y que abandonaran su carácter salvaje mediante regalos y muestras de favor de diverso tipo, los apartó de los macedonios y los pasó al bando oriental). Animado por estos hechos y sin esperar nada malo de los búlgaros, de un lado por los pactos firmados y de otro, porque la política de los búlgaros estaba siendo dirigida por un muchacho, partió de oriente el emperador, cruzó

⁷⁹ Kalimán I Asen. Reinó desde 1241 a 1246.

⁸⁰ Fue prometida al futuro emperador Miguel VIII Paleólogo en 1254.

⁸¹ Miguel II Ángel, o Miguel II Comneno Ducas. Gobernó el Epiro entre 1230 y 1266/68.

el Helesponto junto con las tropas romanas y las escitas, y avanzó hacia Tesalónica en contra el llamado emperador Juan. Después de pasar por tierra de Tracia y Macedonia, dejando de lado Cristópolis y el Estrimón, se aplicó a la fortaleza de Retina, defendida por algunos hombres de Juan, quienes abandonaron el castillo, se dieron a la fuga y escaparon a la carrera en dirección a Tesalónica antes de ver los ejércitos del emperador Juan. Habiendo encontrado la plaza fuerte desierta de soldados, los hombres del emperador la ocuparon y establecieron una guarnición. El emperador, a su vez, tras reagrupar todo el ejército, fijó su tienda cerca de Tesalónica, a unos ocho estadios⁸². El lugar se llamaba El Huerto de Probatas. No le era fácil alzar helépolis y máquinas de guerra contra una ciudad tan grande y así apoderarse de ella mediante tal clase de combate. Hacía incursiones con sus tropas y saqueaba todo el entorno, especialmente con los escitas. Todo era objeto de saqueo. Tenía consigo también trirremes al mando de Manuel Godofré. Le acompañaba la élite de sus hombres, como Demetrio Tornices, que se encargaba de la administración y tomaba parte en la planificación, y Andrónico Paleólogo, que tenía la categoría de Gran Doméstico y llevaba los asuntos relacionados con el ejército. Había otros muchos con el cargo de comandantes, Alejo Raúl, que era protovestiario; Nicéforo Tarcaniotes, prefecto de la mesa imperial; Contostéfano, que tenía el cargo de protosbasteo; Petralifas, nombrado Gran Cartulario, y otras no pocas personas ilustres. El emperador Juan, situado cerca de la ciudad, hacía todo lo que es habitual en contra de ella. Tampoco los de su interior vacilaban a la hora de actuar. También salían más allá de sus puertas y hacían incursiones contra el emperador. No habían pasado muchos días cuando la nación tártara marchó contra los musulmanes, entabló batalla contra ellos y los venció⁸³. La noticia le llegó al emperador a través de su hijo, el emperador Teodoro. A éste lo había dejado que permaneciera en la zona de Pegas en compañía de Juan Muzalonas, que mientras se encontraba en estado laico había sido secretario, pero que entonces era monje, varón inteligente, eficiente y que destacaba sobre los demás en cuestiones relacionadas con la administración imperial, y en compañía de Miguel Libadario, que era Gran Heteriarca. Así pues, cuando el emperador se enteró de la noticia, ordenó que los que estaban al tanto guardaran silencio y no comunicaran a nadie nada sobre el asunto. Llegó a un acuerdo con Juan, que estaba dentro de la ciudad, tomando como embajador al padre de Juan, Teodoro Ángel. Al cumplirse el día cuarenta, se firmaron los pactos y se pronunciaron los juramentos. Se le retiraron los borceguíes púrpura y la pirámide adornada de perlas, en la que también hay incrustada una piedra preciosa roja, símbolos estos imperiales, se le concedió el título de déspota por parte del emperador y se mostró claramente leal al emperador. Una vez realizados estos actos, el emperador regresó a oriente, habiendo dejado al

⁸² Algo más de un kilómetro.

⁸³ Se trata de la batalla de Köse Dağ, celebrada el 26 de junio de 1243 entre las tropas mongolas al mando de Baiju y el Sultanato de Rum, gobernado entonces por Kaikosru II.

emperador como déspota y sometido, habiéndolo vinculado mediante los juramentos acostumbrados, habiéndole obsequiado con los regalos normales y habiendo dado muestras de su afecto con todos sus subordinados. A su lado dejó también a su padre Teodoro.

XLI

El emperador Juan cruzó a oriente. Pasó el invierno en Ninfeo, como era su costumbre. Posteriormente, marchó de allí a Lámpsaco, donde pasó el verano y el otoño. Cuando volvió el invierno, cambió de lugar y se fue a la región de Pegas. En el camino, sufrió la prueba de un enorme temporal que comenzó cuando el emperador acampaba en Sigrene. Durante dos días padeció por una intensa y fuerte tormenta de nieve hasta que llegó a la ciudad de Pegas. Muchos y muchas murieron por el camino. Hasta trescientos, como afirmaban quienes los contaron, quedaron atrapados por no poder hacer frente a la violencia de la nieve. Ninguno de los que la vieron decía haber conocido que nunca se hubiera producido tamaño temporal. Corría por aquel tiempo el día dieciocho del mes de diciembre del año seis mil setecientos cuarenta y uno, creo. El emperador Juan permaneció en la ciudad de Pegas hasta que lo peor de la tormenta remitió. Salió de allí para ir a Ninfeo, donde estuvo hasta la luminosa aparición de la primavera. Así pues, como hemos dicho, el ejército de los musulmanes había sido aniquilado por los tártaros. El sultán, que se llamaba Jatatines⁸⁴, hijo del sultán Azatines, había pasado de ser un buen gobernante a estar dado al vicio. Se gozaba con la bebida, la depravación y los tratos de alcoba execrables y antinaturales. Convivía con hombrecillos que ignoraban la cultura y todo lo relacionado con la naturaleza humana. Su padre no había sido así. Había sido vencido por la depravación, pero no mucho; por ello, había sido mejor general que sus predecesores y le había dado muestras de amistad al emperador. Sin embargo, su hijo disfrutaba hasta la saciedad de aquello que le gustaba. Intentó, pues, la batalla contra los tártaros y fue vencido. Como su situación era muy crítica, envió embajadores al emperador Juan con la petición de que le ofreciera el mejor consejo para repeler al enemigo y aligerar un poco su presión, y diciendo que esto sería la salvación de ambos, ya que, con la destrucción del pueblo musulmán por los tártaros, quedaba franco para los enemigos el acceso a tierras romanas. Eso era totalmente cierto. Por tanto, Juan, de acuerdo con su habilidad para afrontar tales situaciones, recibió complacido la embajada y aceptó la alianza con el sultán a fin de que ésta sirviera para rechazar a los enemigos. Una vez que esos dos grandísimos gobernantes se hubieran unido, sería verosímil que los enemigos tuviesen miedo, ya que, si bien tenían un único objetivo, se encontrarían con dos caudillos unidos. En consecuencia, tras haberse preparado para tales acuerdos, se reunieron ambos, el emperador Juan y el sultán Jatatines, en la ciudad de Trípoli, por donde pasa

⁸⁴ Ver nota 24.

el río Meandro. Los obreros del sultán construyeron un puente improvisado hecho de madera que hizo accesible el paso a los que lo quisieran. Los mandatarios se prodigaron mutuos y amistosos saludos, y, es más, uno y otro lo hicieron con los principales de cada uno de sus séquitos. Confirmaron con mayor fuerza los tratados que habían tenido anteriormente en el sentido de que combatirían conjuntamente a sus enemigos, y se despidieron. El emperador volvió a Filadelfia y el sultán a Iconio, donde estaba también su palacio. En aquel momento también, el ruido de la batalla se mantuvo en silencio para ambos porque el ejército de los tártaros permaneció en sus posiciones y no se movió como es su costumbre. Y se ocuparon en sus propios asuntos.

XLII

Al poco tiempo, el destino se llevó a Juan, de quien habíamos hablado anteriormente y que había sido nombrado déspota por el emperador Juan. Tenía un hermano, Demetrio, quien, después de enviarle una embajada al emperador, heredó la dignidad de déspota de su hermano, y se le ordenó que gobernase a los súbditos de éste. Pero no tenía los mismos fraternales pensamientos que su hermano Juan, sino que los separaba una gran distancia. En efecto, quienes lo conocían decían que éste nunca, ningún día del año, dejaba de asistir a los divinos oficios, a menos que se lo impidiese una enfermedad. Atendía a las oraciones nocturnas y cumplía a diario con el canto de los himnos hora a hora. Frecuentaba profusamente a los nazireos⁸⁵ y procuraba con celo hallar una vida lo más solitaria posible y poner en práctica la tranquilidad que hay en ella, o estar en afectuoso trato con quienes viven así. En cambio, su hermano Demetrio tenía un carácter opuesto. Tenía amistad con jóvenes estúpidos, disfrutaba en su compañía grandemente, se daba a pasiones viciosas y frecuentaba a mujeres casadas, de modo que en ocasiones le sobrevenían situaciones terribles. Queriendo huir por una ventana del marido de una adúltera que había entrado repentinamente, cayó desde una gran altura y se dio un golpe en la nalga. Se curó después de haber necesitado bastantes días de atenciones médicas, pero quedó ligeramente cojo de uno de los pies y no caminaba normalmente. Con todo, no disfrutó mucho del poder porque el emperador Juan, aprovechando la oportunidad de aquel momento, cuando, como dijimos, la nación de los tártaros se ocupaba de otros pueblos por haber abandonado la guerra contra el sultán de Iconio (la guerra la había llevado contra el babilonio y su entorno, al que las tribus musulmanas suelen llamar Califa), atravesó, llegado el verano, el Helesponto, habiendo dejado en oriente a su hijo Teodoro. Se dio también la circunstancia de que tiempo antes el patriarca Germano había dejado este mundo y se había dirigido a las moradas

⁸⁵ Monjes. El nombre procede del Antiguo Testamento, donde designaba a personas que abandonaban determinados placeres mundanos y se consagraban a Yahvé. El término «nazir» en hebreo significa «apartado».

divinas tras una vida virtuosa y santa, y tras haber pastoreado a su rebaño virtuosamente. Le sucedió un monje llamado Metodio, abad del monasterio de San Jacinto en Nicea, varón que se jactaba de saber mucho, pero que carecía de sabiduría. Sin embargo, este hombre murió tras disfrutar sólo tres meses del trono. Por tanto, la Iglesia se vio privada de patriarca, porque el emperador Juan no se encontraba bien dispuesto respecto a esos asuntos y no le era fácil encontrar a alguien digno, o que le complaciera más. Las personas principales, sobre todo, aceptaban a quienes les agradaban para no tener a personas opuestas a su voluntad. En suma, corrió mucho tiempo y no había quien guiara el rebaño.

XLIII

Así pues, el emperador Juan, como dijimos, pasó a la zona opuesta, la occidental, para explorar las tierras de aquella parte y las ciudades que en ellas había, ya que era señor de todas hasta la ciudad así llamada Zigna, situada cerca de Serras. Mandaba entonces sobre los búlgaros el hijo de Asán, Calimano, que tenía doce años. Tras llegar a Ciso, se detuvo allí un día y a la mañana siguiente continuó el camino. Llegó luego al río que llaman Hebro, que desemboca cerca del monasterio llamado de Bere⁸⁶ y que llaman en el idioma del lugar río Maritza. Mientras se hallaba en medio del río, el emperador (era vadeable para las patas de los caballos porque se encontraban en el final del verano, el día tres o cuatro de septiembre), le fue entregado un mensaje que decía en una carta remitida por el gobernador que estaba al mando de Acrido que Calimano, el mandatario búlgaro, había fallecido. Según unos, le había pasado por una muerte natural; pero otros decían que había sido liquidado por adversarios suyos mediante una pócima preparada clandestinamente para su muerte. Sea de una manera o de otra, lo cierto es que éste pasó a otra vida. El hecho siguió siendo certificado por continuos mensajes. El emperador, tras conocer esa noticia, continuó adelante hasta llegar a Filipópolis, dejando de lado Cristópolis. En aquel lugar, estudió con sus principales hombres si se debía atacar las tierras de los búlgaros y apoderarse de algunos de los lugares que estaban en posesión de ellos, y si era fácil tomar la ciudad de Serras. Algunos desaconsejaron al emperador la guerra contra los búlgaros porque no conducía un ejército idóneo; tampoco estaba preparado para la batalla, sino que únicamente hacía el desplazamiento para ver las tierras del emperador. La ciudad de Serras, la primera que era necesario atacar, era inexpugnable por hallarse en una elevación del terreno y no se la podía cercar fácilmente con un ejército de tal envergadura, y erigir máquinas de asedio contra ella entraba dentro de lo imposible. Atacar y, tras el intento, retroceder sería vergonzoso para el poderío del Imperio de los romanos (su prestigio en semejantes empresas era muy grande), y no convenía empujar a los búlgaros, que estaban

⁸⁶ Situado en la moderna ciudad de Feres, en el demo de Alexandrópolis.

en calma, a una guerra. Esos fueron los consejos que le dieron al emperador los que le disuadían del intento. Pero Andrónico Paleólogo, que mi relato había dicho que era Gran Doméstico, aconsejaba más lo contrario al emperador: «Hay que atacar la ciudad de Serras. Si lo consiguiéramos, obtendríamos una ventaja no pequeña. Sobre todo, humillaríamos a los búlgaros y recibirían con mejor disposición la embajada con la paz, dado que también ha desaparecido su señor y va a regir a los búlgaros otro niño, Miguel, nacido para Asán de Irene, la hija de Teodoro Ángel. Pero si sucediera que no ganáramos la ciudad, ¿cuál sería el perjuicio para el Imperio de los romanos? Tomaríamos el camino en calma y volveríamos a mandar una embajada a los búlgaros y recibirían de buen grado la comitiva al estar mandados por un niño que nada sabe de batallas, y todo el mundo ama la paz cuando pretende tener tranquilidad.» Al emperador le pareció que el Gran Doméstico le había dado el mejor consejo y, tal como estaba, emprendió el camino que llevaba a Serras. Nada más llegar, plantó las tiendas y montó el campamento frente a la ciudad. Pensaba atacar la ciudad no mediante un ejército listo para las batallas (en aquel entonces no lo tenía preparado, como dijimos), sino con la estrategia y los recursos tácticos. Serras había sido antiguamente una ciudad muy grande, pero el búlgaro Juan en unión de las demás ciudades macedónicas la había asediado y la convertida en ruinas. Por aquellos momentos, resultó que era como una aldea, con una ciudadela, que era lo único que estaba fortificado y capaz de afrontar una guerra. Su guardián era un búlgaro de nombre Dragotas, que tenía la residencia en Melenico. Dado que, por tanto, la ciudad baja de Serras carecía de defensas (sus partes quebrantadas habían caído inmediatamente al suelo ya que estaban hechas de piedras sin encalar y elevadas a escasa altura), el emperador reunió y animó a apoderarse de ella a los que trabajaban a sueldo para los soldados, a quienes la lengua vulgar llama tzulucones⁸⁷. Como carecían de lo necesario, habían abandonado sus hogares para procurarse la subsistencia. Al ver que el lugar era fácilmente accesible, tomaron los arcos e, incluso, espadas y algunas tablas que improvisaron como escudos, y, protegidos por ellos, avanzaron sin dilación contra la plaza entre gritos de guerra, y en unas pocas horas estuvieron en su interior. Saquearon, pues, lo que iban encontrando y todos los de dentro que no habían llegado a refugiarse en la ciudadela salieron al encuentro del emperador entre súplicas. Cuando Dragotas, el comandante de la plaza vio que la parte baja había sido tomada, al ser un búlgaro en absoluto instruido para defender largo tiempo ciudades y sabiendo también la muerte de su señor, sin aguantar, afortunadamente, mucho tiempo, mandó emisarios al emperador. Al punto, la ciudad aclamó al emperador. Dragotas recibió un manto de color púrpura bordado de oro y una buena cantidad de monedas de oro, y le hizo muy abundantes promesas al emperador sobre Melenico, totalmente veraces.

⁸⁷ Se trataba de los servidores de los soldados cuyas competencias eran montar las tiendas, el transporte de la impedimenta, de la madera, la atención a los caballos y, si era necesario, también combatían.

XLIV

Dragotas agarró todos esos regalos del emperador y se marchó con intención de sugerirlos como cebo. Cuando hubo llegado a Melenico⁸⁸, expuso todo a sus moradores y los animó a entregar la ciudad al emperador. Pero no hacía esto a las claras, sino que difundía estas propuestas a la mayoría de la gente de forma clandestina. Ya que el encargado del gobierno de la ciudad, Nicolás Litoboes se hallaba enfermo y pegado a la cama por sus dolores en los pies, todos tuvieron vía libre para llevar a cabo lo que deseaban. Pero Nicolás Manglabites, que era uno de los más ilustres habitantes de Melenico, persona enérgica y hábil en hacer cambiar las circunstancias cuando era el momento propicio, descubrió los planes de Dragotas y, sabiendo que podría llevar a cabo las promesas hechas al emperador, sedujo a la mayor parte del pueblo, sacó a la luz lo que se decía a escondidas y explicó a todo el mundo lo que le sería conveniente. «Hemos sufrido» dijo «bajo el poder del hijo de Calimano. La expectativa era que se convirtiera en un hombre y que experimentáramos una alternativa a los sufrimientos cuando llegara la edad en que se podría distinguir un hombre bueno de uno malo. Ya que nos equivocamos con su perversa suerte y se nos pone por delante otro niño al frente de los búlgaros, pareceríamos peor que cualquier persona que tuviera perdido el juicio si nosotros mismos nos volviéramos a entregar a nuevas desgracias, prefiriendo permanecer durante toda nuestra vida como súbditos sin un señor, circunstancia en la que se originan los más abundantes y peores males. Ahora bien, puesto que el emperador de los romanos se nos ha acercado, debemos ponernos en sus manos. Es una persona justa que conoce al hombre que es malo y al que es bueno, y que, desde antiguo, ha sido justo con nosotros. Nuestro lugar pertenece al Imperio de los romanos. Los búlgaros se han servido de sus recursos de forma muy codiciosa y han sido dueños de Melenico, pero nosotros todos somos originarios de Filipópolis y somos de pura estirpe romana. Por otro lado, además, el emperador de los romanos ciertamente es justo con nosotros, aunque hubiéramos pertenecido a los búlgaros. Su hijo y emperador, Teodoro, está relacionado por parentesco con el emperador de los búlgaros, Asán, y ahora la hija del emperador Asán, esposa del mencionado emperador, es señora entre los romanos y así es llamada. En razón de todas esas cosas, dejemos atrás la mayoría de las palabras pronunciadas. Debemos ir a su presencia, inclinar nuestros cuellos al yugo del vasallaje porque benéfico es el yugo de los emperadores juiciosos y de edad avanzada, y mucho más ligero que el de aquéllos que todavía están en la niñez.» Con este discurso convenció a todos de que fueran súbditos del emperador sin esfuerzo y sin apenas problemas. Enviaron a algunos emisarios de sus conciudadanos, quizá a escondidas, pero seguro que con conocimientos de la mayoría, y llegaron a acuerdos con el

⁸⁸ Hoy en día Melnik, en Bulgaria.

emperador. Éste dio y decretó un crisóbulo que recogía sus peticiones y ordenó a los emisarios de Melenico que les fuera pasado a sus moradores. Todos se reunieron con espíritu unánime en poco tiempo, quienes pertenecían a los primeros puestos, quienes integraban el ejército y quienes eran los más influyentes de los habitantes, y acudieron a presencia del emperador que estaba acampado en un lugar llamado, más o menos, Labisda. Eran hombres decentes, honrados y dignos de respeto y aprecio a simple vista. Resultaron ser más de quinientos. Al verlos, el emperador les dijo: «¿Qué arte bélico nos ha traído a estos? ¿Cuántas falanges de caballería han vencido a tanta gente? Por mejor decir, las cosas casi imposibles son también las más fáciles. En conclusión, está claro que es verdad lo dicho por el apóstol Pablo: "no es del que corre o del que persigue, sino del que tiene el beneplácito de Dios."» Ciertamente, no se debe alabar por entero al general ni hacerle reproches, porque muchas veces algunos, aunque combatieran afanosa e intensamente, comportándose de forma enérgica en sus circunstancias presentes, poco o ningún éxito obtuvieron; hubo incluso quienes fracasaron estrepitosamente. Otros, gozando de una suerte favorable, afrontando sus acciones de forma no intencionada, fueron autores de grandes triunfos, como le ocurrió en aquella ocasión al emperador Juan. Se convirtió en señor de muchas ciudades y lugares de forma instantánea sin entrar en batalla, sin que nadie cayera en batalla, sin derramar sangre, sin una espada que hiriera un cuerpo, sino calmada y serenamente, y, como si le pertenecieran por herencia paterna, gobernó sin esfuerzo todas esas posesiones. Se convirtieron en tributarias suyas Estenímaco, Tzepena y cuantas aldeas y pueblos se encuentran en las proximidades del macizo de Ródope, y puso el río Hebro como frontera con los búlgaros. Por el norte, Estumbio, Cotobo, plazas fuertes, y el sitio de Belebudio fueron sometidas al emperador. Escopia, Beleso, hasta Prílapo, y de Pelagonia, Neustápolis y Prósaco, todas estaban sometidas al emperador. Respecto a estos lugares, se firmaron tratados entre el emperador y los búlgaros donde constaba que se sentía satisfecho con esos lugares solamente y que no se internaría más allá. Así ocurrieron esas cosas. Yo mismo actué como secretario en los documentos escritos, imprimiendo el sello imperial en cada uno de las ciudades y lugares tomados. Esa es la antigua costumbre de los emperadores de los romanos, dejar claro sus logros a los que se hallan lejos mediante escritos, y animar a su bienestar, en el que a ellos mediante sus obras les corresponde tomar parte.

XLV

Así pues, cuando el emperador hubo llevado a cabo esos hechos, que habían sido para él causa de mucha alegría y no menos para todos los romanos que contemplaban el incremento de su poder y la ampliación de su imperio, le vino a la mente al emperador el deseo de regresar y de emprender el camino a oriente (la ocasión lo exigía, porque había pasado octubre y corría mediados de

noviembre); no obstante, una buena y provechosa razón impedía la partida. Tesalónica, como hemos dejado dicho en la historia, reconocía y llamaba déspota a Demetrio, el hijo de Teodoro, porque había sido dignado con el título por el emperador. Como hemos dicho anteriormente sobre él, era un muchacho insolente, dado a entretenerse con juegos y diversiones juveniles, en nada proclive a tratar con hombres sensatos, a gobernar el estado y a dirigirlo de forma acorde a las leyes. Ciertas personas, entonces, urdieron una conspiración contra él, de los que los más renombrados e ilustres eran Esparteno, Campano, Yatrópulo y Cutzulato y, entre los notables, Miguel Láscaris y Tziriton, al que el emperador Juan había nombrado Gran Cartulario. Todavía no están claros los otros partícipes del plan ya que los cómplices en la trama estaban entre el pueblo y permanecieron desconocidos para la mayoría. Pues bien, a uno de los mencionados, Campano, todos los conjurados enviaron al emperador Juan con la excusa de la trama, pero, en realidad, para solicitar un crisóbulo general que contuviera los fueros y derechos que le habían pertenecido a Tesalónica desde antiguo y para que le concediera su libertad. El emperador llevó a cabo todo conforme a sus objetivos y les hizo por escrito promesas de recompensas a quienes sirviesen a la causa. Una vez aseguradas esas medidas, el emperador partió de la región de Melenico y se trasladó a Tesalónica. Había enviado por delante embajadores a Demetrio para que, conforme a lo pactado, se llegase junto a él y cumpliera con sus deberes, pues así se había acordado y jurado. Pero Demetrio (ni siquiera sabía darse cuenta de lo que tenía en casa), haciendo uso de los conjurados como consejeros, fue persuadido de que permaneciera en la ciudad. Le decían que la convocatoria del emperador era una trampa contra él. Superficial como era, ajustó sus pensamientos a las palabras de aquéllos, a las que asentía. Y sucedió con estos hechos lo que, como un divertimento, voy a añadir al relato. Algunos comunicaron a Demetrio que Campano (era éste uno de los que hemos dicho antes eran partícipes de la conspiración) tenía intenciones contrarias a las suyas desde que había vuelto del lado del emperador. Aquél acudió a presencia de Demetrio y fue acusado por los que decían la verdad en contra suya, en el sentido de que tramaba algo a escondidas, que estaba incitando al pueblo, que había enviado cartas al emperador y que se estaban difundiendo mensajes misteriosos. Campano estaba presente en la investigación. Entonces, Esparteno, que era cómplice de los hechos, cuando se enteró de lo que estaba pasando, acudió rápidamente al lugar. Entre jadeos y con empeño, dijo: «¿Qué acusaciones están vertiendo algunos sobre este desgraciado, señor, quien, si fuera descubierto, sería juzgado merecedor de toda clase de muerte?» Demetrio, a su vez (confiaba mucho en ése como en una persona leal, a quien consideraba, por decirlo al modo de los cómicos, muy partidario, cuando no muy ladrón), dijo: «Esparteno, quienes lo acusan dicen que es un traidor.» Éste golpeó con su puño la mandíbula de Campano con gran fuerza y agarrándole de la barba, dijo: «Señor, me lo llevo a casa, lo someteré a tormento inmediatamente y lo obligaré a revelar todas las

asechanzas que se mantienen ocultas.» Así habló y, tal como estaban, salieron rumbo a su casa. A Campano lo recibió en aquella ocasión un lecho elevado con un colchón para que se recuperase y los placeres para su disfrute con los que, sobre todo, gozan los hombres que están ejercitados en la realización de semejantes obras. Como dijeron algunos, Esparteno se hizo con un odre y lo llenó de aire; luego, lo ató de modo que todo el aire estuviera recogido en su interior y no hubiera escapes y, tras colgarlo, lo golpeaba con palos, haciendo que torturaba a Campano para que revelara los secretos, pero lo que era golpeado era un odre, no Campano. Cuando hubo pasado el suficiente tiempo, hubo podido aplicar un merecido tormento y sacado a la luz el secreto que yacía en las más recónditas profundidades, a toda prisa Esparteno se presentó ante Demetrio y le dijo: «Señor, te voy a dar cuenta de la trama y lo voy reafirmar mediante un juramento por ti, por Demetrio, señor de todos nosotros, el protector y patrón de Tesalónica (este juramento es más poderoso que otros entre los tesalonicenses). Campano es igual que Esparteno y te considera igual que Esparteno, que sabes es el que más te aprecia de todos los hombres.» De este modo, Esparteno distrajo de forma adecuada la fechoría que estaba a punto de ser descubierta. Por su parte, el emperador Juan levantó el campamento, marchó hacia Tesalónica al amanecer y acampó junto a ésta. Como no le era posible sitiarla (no tenía suficientes fuerzas para ello), mandó una embajada y le pidió a Demetrio que saliera a su encuentro, conforme al juramento que había hecho, y que montara un mercado en el exterior de la ciudad de Tesalónica para que los miembros del ejército pudieran comprar lo que necesitaran. Demetrio, haciendo caso a los conspiradores como si fueran consejeros, no permitió que se hiciera ninguna de tales cosas. Al cabo de muy pocos días, un pequeño ejército se situó cerca del portillo que daba al mar para que nadie de la ciudad saliera de improviso y provocara daños en la gente del ejército. Repentinamente, desde este portillo, se levantó un grito diciendo que alguien del interior había abierto la puerta y al grito le siguió la fuerza que vigilaba el portillo, y todo el ejército armado acudió junto con su jefe. En un instante, Tesalónica tuvo en su interior a todos los hombres del emperador. Éste permanecía en pie junto a la puerta de la ciudad que miraba a oriente. Irene, la hermana de Demetrio, la esposa del búlgaro Asán, se agarró a las rodillas del emperador y le rogó que su hermano no sufriera la privación de la vista. Demetrio se había adelantado a subir a la ciudadela y, cuando Irene hubo obtenido garantías bajo juramento por parte del emperador de que no le haría daño en los ojos, marchó junto a su hermano y se lo trajo al emperador. Demetrio tenía la edad de un adolescente, se comportaba plenamente como tal, aún no le había crecido la barba y era hermoso en su aspecto y su figura. El emperador, a su vez, rindió honores a la hermana como para dejar constancia de su humildad. Cuando ella bajaba del caballo, en ese momento, el emperador de bajó de su carruaje y se colocó en pie junto a ella. En suma, la ciudad de Tesalónica cayó de este modo bajo el poder del emperador Juan y, más aún,

bajo del poder de los romanos, porque los que la gobernaban actuaban como enemigos de los romanos.

XLVI

El emperador permaneció muy pocos días en Tesalónica (le metía prisa la estación invernal, ya que se daba la circunstancia de que era diciembre). Dejó en la ciudad al Gran Doméstico Andrónico Comneno Paleólogo, a quien hemos mencionado con frecuencia, ocupando la comandancia de las tropas integradas en el ejército. Era un hombre muy inteligente, muy amable, experto en los preparativos para la batalla y en la dirección de una hueste tanto en tiempos de guerra como de paz. El emperador regresó a oriente victorioso, admirado por todos, ensalzado a causa de una tan rápida y enorme victoria no sólo por sus propios súbditos, sino también por los ajenos. Parecían sobrenaturales el triunfo y la sucesión de trofeos y más un efecto de la providencia divina que de sus recursos estratégicos. Dejó de guardia en Melenico, en Serras y en la zona adyacente al hijo mayor del Gran Doméstico, Miguel Comneno⁸⁹, a quien, pasado un tiempo, el Imperio de los romanos llenó de éxitos y de gloria. A otros situó en otros lugares para asegurar los enclaves y las ciudades y, por encima de todos, al Gran Doméstico, de modo que todos debían obedecer sus palabras y sus órdenes. Así pues, el emperador pasó a oriente y allí permaneció. A Demetrio, al que había le quitado el gobierno de Tesalónica, lo mantuvo preso en la fortaleza de Lenciana. Por su parte, el Gran Doméstico sobrevivió poco tiempo, después de haber destacado en su mando. Enfermó, perdió el pelo y abandonó la vida. En su lugar, Teodoro Files fue destacado para ejercer el mando. Dado que Tesalónica y Berea habían llegado a estar bajo el poder del emperador, los territorios a partir de éstas hacia occidente, empezando por Platamón, acabaron como tributarias del déspota Miguel junto con Pelagonia, Acrida y Prílapo. Bodenos, Estaridola, Estrobo y sus alrededores fueron entregadas a Teodoro Ángel, el padre de Demetrio y tío de Miguel.

XLVII

Así pues, el emperador, tras pasar el invierno en Ninfeo, cuando hizo su aparición la primavera, partió de allí según era su costumbre. Dado que mantenía una tregua con todo el mundo, quiso atacar las ciudades próximas a Constantinopla en poder de los latinos, me refiero a Tzurulo y Bizie porque veía que el poderío de los latinos estaba muy debilitado. Atravesó el Helesponto y llegó primero a Tzurulo. En el interior de la ciudad estaba Eudocia, la cuñada del emperador, a la que había llevado al matrimonio Asel de Cae⁹⁰ por voluntad de la hermana misma de la emperatriz Irene y de su cuñado y emperador. Este Asel

⁸⁹ Futuro Miguel VIII Paleólogo, restaurador en 1259 del Imperio Romano de Oriente.

⁹⁰ Ver nota 57.

de Cae no permaneció en la ciudad, ya que, al enterarse de la llegada del emperador, había salido dejando a su esposa Eudocia en la ciudad en compañía de una guarnición suficiente. Creía que el emperador no iba a querer asediar la ciudad a causa de su cuñada. No obstante, éste, sin atender a la mayoría de tales consideraciones, se instaló junto a la ciudad y erigió helépolis y máquinas que dispararan sobre las almenas. Tras un moderado lapso de tiempo, se apoderó de la ciudad, y envió a su cuñada a Constantinopla y la despachó entregándole un caballo para que lo montara y a los infantes que habían estado de guarnición en la ciudad. Luego, envió un ejército a la ciudad de Bizie y se apoderó de ella inmediatamente y la unió a sus territorios.

XLVIII

Por aquel tiempo, fue tomada por los genoveses la capital de la isla de Rodas mediante una treta nocturna. Su gobernante, Juan Gabalás, hermano del César León Gabalás, quien había tomado el gobierno de la isla tras la muerte de su hermano, estaba ausente por haberse marchado junto al emperador para ir contra los latinos de Constantinopla mientras éste estaba en Nicomedia. Al punto, fue despachado con una orden imperial Juan Cantacuzeno, el copero (se daba la circunstancia de que por aquel entonces había sido nombrado duque de la provincia de los tracesios) y entró en la isla para combatir con una modesta cantidad de tropas. Logró apoderarse de las fortalezas de la isla llamadas Fileremo y Leito, y luchó en la medida de sus posibilidades contra los genoveses. Dado que el ejército que le había sido enviado por el monarca era aguerrido, tras plantar su campamento en las proximidades de la capital, puso cerco a los genoveses de su interior, pero no les hacía mucho daño porque disponían de suficientes suministros. Como habían hallado las haciendas de Rodas llenas de provisiones no carecían de nada de lo necesario. Convivían también con las mujeres, a no ser las hubieran expulsado por ser demasiado mayores o tener un aspecto no agraciado. Con rapidez los romanos se hubieran hecho con la capital de Rodas mediante el obstinado asedio de Cantacuzeno y su bien maquinada estrategia si no hubiera sucedido lo siguiente. Cuando el príncipe de Acaya y el Peloponeso, Bilarduín⁹¹, se dirigía por mar hacia Siria con idea de aportar su alianza a los francos que estaban en Siria, llevando en sus trirremes a sus caballeros, atracó en la isla de Rodas y firmó un tratado con los genoveses que estaban en ella. Dejó con éstos más de cien caballeros, hombres valientes y nobles. Este hecho forzó a los romanos a abandonar el asedio de la ciudad y retirarse a Fileremo. Entonces, los caballeros cedidos por el príncipe, abandonaron a los infantes genoveses que estaban en la ciudad y salieron para saquear todo el territorio. Como se hicieron con todo lo necesario para ellos,

⁹¹ Godofredo I de Villehardouin (1169-1229), caballero francés originario del condado de Champaña que se había sumado a la IV Cruzada. Fue el segundo Príncipe de Acaya y vasallo del Imperio Latino de Constantinopla.

sucedió por esta acción que se produjo escasez de provisiones entre los romanos por cuanto también se dio la circunstancia de que los genoveses disponían de naves de carga y demás barcos piratas. En consecuencia, el emperador Juan, tras llegar a Ninfeo, dispuso trirremes que transportasen hasta trescientos caballos y situó al mando como general a Teodoro Contostéfano, que ostentaba el cargo de protosebasto. Lo envió para que aprestase y organizase lo relativo a la guerra donde y cuando decidiese, y le entregó instrucciones por escrito deseándole lo mejor para él y su gente. El protosebasto Teodoro navegó con sus trirremes y llegó a Rodas. Dispuso todo según las órdenes del emperador y derrotó a los latinos. A los latinos que halló mientras devastaban el campo, los hombres del emperador los hicieron a todos por entero víctimas de la espada. El copero Juan Cantacuzeno lo instigó para que no perdonase a ninguno de ellos. En suma, los francos así perecieron gracias al buen consejo del emperador, mientras que los infantes genoveses, abandonados en la capital de Rodas, la ocupaban luchando contra los de fuera. Como carecían de fuerzas para una larga resistencia, llegaron a un acuerdo y entregaron la ciudad a los romanos. Acudieron luego a presencia del emperador y gozaron de la benevolencia imperial conforme a lo establecido en el acuerdo. De este modo, la isla de Rodas volvió bajo el poder de los romanos y así sucedieron esas cosas.

XLIX

Seguidamente, el emperador Juan firmó acuerdos con el déspota Miguel y llegaron a una unión mediante matrimonio. Casó al hijo de Miguel, Nicéforo, con María, la hija de su hijo, el emperador Teodoro. La esposa de Miguel, Teodora, tomó a Nicéforo consigo y cruzó a oriente, donde se encontró con el emperador, que estaba en Pegas, y se llevó a cabo el matrimonio de los jóvenes. Teodora volvió a tomar a su hijo y regresó a casa junto a su esposo Miguel tras haber sido conveniente y afectuosamente tratados por el emperador. Sin embargo, parece que se cumplió lo que muestra el dicho, la madera torcida nunca se endereza y el etíope no puede volverse blanco. Se vio empujado a rebelarse contra el emperador usando como consejero para sus planes a su tío Teodoro Ángel. Así pues, el emperador Juan, tras conocer estos hechos y sabiendo su conjura y en la opinión de que, tras la toma de Constantinopla, no tenía más enemigos que éstos, convino una tregua con los musulmanes. También el frente búlgaro estaba tranquilo. Por tanto, se preparó de forma digna de un emperador, por así decir, y de forma adecuada para la guerra, reunió todas sus fuerzas como debía hacerse y cruzó el Helesponto. Tenía también otros muchos generales, Nicéforo Tarcaniotes, prefecto de su mesa y ejerciendo las funciones de Gran Doméstico. El emperador seguía su costumbre y lo creyó leal, y muy hábil en el campo militar, como la experiencia demostró. En consecuencia, llegó a Tesalónica, partió de allí con su ejército y acampó en

Bodena. Teodoro Ángel consiguió escapar de ese lugar y llegar junto a su sobrino, el déspota Miguel. El emperador Juan puso sitio a Bodena⁹² y en no largo plazo se hizo con la ciudad. Levantó el campo de allí y plantó las tiendas en un lugar cercano al lago de Ostrobo. Envió generales contra el territorio del déspota Miguel: Alejo Estrategópulo, Miguel Paleólogo, el hijo del Gran Doméstico, Juan Macreno, Gudeles Tirano y otros, para que saquearan la zona y para que, si se toparan con los ejércitos de aquél, entablasen batalla y, si hubiera oportunidad, sometieran a pillaje la ciudad. Y así lo hicieron y lo presentaban ante la tienda del emperador, pero éste esperaba en Ostrobo y se sentía apesadumbrado porque no se conseguía llevar a cabo nada eficaz y estaba enojado contra el ejército. La estación del año era invierno y escaseaban las provisiones también. Con todo, el emperador había tenido en cuenta esa circunstancia. Desde Berea había hecho transportar en mulas y camellos las provisiones para el ejército. Dispuestas así las cosas por el emperador, de forma inesperada se presentó Glabas ante el emperador en calidad de fugitivo desde Castoria y, seguidamente, Teodoro Petralifa, el marido de la hija de Demetrio Tornices Comneno, quien puso al corriente de las cosas al emperador Juan y fue objeto de amistad y atenciones por su parte. Lo llamaba hermano en sus cartas y falleció prematuramente. Administrador del tesoro no lo hubo reconocido como tal en el cargo, sino que el emperador empleaba para ese servicio al que le parecía y a secretarios sin renombre, como José Mesopotamita y a su servidor, Nicéforo Aliates, y con los documentos más importantes y merecedores de atención, empleaba a Juan Macroto y a mí. En cuanto al ya citado Petralifas, que era cuñado de Miguel, cuando se hubo pasado al emperador, llenó de aliento al mismo emperador y al ejército, porque inmediatamente Castoria, todo su territorio se puso al lado del emperador, y las Deábolis, la pequeña y la grande, se volvieron del emperador. Gulamo, procedente de Albano, cuando residía en Castoria junto con el ejército de Albano, que tenía por esposa a la hija de la prima hermana de la emperatriz Irene, había sido seducido con melifluas palabras y promesas escritas por el emperador y se había pasado a su lado. A toda esa gente el emperador trató de forma afable y los acogió generosamente. Al conocer estos hechos el déspota Miguel, viendo que sus intereses se encontraban en situación comprometida y que las cosas marchaban a favor del emperador, le envió una embajada integrada por el metroplita de Naupacto, Jero, por su yerno, Maliaseno, y por Lampeto, quienes, tras algunas conversaciones, ultimaron un acuerdo con el emperador. Liberó Miguel para el emperador la ciudad de Prílapo, Beleso y el castillo de Croa en Albano. Se promulgaron por el emperador juramentos escritos y le fueron enviados como embajadores a Miguel Focas de Filadelfia, Isaac Ducas, primicerio de la corte⁹³, al que también llamaban Murtzuflo, Miguel

⁹² Actualmente Édessa, en Macedonia. Su nombre eslavo era Vodin, de donde viene la denominación que emplea Jorge Acropolita.

⁹³ En esta época era una especie de maestro de ceremonias de la corte.

Hialeas y yo mismo. Partimos, pues, al encuentro de Miguel, lo encontramos en Larisa y cumplimentamos los tratados. Tomamos a su hijo Nicéforo, a quien el emperador también había honrado con el título de déspota a través de su nieta, y, asimismo, en calidad de prisionero, al tío de Miguel, Teodoro Ángel. Retornamos junto al emperador que se hallaba acampado en Bodena. Así sucedieron esas cosas y a ese final llegaron. En suma, tras pasar el invierno en Bodena, el emperador, en la primavera, cuando se celebraba el domingo de Resurrección, abandonó el ejército por aquellos lugares, nombrando como comandantes al protovestiario Alejo, a Raúl, que era pariente del emperador por parte de un sobrino, y a Miguel Paleólogo Comneno, y con un modesto ejército llegó a la vista de los territorios recientemente anexionados por él. Partió luego hacia Acrida, pasó un tiempo en Deápolis y de allí marchó a Castoria. Una vez organizado el ejército durante el otoño, emprendió el camino que llevaba a oriente.

L

Dejó a un lado Tesalónica y atravesó Bisaltia hasta Filipos, donde plantó su campamento por una razón que le parecía a él no insignificante. Nicolás Manglabites desde Melenico acusó ante el emperador a Miguel Paleólogo, el mencionado hijo del Gran Doméstico, cuando estaba en Bodena. Dado que no era momento de investigar tales asuntos, sino de una campaña militar y de la guerra, tomó la decisión el emperador de aplazar el caso hasta un momento adecuado. Llegado ese instante, el emperador se dispuso a indagar sobre tal denuncia. Fijó un tribunal, sentó a jueces y propuso un juicio esclarecedor. El caso era el siguiente. Tras la muerte de Demetrio Tornices todavía permanecía en Tesalónica el Gran Doméstico y su hijo Miguel, en Melenico y Serras, quien, al enterarse de la muerte de Tornices se entristeció y se mostró apenado por lo que había sucedido porque Tornices era esposo de la prima hermana del Gran Doméstico. Como suele suceder en tales circunstancias, uno de los de Melenico le preguntó a otro la causa de la tristeza de Miguel Comneno. Aquél, dado que sabía el motivo, le dijo: «Ha muerto Demetrio Tornices. Era pariente suyo y administrador público. Por una y otra razón está triste.» El interlocutor le respondió: «No creo que por causa de Tornices esté tan afectado y apenado. Parece que esto le ha sucedido para bien y, si esto es así, ¡ay de nosotros! Nuestras existencias se verán envueltas en turbulencias y perturbaciones, cuando ahora están bien ordenadas y sin mudanza.» Dijo el otro: «Pero, amigo mío, aunque eso pasara, nuestros intereses no se verían perjudicados porque el Gran Doméstico está en Tesalónica y la gobierna, y Miguel Comneno, su hijo, está al cuidado de nuestra tierra. Por tanto, siendo súbditos de tan grandes hombres no veríamos nunca turbulencia universal alguna. Por otra parte, Tamar, la hermana del rey búlgaro Calimano, que todavía está sin casar, ha llegado a un compromiso matrimonial con Miguel Comneno y se llegará a acuerdos entre

nosotros y los búlgaros.» Esta era la conversación mantenida por ellos sin que Miguel Comneno supiera nada. Así pues, uno de aquellos dos tras su marcha, comunicó al mencionado Manglabites esas palabras y éste las llevó al emperador. Una vez apresados ambos, fueron interrogados sobre lo dicho por ellos. El uno acusó y el otro se defendió diciendo: «Ése ha dicho la verdad porque yo lo he oído, pero no lo he dicho por conocerlo de Comneno, sino que proferí esas palabras por mí mismo.» Obligado a esta situación, negaba radicalmente que Miguel Comneno supiera nada sobre todo el asunto. El acusador afirmaba que Miguel Comneno estaba al corriente del tema. Por ello, se les preparó una prueba con armas, ya que no había testigos: un combate singular. Ambos fueron armados, llevados al estadio y se lanzaron uno contra otro. El acusado fue vencido ya que fue derribado de su caballo y el acusador obtuvo la victoria. Como aquél estaba vivo (no había recibido ninguna herida mortal), se le volvió a interrogar para que confesase la verdad; pero se mantuvo en su primera declaración y atestiguó que nada de nada sabía Miguel Comneno. Dado que el emperador había decidido averiguar la verdad mediante un tormento más intenso, tal como era él procurándose las más exhaustivas investigaciones, sometió al hombre a una prueba con riesgo de muerte. Se le ataron detrás las manos para caer víctima de la espada y sus ojos se cubrieron con una banda de lino, ya que así era costumbre de preparar a los condenados para recibir el golpe mortal. Cuando estos preparativos estuvieron listos y el verdugo hubo ordenado que inclinara el cuello para recibir el corte de su cabeza, de nuevo fue interrogado sobre lo investigado y el hombre aseguró en medio de terribles juramentos que Miguel Comneno nada sabía de aquel asunto. Fue entonces liberado de su camino hacia la muerte y marchó a la cárcel donde recibió grilletes y confinamiento. Toda la investigación se dirigió entonces hacia Miguel Comneno. Y le decían aquellos a los que les tocó ser sus jueces: «Como se han dicho sobre ti ciertas palabras no permitidas, es preciso que desmontes las acusaciones mediante una ordalía.» Era ésta la prueba del metal al rojo vivo. Miguel Comneno (que tenía como auxilio la verdad) dijo: «Si hay alguien que me acuse, lucharía contra él y demostraría que miente. ¿Sobre qué soy juzgado sin que esté presente el denunciante? Pero si queréis que me someta a una ordalía, yo no soy de éstos que hacen prodigios. Un hierro puesto al rojo, si cayera en una mano de un hombre vivo, no sé cómo no se quemaría, a no ser que fuera una hecha de piedra por Fidias o Praxíteles o de bronce.» Así habló, y por Temis, que en justicia. Estaba presente en estos hechos el metropolitano de Filadelfia, Focas, amado por el emperador y muy bien tratado, que gozaba de este favor no por sus virtudes, sino por su insolencia. En una ocasión, tras ser preguntado por el emperador sobre ciertos asuntos públicos, le respondió desembarazadamente: «Señor, ¿por qué nos acabas de hacer esa pregunta cuando siempre haces lo que te parece bien a ti mismo?» Así habló y, entonces, el emperador lleno de indignación, dijo a los que estaban presentes: «¿Por qué consentís vosotros que el metropolitano hable tan osadamente?» Sin

embargo, en breve lo acogió con afecto, lo hizo objeto de honores y lo tuvo como consejero en asuntos profanos. También en aquella ocasión, el emperador lo empleó como asistente. Tomando el metropolitano aparte a Miguel Comneno, mientras yo mismo oía sus palabras, le dijo: «Eres un hombre noble y de noble estirpe; por tanto, tienes que pensar y actuar en provecho de tu reputación, de la confianza en ti y de todo tu linaje. Dado que no hay prueba de testigos en tu caso, debes demostrar la verdad con el hierro al rojo.» Miguel repuso muy valiente y noblemente, como si un pintor pintase a alguien impasible en medio de una batalla: «No sé cómo semejante prueba se llama sagrada, señor. No obstante, yo soy un pecador y no puedo realizar semejantes prodigios. Pero si tú me aconsejas, siendo metropolitano y hombre de Dios, que lo hiciera, revístete tú mismo de las sagradas vestiduras al completo, tal como sueles entrar en el sacro altar y encontrarte con Dios. Luego, pon al fuego para mí el hierro con tus manos, con las que tomas el santo sacrificio, el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, que se sacrificó por todo el mundo y es ofrecido en sacrificio por vosotros, los sacerdotes y jerarcas, y con esas manos tuyas pon en la mía el hierro. Confío en nuestro Señor Jesucristo y en que él olvidará todos mis pecados y obrará el prodigio de mostrar la verdad.» Así habló Miguel Comneno, y el metropolitano le dijo: «Mi buen muchacho, eso no es propio de nuestras instituciones romanas, ni de la tradición eclesiástica ni se ha transmitido desde antiguo en las leyes, ni en los sagrados y divinos cánones. Es un procedimiento bárbaro y desconocido entre nosotros y que sólo se ejecuta bajo orden imperial.» Repuso el otro: «¡Gran jerarca de Dios!, si hubiera nacido entre bárbaros y me hubiera criado entre costumbres bárbaras y me hubiera educado entre esas leyes, también me sometería al juicio de forma bárbara. Pero como romano y de linaje romano, el proceso será ultimado para mí según las leyes romanas y las tradiciones escritas.» El metropolitano, pues, como estupefacto ante las palabras del joven (había cumplido los veintisiete años Miguel Comneno), acudió a presencia del emperador con idea de no caer en desgracia ante la noble condición del pensamiento de aquél ni pasar por alto lo ajustado de sus reflexiones, y, aunque no sé lo que le dijo, le contaría cuanto y como lo oyó. En suma, el emperador, después de haber sometido a muchas pruebas a Miguel Comneno, no encontró nada que lo acusase, por haber inculcado al inocente por la fuerza de las palabras o de los latigazos. Todos los latinos y los romanos, pero fundamentalmente los latinos, puesto que éstos hacen uso de una lengua bastante libre respecto a sus señores, manifestaron públicamente que Miguel Comneno era inocente de todos los cargos. También yo percibí, estando presente en el proceso, y conmigo, Juan Macroto, puesto que en aquel momento integrábamos el número de los jueces asignados por el emperador, que ninguno de ellos hubiera sido distinto de los demás, ya que quería que todos juntos votasen contra él. Pero para nosotros no había motivo porque Miguel Comneno era juzgado sin motivo. Era querido (la verdad es querida) no sólo por nosotros, sino también por todos los mandatarios, por los generales,

por los soldados y por toda la masa. Era amable con la juventud, afectuoso en el trato, encantador en su expresión y muy eficiente en sus funciones. Con las personas ancianas parecía un anciano en sus palabras y en su comprensión y era considerado una persona cariñosa por ellos. Esa actitud, a mi juicio, demostró su superior cualidad. Ya que Dios iba a ascenderlo a la dignidad imperial, lo puso a prueba con el tormento del fuego y la prueba del horno de fundición para que, al ascender al solio imperial, no le fuera fácil creer en calumnias y delaciones, ni tomase con rapidez decisiones al tener el poder de hacer lo que quisiera. Efectivamente, no lo intentó en otras circunstancias, como el relato mostrará más adelante. Al final de este caso, el emperador dijo, y yo oí sus palabras: «¡Ay, mísero! ¡De qué gloria te has visto privado!» Esto era porque era voluntad del emperador que su nieta, Irene, la hija primera de su hijo el emperador Teodoro, le fuera entregada como esposa a Miguel Comneno. Y esa hija era prima de su primo hermano, pero este hecho ocurría en el caso del emperador Juan y en otros muchos y era frecuente que semejantes enlaces tuvieran lugar de ese modo. Porque, si bien la iglesia lo prohibía, sin embargo, se les permitía a los emperadores en pos del bienestar y el interés generales.

LI

El emperador, cuando hubo resuelto así el asunto del juicio, salió en dirección a oriente y Miguel Comneno, como he dejado dicho. No obstante, era objeto de sospechas. Como lo ilustre de su linaje y su parentesco, y, más aún, su legitimidad ante las grandes personalidades no le permitían al emperador marginar lo relacionado con él, ¿qué hizo? Lo mandó junto al patriarca. Manuel era quien llevaba el timón del patriarcado, varón de vida circunspecta y venerable conducta. Aunque estuviera unido a una esposa y, además, no fuera persona cultivada en las letras y tampoco entendía aquello que leía. A éste escribió el emperador para que sometiese a Miguel Comneno a sanciones y le hiciese confirmar mediante juramentos que nunca sería su deseo mostrar deslealtad hacia el emperador y conservar una disposición impecable hacia el gobernante. Así fue y el emperador acabó por aceptar a Miguel Comneno y unirlo en matrimonio a una mujer, Teodora, nieta de su hermano, el sebastocrátor Isaac Ducas, la única que había dejado su padre, Juan, el hijo del sebastocrátor, que había muerto en la juventud y que había dejado viuda a Eudocia, la hija del Juan Ángel y huérfana a su hija Teodora, la cual en buena hora se había casado entonces con Miguel Comneno. La madre, Eudocia, aunque fuera todavía joven, prefirió mantener su viudedad. Amaba la virtud y mantenerse al lado de Dios. En pago a esa actitud Dios le recompensó con aquel matrimonio. Así sucedieron esos acontecimientos.

LII

El emperador llegó a oriente y, una vez transcurrido aquel año, volvió a su capital, Nicea, en Bitinia. Era la estación el final del invierno y se daba la circunstancia de que fenecía el mes de febrero. Mientras el emperador se hallaba una noche acostado en su lecho (había pasado ya parte de ésta), repentinamente perdió la voz. Cayó cabeza abajo sobre el lecho sin poder emitir palabra alguna. Manos de médico lo auxiliaron en ese momento y le hicieron rasguños en los pies donde depositaron efolbio. Otros remedios emplearon, todos los que les había enseñado su arte. Sin embargo, el emperador permaneció inmóvil toda aquella noche, el día siguiente y la noche a continuación. Su enfermedad era una apoplejía, y tan severa que le mantenía en tan grandes inmovilidad y afonía. Con esfuerzo, entonces, fue recuperando sus fuerzas y volvió en sí mismo. Su color había cambiado. Se apresuró en partir hacia Ninfeo y llegó allí antes del Domingo de Ramos, cuando acostumbraba participar en la procesión. Apretando el paso, pues, llegó a Ninfeo y allí celebró la procesión de las palmas y festejó el día de Resurrección. A partir de esa fecha, se quedó en aquel lugar mientras era consumido y angustiado a lo largo de los días por la enfermedad que tenía. Unas veces, mientras estaba en el palacio caía rápidamente en cama privado de su voz; otras veces, le sobrevinía la enfermedad mientras montaba a caballo o iba caminando. Los presentes lo sostenían y lo custodiaban en esos momentos para que no fuera conocida su enfermedad por la gente. Cuando recuperaba la consciencia, volvía lentamente al palacio y, en ocasiones también, era conducido por las personas cercanas al trono dentro del palacio en una litera. Cuando la enfermedad fue avanzando, el cuerpo del emperador empeoró y este estado comenzó a prolongarse. Su carne se iba deshaciendo y, lo que era peor, la atrofia lo atenazaba. Puesto que las manos de los médicos desesperaban de curar la enfermedad, quiso el emperador hallar un pequeño alivio y deseó partir a Esmirna para prosternarse ante el Cristo que allí había, hacerle rogativas y volverlo propicio. Una vez hubo llegado, le suplicó públicamente, pero no encontró tregua a su sufrimiento, sino que, acampado en Periclistra⁹⁴ (lugar cercano a Esmirna así llamado por estar rodeado de aguas abundantes) sintió más su enfermedad, o mejor, se sintió peor. Por tanto, se marchó de allí con muchísimos dolores en su cuerpo y llegó a Ninfeo. No alcanzó las habitaciones del palacio, sino que plantó la tienda imperial en los jardines de un lugar cercano, donde rindió su alma en la tercera calenda de noviembre, habiendo vivido sesenta y dos años, como afirmaron quienes conocían con mayor exactitud sus circunstancias. De ellos, había reinado honesta y noblemente durante treinta y tres, ya que fue una persona muy bondadosa y siempre inclinado a la humanidad. Usó de dádivas en mínima medida con su gente, pero a los extranjeros, especialmente con los que llegaban en calidad de embajadores, les tendía una mano muy generosa para ganárselos. Se rindió ante los amores femeninos desde que su esposa, la emperatriz Irene, muriera. Sobre todo, cayó rendido ante la pasión por una tal

⁹⁴ El verbo περικλύζω, de donde deriva el topónimo, significa «estar rodeado por el agua».

Marcesina, que había venido desde Italia como doncella de la emperatriz Ana, de origen alemán, y rival suya. Hasta tal punto dependió de su amor que le concedió calzar los borceguíes púrpura y las gualdrapas y riendas del mismo color, y que tuviera un séquito más numeroso que el de la soberana principal. Otros muchos favores le hizo por servir a sus caprichos. Este emperador fue infatigable en las batallas. No le complacía la guerra abierta ya que temía lo voluble del dios Ares y tomaba en cuenta lo incierto de sus circunstancias. Empleaba la resistencia y, pasando la primavera en tierra enemiga, atravesando la estación estival e, incluso, dejando terminar el otoño o invernando, conseguía la victoria, agotados los enemigos por la insistencia y paciencia del emperador. Murió el emperador Juan y dejó el imperio a su hijo Teodoro, que había cumplido los treinta y tres años, plazo de tiempo que resultó ser el mismo del reinado de su padre, ya que casi coincidieron la proclamación del padre y su nacimiento.

LIII

El emperador Teodoro⁹⁵, pues, tomó posesión del trono imperial. Tras ofrecerle al emperador y padre los funerales estipulados y subido sobre un escudo, como era costumbre, fue aclamado por todos como soberano. Partió, entonces de Ninfes y llegó a Filadelfia. Ésta es una ciudad muy grande, populosa y con capacidad para armar a sus habitantes, que son especialmente diestros con los arcos. Limítrofe con la frontera persa, siempre está en guerra con esos enemigos y está acostumbrada a participar en batallas. Allí permaneció un poco de tiempo, cuanto necesitó para enviar una embajada al sultán. Se retiró, luego, a Bitinia y a la capital de aquel territorio, Nicea. Dado que la iglesia estaba viuda de un patriarca (el patriarca Manuel había muerto un poco antes del emperador Juan) se debía primeramente proclamar a un patriarca para que se celebrase en el sagrado templo el ritual de la coronación. Se buscó a quien fuera digno de semejante trono. La opinión de la mayoría recaía en Nicéforo Blemides, mi maestro de filosofía profana y sagrada, varón que había abrazado desde joven una vida solitaria y que era famoso por su sabiduría y virtud, aunque la envidia de algunos, especialmente de la élite, no sólo oscurecía sus virtudes, sino que le adjudicaba ciertos comportamientos viles. Con todo, éste apreciaba al emperador Teodoro, quien lo hacía partícipe de muestras de amistad. También lo contaba como su maestro de retórica, con la que disfrutaba grandemente, ya que el emperador era una persona sabia hasta el extremo en lo referente a la verdad. Pero Nicéforo Blemides se mostraba bastante dubitativo sobre el asunto; sin embargo, el emperador hizo intentos con él de forma bastante suave porque no quería que recibiera el cargo de manos suyas. Los gobernantes quieren que los ocupantes del patriarcado sean personas humildes y comedidas en sus pensamientos, y que abrazacen su voluntad como si fueran órdenes. Esto

⁹⁵ Teodoro II Láscaris. Reinó de 1254 a 1258.

les pasa sobre todo a los más incultos, porque no pueden confiar en su formación, y los que son versados parecen inflexibles y se oponen a los decretos imperiales. Así pues, el emperador Teodoro, tras hacer un ligero intento con el hombre por esas razones, volvió su mirada a otras personas. Como no encontraba a nadie de su gusto entre la mayoría, al enterarse de que había un monje en el lago de Apoloniade que tenía poca experiencia en las letras (sólo había tenido contacto con la formación primaria), era de actitud poco santa y llamado Arsenio, a toda velocidad envió a quienes debían tráerselo. Y así llegó. Cuando se apresuraba a partir de Nicea, el emperador ordenó a los obispos rápidamente que lo eligieran patriarca y ellos así lo hicieron. En una semana fue nombrado diácono, sacerdote y patriarca.

LIV

La razón de que se apresurase a salir de Nicea era la siguiente. En aquellos momentos era el caudillo de los búlgaros, Miguel, cuñado del emperador Teodoro. Era hijo de su suegro, Juan Asán, y de la hija de Teodoro Ángel⁹⁶. Enterado de la muerte del emperador Juan, pudo constatar que la región occidental carecía de tropas romanas. Quiso reivindicar de nuevo para el imperio búlgaro el territorio que le había sido arrebatado por emperador Juan a los búlgaros y sus ciudades (este hecho les dolía desde hacía tiempo a los búlgaros) y, al parecer, vio que era el momento oportuno. Partió desde el Hemo, atravesó el Hebro y en no mucho tiempo se hizo con muchas tierras y se apoderó de muchas ciudades sin ningún esfuerzo. Sus habitantes se daba la circunstancia de que eran búlgaros y se pasaron al bando de sus congéneres, sacudiéndose el yugo de quienes no hablaban su misma lengua. Las ciudades estaban solas y abandonadas por las guarniciones romanas, que no las consideraban merecedoras de defensa en aquella ocasión, y resultaron accesibles para los búlgaros. Entre las tropas romanas, unos hombres estaban inquietos y asustados. Entregaron las ciudades y emprendieron el camino hacia la libertad de sus hogares. Otros no supieron concebir nada útil ante la incursión inopinada de los búlgaros y huyeron dejando las ciudades vacías de guarniciones. Otros, quizás, estaban cansados por su tiempo de servicio, que se había prolongado más allá de lo razonable. La mayoría de las ciudades eran imposibles de conservar y carente de las armas necesarias. Así pues, fueron tomadas inmediatamente Estenímaco, Pristitza, Critzimos, Tzepena y todas las ciudades de Acrido, excepto Mneaco. Ésta fue la única que quedó preservada por los romanos. Ustra, Perperacio, Cribus y Efraín, así llamada, que era vecina de Adrianópolis, cayeron también en manos de los búlgaros. Llegadas a este

⁹⁶ Iván Asen II tuvo tres esposas con la que engendró a varios hijos. Con la segunda, María de Hungría, tuvo a Helena Asenina, que casó con Teodoro II Láscaris. Con la tercera, Irene Comnena Ducaina hija del déspota del Epiro Teodoro Comneno Ducas (aquí llamado Teodoro Ángel) tuvo a Miguel II Asen (zar de Bulgaria entre 1246 y 1256), al que se refiere aquí Jorge Acropolita.

punto las cosas, todo el occidente romano estaba sumido en la confusión. La noticia llegó también hasta la morada del emperador, provocando la impresión de que se esperaban mayores males que los acumulados. La corte se encontraba en una no pequeña inquietud. Sabían que la mayor parte de los territorios occidentales estaba habitada por los búlgaros y que, habiendo hecho defección de los romanos antiguamente y habiendo sido vencidos recientemente por emperador Juan sin haberse consolidado aún sus victorias, siempre albergaban internamente el odio contra los romanos.

LV

Por este motivo, el propio emperador estaba sumido en la inquietud ante las circunstancias porque desde el principio de su reinado las desgracias habían aparecido. Reunió, pues, a sus mandatarios y al conjunto de los generales, entre los cuales estaban sus tíos, Manuel y Miguel, que habían servido con su abuelo el emperador Teodoro, y deliberaron sobre lo que hacer ante los acontecimientos. La mayoría decía que el emperador debía cruzar el Helesponto y plantar cara a la incursión de los búlgaros. Sin embargo, estas propuestas no agradaban a los anteriormente mencionados tíos del soberano, a los que el emperador prestaba mucha atención a causa de muchos motivos. El abolengo de su linaje y lo avanzado de su edad influían sobre él. En no menor grado, junto a esto, lo convencía el hecho de que fueran expertos en muchos ámbitos. Habían sido éstos exiliados durante el reinado del emperador Juan, habían tratado a muchos señores, habían errado por diferentes lugares y, por ello, como dice el canto épico, «habían visto ciudades y conocido sus mentes»⁹⁷. Eran personas verdaderamente inteligentes, pero no tenían un juicio correcto en lo referente a los intereses de los romanos. La razón era, en primer lugar, que habían sido superados por su hermano el emperador sin que ninguno de ellos hubiera sido elevado a la dignidad, prominente para los hermanos, de emperador; luego, que, habiéndose convertido en exiliados por decisión de su cuñado y emperador, estaban enojados contra él. Tal vez, estos hechos expliquen la razón, pero la verdad es que el carácter de los seres humanos es incierto y hace que éstos sean inestables. Pero esos rasgos no le pasaron inadvertidos al emperador Teodoro. Hasta ese momento, los había empleado como consejeros puesto que eran miembros de la familia por la sangre y había optado por honrarlos en todo momento. Pues bien, sugerían éstos que no era preciso que el emperador pasase a occidente porque aquella zona padecía una mala situación y su enfermedad era incurable. Tampoco contaba el emperador con un ejército adecuado para un movimiento digno de tal. El invierno impedía la reunión de las fuerzas y que el emperador permaneciese sobre el terreno. Por otro lado, actuar de forma indigna de su nombre y de su prestigio no sólo procuraría la firmeza de lo arrebatado entre los enemigos, sino incluso la

⁹⁷ *Odisea*, I 3.

pérdida de lo que aún quedaba y un mucho mayor auge de los enemigos, así como una no pequeña mengua de las posesiones romanas. Esa era la postura de aquéllos. Por otro lado, Jorge Muzalon, muy apreciado por el emperador, que ocupaba el cargo de Gran Doméstico, aconsejaba el paso del emperador y urgía a ello para no olvidar todas las posesiones en occidente o que la mayor parte de ellas cayeran en manos de los enemigos. Otras de las personas ilustres, no pocas, estaban de acuerdo con el consejo del Gran Doméstico. En suma, el criterio de la mayoría prevaleció, fundamentalmente porque el emperador estaba bien dispuesto y el deseo de su corazón le había animado fuertemente a emprender los movimientos. Tomó el mando de cuantos se daba la circunstancia de que le estaban acompañando (era un ejército que contaba con un número reducido de hombres), de aquéllos con los que iba encontrando por el camino, de los que se hallaban en las cercanías de la ruta y que podían seguirlo con sus propias armas y caballos, y atravesó el Helesponto tras dejar en oriente al Gran Doméstico.

LVI

Desde allí, con la rapidez que pudo, llegó a Adrianópolis. Permaneció un solo día allí y, al siguiente, partió. Uno de los espías búlgaros, cuando vio que el emperador salía a toda prisa de Adrianópolis, marchó junto a al monarca búlgaro (éste estaba acampado junto al Hebro), le informó del hecho y comunicó la rápida incursión del emperador contra él. Con juramentos aseguró que con sus propios ojos había visto que el emperador había atravesado el puente sobre el río Hebro que se hallaba junto a la ciudad. Estos informes sumieron en la confusión al búlgaro, pero no levantaron el campamento del lugar en el que casualmente estaban, sino que permanecieron allí hasta que supieran si la noticia era exacta y certera. No le pasó inadvertida al emperador la acampada del búlgaro; antes bien, se había enterado del lugar donde estaba el campamento. A toda velocidad, pues, se puso en camino, intensificó el paso de los caballos y rogó poder encontrarse con el ejército búlgaro. Siendo ésa su ansia, por alguna casualidad falló afortunadamente en su intención. La vanguardia del ejército romano cayó sobre los que habían sido emplazados como vigías del campamento búlgaro y mataron a muchos. Otros fueron tomados prisioneros y con ellos, quien tenía el mando del ejército. Los demás se dieron a la fuga en la oscuridad de la noche y escaparon hacia el ejército búlgaro. Allí lo contaron todo y confirmaron que el emperador se hallaba ya cerca de ellos. Entonces, cada uno de los búlgaros y su comandante mismo, tal como estaban, montaron a caballo y se internaron en el territorio búlgaro. Sus rostros fueron desgarrados por las ramas de los árboles sobre las que, densas, tropezaban. Eso mismo sufrió el búlgaro. Algunos de ellos montaron a caballo desnudos de sus mantos. Con tal huida, evitaron la espada romana. Llegado al amanecer el emperador y viendo la ausencia del ejército búlgaro, se dolió

porque no había nada que hacer. Tras celebrar un consejo, avanzó hacia Beroe⁹⁸ y, una vez llegado a aquel lugar, tomó al asalto la plaza fuerte ya que toda su muralla estaba en ruinas y presentaba muchos puntos de acceso. Los búlgaros la habían derribado junto con las de las restantes ciudades romanas por si sus habitantes pensasen en reconstruirlas con postes y con la madera de los carros. El ejército y sus caballos se procuraron un buen suministro de provisiones ya que la ciudad estaba repleta de forraje. A toda velocidad hubiera avanzado el emperador y hubiera lanzado su incursión sobre el Hemo y las fortalezas que en él estaban (no poco temor había inducido a los búlgaros), de no ser porque una intensa tormenta cayó de repente y le impidió el ataque. Una densa nevada cubrió la superficie de la tierra y no les pareció bien a los consejeros que el ejército romano perdiera tiempo sobre terreno extranjero y enemigo. Por tanto, tras permanecer allí unos días, el emperador, cuando pudo hacerlo, llevándose como botín de todo lo que había en Beroe, hombres, mujeres y niños, ovejas, bueyes y todo lo que pudiera moverse, emprendió la vuelta a Adrianópolis.

LVII

Tras reclutar allí un ejército considerable, lo envió a las fortalezas que había en Acrido y que habían sido conquistadas poco antes por los búlgaros, por si se pudieran poner de nuevo bajo dominio del Imperio de los romanos. Cuando hubieron llegado a esos sitios, los comandantes romanos se apoderaron fácilmente de ellos mediante máquinas de guerra y helépolis, pues, en efecto, los búlgaros rápidamente retiran las guarniciones de las ciudades si ven que los enemigos se involucran con espíritu aguerrido en los conflictos. En no mucho tiempo conquistaron a la mayoría de las ciudades. Por su parte, el emperador, tras reunir a sus huestes, avanzó hacia el macizo de Ródope. Tomó Peristitza con las máquinas de guerra y, tras éste, Estenímaco, además de Critzimo, todas ellas plazas fortificadas que se encontraban frente al macizo de Ródope y que defendían el territorio a sus espaldas. Llegó también a Tzepena en el momento álgido del invierno, pero las dificultades del terreno y lo frío del tiempo no le permitió quedarse ni un momento en aquel lugar. Cuando estalló la primavera, despachó órdenes para Alejo Estrategópulo y Constantino Tornices, al que el emperador Juan había honrado con la dignidad de Gran Primicerio, los cuales estaban en Serras junto con el ejército. Las órdenes decían que reunieran todo el ejército y marcharan contra Tzepena. Así lo hicieron, pero se demostró en aquella empresa que eran malos generales porque, aunque ni se toparon con el ejército enemigo ni con hombres merecedores de luchar contra ellos, se dieron desordenadamente a la fuga nada más oír el estrépito, el ruido y el sonar de los cuernos, dejando a los pastores y porqueros de los búlgaros toda la impedimenta y la mayoría de los caballos. En medio de aquella huida, llegaron de nuevo a Serras privados de caballos y armas. El emperador, ante esta

⁹⁸ Hoy Stara Zagora, en Bulgaria.

conducta, se llenó de cólera y, airado, ordenó a aquellos mismos que, tal cual estaban, volvieran a acudir a la misma batalla, pero ellos no sabían cómo hacerlo.

LVIII

Tras estos acontecimientos, coincidió también un hecho más grave y que amenazaba con un gran perjuicio para los romanos. El hombre que estaba al frente del ejército en Melenico, de nombre Dragotás, que por naturaleza, como búlgaro, alimentaba un odio contra los romanos llevado más allá de lo natural por su enemistad con el emperador (había esperado obtener grandes privilegios de él por creer que los que le había concedido el emperador Juan no habían sido suficientes, aunque hubieran sido abundantes), había organizado una abierta rebelión. De este modo, reunió a todos los restantes soldados de Melenico e, incluso a otros muchos del territorio de los alrededores, se instaló junto a la ciudad de Melenico y le puso asedio animosamente. Dentro de la ciudad, estaban al frente de la defensa Teodoro Nestongo y Juan Ángel, hombres ambos de gran capacidad a la hora de defender la ciudad y de poner en fuga a los enemigos. Ninguna otra cosa angustiaba a los que se hallaban en el interior de la ciudad (pues tenían abundancia de lo necesario) salvo la carencia de agua en la estación veraniega, recurso que era el más preciso y el más gravoso cuando se carecía de él. Con todo, éstos (porque no les faltaba por completo el agua) se enfrentaron valerosamente a los enemigos, les estuvieron lanzando flechas, los hirieron con piedras y combatieron con toda clase de armas. Cuando le llegó la noticia al emperador, sobrellevó a duras penas el anuncio. Tomó la decisión más adecuada y, tras reunir su ejército al completo a toda velocidad, en doce días llegó a Serras. En poco tiempo recorrió hasta el final tan largo camino al frente de un ejército tan grande, acostumbrado a combatir en campo abierto, dotado con armas de refuerzo, conduciendo caballos de carga, y provisto y reforzado con toda clase de impedimenta. Tras llegar a Serras, pasó allí la noche. Al amanecer, reunió el ejército y ordenó a la infantería y a los arqueros que fueran en vanguardia. Recibió informes sobre el difícil paso de Ropelio⁹⁹, por el cual fluye el río Estrimón encerrado entre dos montañas de tal modo que a duras penas transita un carro puesto que el río estrecha el camino (la mayor parte de la gente llama a esos lugares «clisuras») y supo que estaba defendido por un ejército búlgaro integrado por poca caballería y mucha infantería. Los búlgaros habían construido puertas en el paso aseguradas con vigas y cerrojos de modo que el lugar era inexpugnable por dos

⁹⁹ El paso de Ropelio es hoy en día Rupel (o Roupel). Su configuración hizo que en los prolegómenos de la II Guerra Mundial se edificara allí la Fortaleza de Rupel, integrante de la Línea Metaxás, un equivalente de la Línea Maginot francesa y cuyo objetivo era defender la frontera con Bulgaria. Constaba de 22 fortificaciones, de las cuales la más importante era la de Rupel precisamente por las características que ha mencionado aquí Jorge Acropolita.

razones: lo intransitable del emplazamiento y lo fortificado que había quedado después de las otras medidas tomadas por ellos. El emperador, enterado de esa situación, llegó rápidamente a aquel lugar y encontró lo que allí había tal como se le había informado. Separó de la infantería un contingente suficiente de hombres y le ordenó que avanzara hacia la montaña, por encima de la cabeza de los búlgaros para que pudieran dispararles desde una posición elevada y desde un lugar más alto a los búlgaros, que se hallaban en un emplazamiento más apegado al suelo. Los soldados inmediatamente cumplieron las órdenes. El monte estaba cubierto de un bosque denso, pero accesible a los pies de los infantes. Por otro lado, mandó que la caballería entablase batalla directamente contra las puertas. Así pues, cuando los búlgaros vieron que eran objetivo de los dardos desde lo alto de las montañas y que de frente tenían una batalla abierta, y cuando se percibieron que su situación era crítica, se dieron a la fuga. El ejército imperial los siguió e hicieron presa del filo de sus espadas a muchos de ellos. Los demás se salvaron en su huida y llegaron hasta el lugar donde estaba el ejército de los búlgaros y les informaron de lo sucedido con el emperador y de cuánto habían padecido. Conmocionados todos masivamente por las nuevas y por lo repentino de la ruina que había caído sobre ellos, cada uno, como pudo, montó en el primer caballo que encontró y se lanzó a la fuga. Como la noche en la que huían tenía luna nueva, el lugar era de difícil paso y los caminos eran desconocidos, algunos cayeron de sus caballos y los demás los pisotearon y mataron. Otros arrojaron sus mantos por las escarpaduras y otros tuvieron un desgraciado final, de tal modo que pocos de ellos se salvaron y alcanzaron territorio búlgaro. Justo en aquel momento, el cuerpo de Dragotás, el que estaba al frente de los búlgaros y el que había inspirado la deslealtad, fue aplastado completamente por los cascos de los caballos y al tercer día expiró. Por su parte, el emperador, una vez llegado a la ciudad aquella noche, entró en conversaciones con sus defensores y éstos, de buena gana, se sometieron al monarca, lo ensalzaron con alboroto, lo alabaron con palabras jubilosas mientras lo llamaban «águila veloz».

LIX

El emperador, pues, como era lógico, organizó la situación. Deportó de la ciudad a las mujeres y los hijos de los rebeldes, y ordenó que todos sus bienes fueran confiscados. Salió luego de Melenico para llegar a Tesalónica. Desde aquí, cruzó el Bardario¹⁰⁰, dejó de lado Bodena y, a poca distancia, plantó su campamento. Pero le sobrevino una enfermedad intestinal, que se convirtió en una epidemia entre el ejército allí presente. Permaneció, pues, en ese lugar el poco tiempo que necesitó para terminar con la enfermedad y se puso en camino hacia Prílapo. Se procuró suministros suficientes y añadió máquinas de guerra, que eran transportadas mediante carros, y marchó hacia Beleso para

¹⁰⁰ Hoy, el río Vardar. Para los griegos actuales, río Axiós.

asediarla y arrebatarla de manos de los enemigos. Éstos, atónitos ante el ataque del emperador, sin esperar a que plantara las máquinas de guerra, llegaron a un acuerdo para no sufrir nada terrible. Salieron con sus propias armas y bienes, prestaron juramento al emperador y abandonaron la plaza fuerte. Cuando el emperador vio que su número era muy abundante (se elevaba hasta los quinientos), que sus cuerpos tenían elevada estatura y que su físico era espléndido, se arrepintió sobre la marcha de haberlos dejado ir, siendo tan numerosos y con ese aspecto, para que se volvieran contra los romanos. Sin embargo, obligado por su juramento, los dejó marchar en libertad. Entonces, partió de allí con todo su ejército e hizo el camino a través de Neustápolis. El lugar carecía de agua, estaba deshabitado y era de difícil acceso para el grueso del ejército. Durante muchos días, éste pasó por la carencia de comida y la mayoría de los caballos estuvieron durante dos días sin probar el agua. Pasó junto a la ciudad de Estrumitzes, anduvo por el territorio de Melenico y terminamos llegando a Serras de nuevo. Allí recibió el soberano cartas desde oriente enviadas por su querido Gran Doméstico Muzalon donde decía que los musulmanes de Tacarias se estaban agitando. Apuró, entonces, el paso y hacía trayectos diarios más largos. Cuando hubo llegado al Hebro, que el pueblo llano también llama Maritza, fue informado de que los asuntos de oriente no estaban tan agitados. Redujo, pues, la velocidad y marchó más reposadamente, haciendo las etapas acostumbradas por los emperadores. Desvió el paso hacia el este y llegó a Didimotico para ir desde allí hasta Adrianópolis. Dado que ninguna de las plazas fuertes y ciudades ocupadas por los búlgaros había sido abandonada, el emperador las sometió todas, excepto dos. Una era una plaza fuerte muy pequeña que se hallaba situada entre el monte Acrido y el llamado Patmo, que tomó con mucha facilidad Alejo Ducas Filantropeno, a quien fue confiada la custodia de Acrido por parte del emperador. La otra era una ciudad denominada Tzepena, que se daba la circunstancia de que estaba muy bien fortificada y en la unión entre dos enormes montes, el Hemo y el Ródope, por cuyo centro fluye el río Hebro. El soberano llevaba mal no haberlas sometido como había hecho con las otras y que se hallaran todavía fuera de su control por haber parecido más fuertes. Fundamentalmente, se dolía mucho por Tzepena. En consecuencia, se dio prisa para emprender una campaña contra ésta e intentar tomarla con las fuerzas que tenía. Ya estaba pasando la estación del verano y se aproximaba el otoño y también éste se iría. No obstante, sin pensar para nada en las estaciones ni preocuparse de la dureza del invierno (tenía un único objetivo, cumplir sus deseos), movió el ejército entero desde Adrianópolis. Ordenó que se recogieran todas las carretas desde todos los puntos de Macedonia para que unas de ellas transportaran las máquinas de guerra y las helépolis y para que otras llevaran la impedimenta del ejército. Mandó también que se reuniera un innumerable contingente de infantería, de arqueros y de soldados con mazas. Cuando todo estuvo preparado tal como pensaba, partió de Adrianópolis y avanzó sobre Tzepena. Cuatro jornadas dejó

atrás el ejército y en el sitio que los primeros que lo vieron llamaron Macrolibada, poniendo la denominación de forma acertada por su apariencia, les cayó una terrible tormenta. Comenzó por la tarde y prolongó a lo largo de toda la noche la violencia de su vendaval y la dureza del frío. Cubrió la superficie de la tierra con abundante nieve y al amanecer le creó dificultades al emperador porque el lugar estaba deshabitado y en las cercanías se encontraban los enemigos. La inevitable carencia de víveres en no menor grado angustiaba su alma porque también resultaba más terrible aún entre las tropas. Empujado a tal grado de desazón, convocó a los jefes del ejército, no sólo del romano, sino también a los de la nación latina y escita. Y les preguntó qué debía hacer. Casi todos le aconsejaron que se retirara hacia Adrianópolis. El emperador no rechazó su consejo, y les dijo: «Vosotros habéis aconsejado lo que creéis que es mejor y más conveniente. Si, por la voluntad de Dios, yo pensase algo diferente, ¿no lo recibiríais como algo dicho por un señor inteligente y que se preocupa por vosotros como es debido?» Todos le respondieron: «Lo que Vuestra Majestad crea oportuno, lo tendremos por aceptado y estimado.» Así pues, el emperador los despidió para que se fueran a sus tiendas y se repusieran de la tormenta con la comida. Él, por su parte, entró en su cámara y deliberó junto con sus asistentes sobre lo que se debía hacer mejor. Algunos aconsejaron poner en práctica los consejos de los de fuera; otros, que el emperador juzgaba habían propuesto el mejor plan, dijeron lo contrario. Decían, pues: «La distancia del camino que tenemos a nuestras espaldas en dirección a Adrianópolis es tanta como la que hay hacia adelante, en dirección a la ciudad de Estenímaco¹⁰¹ y, como allí podemos tener disponible lo que necesitamos, vayamos hacia Estenímaco. Obrando de este modo, no le daremos al enemigo la impresión de haber emprendido la retirada por cobardía frente a ellos, ni por la adversidad de la tormenta.» Esta opinión le plugo al emperador y, dado que la tormenta había cedido en su intensidad y se había detenido la caída de la nieve, al día siguiente ordenó dar el toque de llamada. Desde allí y al mando del conjunto de las tropas, partió en dirección a Estenímaco. Tras ordenar que todo el ejército se abasteciera de víveres en aquel lugar, marchó directamente hacia Tzepena. Encontró en el camino la ciudad llamada Batcunio, que tenía suficiente capacidad para dar alimentos a un gran ejército durante bastantes días. Desde allí envió a su tío, Manuel Láscaris, que era monje con el nombre de Máximo, y al prefecto de Alagio, Constantino Margarites, para que explorasen el lugar por si el camino aquel fuera fácilmente transitable para el ejército. Partieron ellos y después de inspeccionar los alrededores, informaron al emperador de que el acceso era fácil, especialmente Constantino Margarites, si bien muchos de los conocedores del lugar lo contradecían. El emperador, convencido por las palabras de aquél, ascendió con todo el ejército. El sitio era muy empinado para subir por él. La escarcha, abundante y resbaladiza, hacía el ascenso bastante difícil de llevar a cabo y la cima estaba cubierta de un denso y tupido bosque. El

¹⁰¹ Hoy, Asenovgrad.

ejército se calentó durante toda aquella noche encendiendo hogueras, ya que los sirvientes de la mayoría de los soldados no pudieron encontrar a sus señores. E irrumpieron en un llanto casi incesante, aunque no provocado por la pena, porque el humo de las hogueras, contenido por la densidad del bosque, no podía encontrar salida hacia el cielo abierto y se volvía hacia abajo. Se agarraba fuertemente a los ojos y los forzaba a lagrimear. Lo mismo le sucedió al emperador. Cuando hubo pasado la noche y alumbraba el día, éste se percató de que la ciudad era inexpugnable ante un asedio y ordenó que el ejército descendiera a la llanura, y se puso en marcha. El encargado de la retaguardia se quedó con unos pocos soldados jóvenes a su alrededor. El propio emperador descendió luego a pie, como los demás, dado que era imposible marchar a caballo por la pendiente de la montaña.

LX

Así pues, consumió allí dos días. Se hizo con la aldea de Batcunio como botín y regresó a Adrianópolis de nuevo. Desde allí marchó a Didimotico. En aquel lugar nombró generales a Manuel Láscaris, que había sido designado protosebaste, persona simple y mala conocedora de la estrategia, y a Constantino Margarites, de quien ha hablado el relato, varón de carácter y origen campesino, criado con pan de cebada y salvado, que sólo sabía gritar. Éste era natural de Neocastro y había pasado años primeramente en el ejército de aquel tema y, posteriormente, acabó siendo un tzausio¹⁰². Adquirió fama ante el emperador Juan de ser un diligente y capaz servidor en el palacio, por lo que, lo sacó del servicio y lo convirtió en tzausio de su guardia. Luego, lo promovió a Gran Tzausio. El emperador Teodoro le añadió el cargo de jefe de toda su guardia, algo que nunca antes había recaído previamente en una sola persona, y añadió en sus escritos el adjetivo «grande» a su nombre. A ambos los envió para que guardaran la región y a otros no pocos comandantes. Dejó, asimismo, con ellos un ejército considerable. Les ordenó que de ninguna manera entablaran combate con los enemigos si éstos concertaban una alianza con los escitas y les atacaban, ya que esto preveían los rumores. Si se movían de su territorio para hacer pillajes, les ordenó que se estuvieran quietos teniendo como refugio Didimotico (la ciudad estaba fortificada) y el río Hebro (les había ordenado que acamparan en medio de ambos), a no ser que invadiera el territorio un ejército pequeño. En este caso, debían hacer hacia allí una incursión decisiva. Una vez así dispuestas las cosas por el emperador, atravesó el Helesponto y plantó su campamento en Lámpsaco. Allí organizó el nombramiento de oficios y dignidades a su gente. A Jorge Muzalon, a quien estimaba por encima de los demás, siendo ya Gran Doméstico, lo honró con los títulos de protosebaste,

¹⁰² Los «tzausios» eran una sección de la guardia de corps del emperador. Existieron durante los últimos siglos del Imperio. Su nombre es de origen turco: «çavus», que significa «suboficial». Su jefe era el Gran Tzausio.

protovestiarario y Gran Estratopedarca. A su hermano Andrónico, que ya era protovestiarario, lo nombró Gran Doméstico. A Juan Ángel, que era Gran Primicerio, lo honró con el cargo de protostrátor, y a Carianites, con el de protovestiarario. Así sucedieron esas cosas. El relato histórico ha detallado estos extremos para poder contar con mayor claridad lo que vendrá a continuación. Permaneció, pues, el emperador en Lámpsaco un poco de tiempo por esos motivos. Tras cumplir con las fiestas del nacimiento de Cristo y la Epifanía, en unos pocos días llegó a Ninfeo.

LXI

Pasó allí el invierno y, cuando la primavera alumbró, reunió un gran ejército. No sólo ordenó que lo acompañaran los alistados, sino también los que para nada nunca habían estado en las filas del ejército. Adjuntó a los batallones del ejército en su totalidad a aquellos que servían a los emperadores en las cacerías de ciervos y jabalíes y a los que cazaban mediante halcones. La muchedumbre reunida era enorme. La orden del soberano obligaba a que la mayoría llevase más impedimenta de la acostumbrada. Así pues, de este modo congregó el ejército. Como supo también, con la respuesta de una embajada, que el sultán de los persas¹⁰³ no tenía problemas con los tacarios¹⁰⁴, marchó sin dilación desde oriente hacia occidente. Creía que el sultán estaba en buena posición respecto a sus problemas, que estaba seguro y que en absoluto albergaba temores sobre su imperio en oriente. Por tanto, una vez reunido todo el ejército, que era mayor que ninguno nunca congregado por su padre, el emperador, llegó a Lámpsaco con idea de cruzar el Helesponto. Esperaba hallar a salvo a los que había dejado allí conforme a sus órdenes y procurárselos para engrosar en no poca medida su ejército; pero una mala decisión y la desobediencia al mandato del emperador les hicieron fallarle. Cuando el rey búlgaro supo que el emperador se demoraba más, atrajo un ejército escita a una alianza con él, y lo despachó contra el territorio macedonio para sacar algún provecho y provocar algún temor entre los romanos. Su número alcanzaba unos cuatro mil hombres, según afirmaban los escitas que estaban al corriente. Los escitas, pues, dejando de lado Adrianópolis, consiguieron hacerse con un botín en la zona alrededor del río que llaman Regina y asolaron el territorio en torno a Didimotico. Los comandantes elegidos para el ejército que había quedado en Didimotico no hicieron caso de las órdenes del emperador, alzaron sus armas contra los escitas y se lanzaron contra ellos. Los romanos, como es su costumbre, portaban armamento pesado de difícil manejo y los escitas empleaban infantería ligera y arqueros. Así pues, éstos, disparando a distancia flechas a los romanos, hirieron

¹⁰³ El sultán Kaikubad I (1220-1237), soberano del sultanato de Rum.

¹⁰⁴ Podría tratarse de los artúquidas u ortóquidas, dinastía de origen turcomano que gobernó en Anatolia oriental, norte de Siria y norte de Irak en los siglos XI y XII. Sus diversas ramas fueron destruidas a lo largo de los siglos XIII al XV.

a los caballos y convirtieron fácilmente a los jinetes en infantes. Finalmente, los pusieron en fuga. Manuel Láscaris, que tenía un caballo muy veloz, al que llamaba Crisopodes¹⁰⁵, cabalgó en su huida hasta Adrianópolis. Constantino Margarites fue capturado junto con otros muchos de los jefes del ejército, a los que vendieron los escitas a los búlgaros. Cuando el emperador se enteró de esto, montó en cólera y se apresuró a llegar a Bulgarófigo. Hizo el camino rápidamente, ampliando las jornadas. Cuando los informantes le comunicaron que el ejército escita se encontraba cerca, movió también todo su ejército hacia el lugar donde afirmaban que estaba haciendo incursiones. En un solo día recorrió más de cuatrocientas etapas¹⁰⁶, pero no dio con ellos. Los escitas se habían enterado de la veloz incursión del emperador y se dieron a la fuga con toda la rapidez que les permitían sus pies. No obstante, la mayoría de ellos y los más notables de su nación cayeron víctimas del acero en las proximidades de Bicíe. Dado que el emperador había fracasado en su empresa, decidió acampar en la ribera del río llamado Regina y congregar allí a todo su ejército, que constaba de una enorme multitud de hombres.

LXII

El soberano de los búlgaros volvió su mirada hacia los pactos ya que no podía hacer nada contra los romanos puesto que el emperador permanecía en occidente con un ejército tan grande y estaba cerca de él. Decidió entonces que el ruso Uro, su suegro y yerno del rey de Hungría por haberse casado con su hija¹⁰⁷, actuase como mediador para lograr la paz. Primero, envió embajadores al emperador para preparar la llegada de Uro ante él con el fin de que estuviera libre de temores y fuera recibido por el emperador con toda dignidad. Así fue y Uro llegó a presencia del emperador. El soberano lo recibió con afecto y con la dignidad que merecía él y su séquito. Firmaron la paz jurando que, de acuerdo con lo que era justo para el emperador y para su yerno, el monarca búlgaro, se liberaría para el emperador la ciudad de Tzepena (esta era la única que los

¹⁰⁵ «Pezuñas de oro».

¹⁰⁶ El sustantivo que emplea aquí Jorge Acropolita es σταθμός (stathmós). Según el uso que de la palabra hace Jenofonte, su traducción es «jornada de camino» y se le aplica al mundo persa. Es la distancia que separaba los puestos de relevo que había en la red viaria del Imperio Persa y que era de unos 25 kilómetros. Parece absurdo pretender que Teodoro Láscaris hiciera andar 400 jornadas de camino a su ejército en un solo día. Supongo que el autor ha puesto stathmós en lugar de στάδιον (stadion), que es la medida de longitud empleada normalmente por la historiografía griega. Teniendo en cuenta que un estadio suele medir 125 metros, la hazaña que el emperador obligó a efectuar a su ejército fue caminar unos 50 kilómetros en un día, el doble de lo que era una jornada normal de camino.

¹⁰⁷ Este tratado de paz fue firmado por Miguel II Asen (1246-1256) y Teodoro II Láscaris en el año 1256. El mencionado Uro, de origen ruso, es el padre de la esposa del zar búlgaro, Ana Rostislavna. Su padre era Rostislav Mijailovich (1227-1264), noble de origen ruso que logró una posición dominante en la corte y llegó a manipular la voluntad del zar Miguel. La esposa de Rostislav fue Ana de Hungría, hija del rey Bela IV.

búlgaros poseían de las que habían estado bajo el poder del emperador Juan). El emperador juró mantener la paz con los búlgaros y que ambas partes se contentarían con las fronteras anteriores. Una vez este acuerdo fue cumplimentado conforme al deseo del gobernante, Uro pronunció las palabras de despedida y se marchó después de haber obtenido regalos como agradecimiento por parte del emperador (ascendía su valor a la cantidad de veinte mil monedas en artículos de toda clase, caballos, tejidos y demás). Por su parte, el emperador permaneció en la zona del Regina a la espera de la liberación de Tzepena.

LXIII

Sucedió entonces, en aquellas circunstancias, un extraño acontecimiento digno de ser recordado por la historia. Era el día en el que los creyentes celebramos la renombrada fiesta de la Transfiguración de Cristo. Dado que el emperador debía asistir, como era costumbre, a los sagrados misterios, se retrasó el momento del almuerzo. Almorzamos, pues, también nosotros y, tras una pequeña siesta, nos levantamos, pero ya el sol se acercaba en el horizonte a su puesta. Existía la costumbre de que el emperador montara a caballo a última hora de la tarde y pasara revista a todo el ejército. Al final de la revista, ascendía a un lugar llano y ligeramente elevado sobre la planicie para contemplar el ejército entero, al que llamaba «ciudad en movimiento que cuidaba de todas las demás ciudades romanas». Mientras esto hacía pausadamente, me dirigió la palabra y me preguntó: «¿Qué dices tú a esto?», y añadió la denominación de mi oficio. «Este asunto te compete y como tuyo ha quedado, sobre todo». Dijo esto intentando encontrar un motivo para enfadarse. Yo le respondí: «¿Por qué es cosa mía? Porque si no he hecho bien los escritos y cumplido los juramentos, ni de forma adecuada lo he nombrado a él ni a su séquito, es fallo mío y un tropiezo enorme. Pero si ha sido hecho de forma adecuada y como no debía ser de otro modo, ¿qué tengo que ver yo con que él refute lo estipulado?» El emperador, no sé cómo (pues yo había expresado el motivo) volvió a decirme: «¿Qué dices sobre esto?» Yo repuse: «Muchas veces he dicho, señor, que, a mi juicio, lo expuesto es, fundamentalmente, un engaño, para nada sincero. No me parece fácil que en lo impreciso se muestre lo cierto». Dijo él: «En lo impreciso hay, ciertamente, encanto y se muestra la verdad, porque de la precisión hasta los asnos hablan». Dije yo: «Mire, señor, que nosotros también estamos alineados entre los asnos». El emperador, lleno de ira, dijo: «Tú desde siempre has sido un tonto y acabas de comportarte como un tonto». Yo no di otra respuesta a sus palabras más que: «Yo soy un tonto y me callo para que hablen los que saben». Así dije y el emperador, repleto de una ira incontenible, echó mano a la empuñadura de su espada y la sacó de la vaina, pero se contuvo y, tras un breve momento de tenerla desnuda, la volvió a envainar. Ordenó a su Gran Doméstico, Andrónico Muzalon, que me hiciera descender de la

cabalgadura. Éste, simplemente, me dijo algo así como: «Bájate de tu montura». Yo descendí de la mula. Entonces, el emperador, que tan bondadoso era con nosotros, quienes tanto habíamos sufrido por su causa a manos de su padre, como estaba ante una gran multitud, dijo con en voz muy alta: «Este hombre me ha sido muy beneficioso», refiriéndose a mi formación retórica, «y le debo mucho». Ordenó que dos hombres armados con mazas, elegidos el día anterior al martes, me golpearan unas veinticuatro veces en total, no sé si por mi causa, para montar la escena de un drama convertido en tragedia. Ellos me golpearon, pero yo recibí los golpes en silencio, lo que provocó su enojo al no retorcerme pidiendo clemencia mientras era apaleado. Una vez hube recibido los muchos golpes por todo el cuerpo, dificultosamente, con una voz débil y apagada, dije: «Señor Jesús, ¡cuántas enfermedades he pasado! ¿Por qué no acabó mi vida en alguna de ellas y me dispensas este trato en este momento?» Cuando dije esto, el emperador, como avergonzado, se alejó diciendo a un miembro de su séquito: «Llévatelo». Éste, me subió a un caballo y me preguntó a dónde íbamos a ir y yo le respondí: «Te sigo a donde quieras». Como me volvió a insistir con sus preguntas, le respondí que teníamos que ir al sector de los bardariotas. Esto fue lo que me pareció más conveniente. Así se hizo y marchamos hacia las tiendas de los bardariotas. Cuando su primicerio me vio, quedó estupefacto y me preguntó qué quería al venir a su tienda. Yo le dije: «Un leve respiro». Así pues, me quedé durante un breve lapso de tiempo entre ellos porque ya sabía el primicerio lo que me había sucedido. El emperador, sin mucha tardanza, fue informado de mi llegada a la tienda. Temeroso de que, presa de mi aflicción, me diera a la fuga, ordenó que una sección de soldados rodeara mi tienda y me vigilara a escondidas. Yo me había ido a mi propia tienda y pasaba el tiempo allí en medio de la tranquilidad, sin acudir a la tienda imperial ni tratar los asuntos propios y acostumbrados. Frecuentaba los libros, me daba a la lectura y tomaba alimentos de vez en cuando. Pasaron bastantes días mientras estaba yo en aquella situación. El emperador estaba enojado observando la obstinación de mi actitud. Pasó todo el mes de agosto y yo no quería ceder ni siquiera un ápice de la decisión que había adoptado. Muchos obispos acudieron a mí con la orden del emperador, como supe, por más que ellos intentaran ocultarlo, diciendo que venían a visitarme desde sus sedes a causa de su amistad y su buena disposición hacia mí. Me insistían en que abandonase mi actitud, que me reuniese con el emperador y que me unciese de nuevo al yugo del trabajo. Pero no lograron convencerme. Yo afirmaba que, aunque el emperador me concediera los mejores dones, como ninguno de los precedentes emperadores hubiera dado a alguno de sus servidores o, aunque me sometieran a las peores y mayores torturas como ningún otro de los que alcanzaron la fama por su maldad hubiera cometido con cualquiera, ni siquiera así ni de aquella manera trabajaría para el emperador. Tal era mi opinión y mi inmutable determinación. Cuando también el mes de septiembre había pasado y la esposa del déspota

Miguel, Teodora, hubo acudido junto al emperador con su hijo Nicéforo¹⁰⁸ para celebrar la boda, lo que el emperador Juan, padre del entonces reinante, había acordado hacía algún tiempo, el emperador ansió llegar a Tesalónica, donde se había decidido celebrar la boda. Partió, pues, del lugar donde se hallaba y tomó el camino en dirección a Tesalónica. En la ruta, ultimó el acuerdo con la esposa del déspota. Ésta convino en los términos del emperador contra su voluntad. Puesto que estaba en sus manos y casi se hallaba como en prisión, no pudo hacer otra cosa. Accedió, pues, a entregar al emperador la fortaleza de Serbia y con ella, Dirraquio. Sobre este particular, se pronunciaron juramentos que fueron puestos por escrito y se le enviaron al déspota Miguel, y éste, como dice la poesía, de buena gana convino con lo jurado de mala gana. Deseaba que tanto su esposa como su hijo fueran liberados y estuvieran junto a él. En ese punto de las negociaciones, el emperador me amansó tras aliviar mi obstinación porque me envió a su tío abuelo Manuel Láscaris y al protvestiario Jorge Muzalon con palabras agradables y sinceras, y me conquistó. Los enviados me condujeron a él. Me acerqué al emperador y, como marca la costumbre, incliné la cabeza y permanecí en pie largo tiempo. El emperador dijo: «¿No sabes dónde acostumbrabas a estar? Conoces tu sitio. Ponte en él». Obedeciendo a la orden del emperador, avancé y me puse a su lado, como tenía por costumbre. Entonces, el emperador me hizo partícipe de todo el asunto del déspota Miguel y me contó cómo había transcurrido desde el principio. Estos acontecimientos tuvieron lugar en Langada, lugar éste que se halla cerca de Tesalónica.

LXIV

El emperador llegó a Tesalónica y celebró las nupcias de su hija María con Nicéforo, el hijo del déspota Miguel, al que también se le había conferido el título de déspota. En estas estaba el emperador cuando le llegó una carta enviada por los que estaban en Bitinia al frente de la defensa del lugar. Decía que Miguel Comneno Paleólogo, de quien esta historia ha dejado dicho antes que había sido nombrado Gran Condestable por el emperador Juan y a quien había confiado el gobierno de toda aquella región, se había marchado e ido a tierras musulmanas. El emperador se llenó de no poca inquietud por este hecho. Me llamó y me dijo: «¿Sabes lo que ha pasado?». Yo le respondí: «No, señor. ¿Qué es lo que acaba de pasar?». Él me dijo: «El Gran Condestable ha escapado y se ha ido a tierras musulmanas. ¿Qué piensas de esto? ¿Se pondrá al frente de un ejército musulmán y avanzará contra nuestro territorio?». «En absoluto creo, señor, que él lleve eso a cabo. Conozco la mente de ese hombre y sé que sus pensamientos no son hostiles a los romanos.» «¿Por qué, pues, huyó de

¹⁰⁸ Miguel II Comneno Ducas, déspota del Epiro entre 1230 y 1266/68 y su esposa Teodora Petralifena o Teodora de Arta, santa de la Iglesia Ortodoxa, tuvieron cuatro hijos, uno de los cuales era Nicéforo que gobernó el Epiro entre 1266/68 y 1297, como Nicéforo I Comneno Ducas. Se casó en 1249 con María, hija de Teodoro II Láscaris, en Tesalónica.

nosotros?» «Precisamente, señor, porque, como sabes, no sólo una vez ni dos, sino incontables veces le lanzaste las más horribles amenazas, te enojaste contra él terriblemente, y en presencia de una multitud de gente le dijiste que le ibas a expulsar y le ibas a sacar los ojos. Esto lo sabía él y lo oyó decir a muchas personas. Su alma se resintió, temió el castigo y se apresuró a evitar la pena.» «¿Por qué no se quedó entre nosotros, aunque fuera a experimentar tan terribles sufrimientos, y prefirió beneficiar a los extraños en vez de perjudicar a sus compatriotas?» «Ese comportamiento no es propio del alma humana, señor. Algunos parecen capaces de pasar por terribles sufrimientos y caer en el infortunio manteniendo firme su criterio y como impasibles ante las adversidades de la vida; pero en absoluto parece que nadie persevere en esa actitud cuando teme por su propia vida y espera la mutilación de las partes más imprescindibles de su cuerpo; antes bien, corre con todas sus fuerzas para salvar su vida y escapar de esas terribles amenazas.»

LXV

Llegados a este punto del relato en cuanto a la historia, debemos ampliarlo como es debido porque los sucesos relacionados con la fuga de Miguel Comneno generaron consecuencias merecedoras de una amplia exposición una vez que llegó a moradas turcomanas. Era ésta una nación asentada en los puntos más extremos de la frontera persa, entregada a un odio irreductible contra los romanos y que disfrutaba con el saqueo de sus tierras y con los despojos de sus ciudades, sobre todo en aquellos momentos, cuando Persia era agitada y acosada por las incursiones de los tacarios. Se toparon con Miguel Comneno como con tesoro y echaron sobre sus propiedades una mirada insaciable. Saquearon todas sus cosas, oro, plata, caballos, telas e incluso la propia ropa que vestía. Se repartieron todo su séquito y cada uno se llevó para su servicio particular a la persona de la que habían apropiado. Miguel Comneno a duras penas pudo escapar de sus manos y, salvado por la divina providencia, llegó desnudo a presencia del sultán, que no lo recibió como un refugiado, sino que lo acogió de muy buena gana. Conocía el origen noble del hombre y todos los próceres que acompañaban al sultán quedaron maravillados de su porte y talante. Como dijo un poeta antiguo, lo juzgaron digno de un reino. Tras intercambiar con él unas breves palabras, enseguida reconocieron la firmeza de carácter del hombre. Habían sido testigos de su pericia militar, de su precisión bélica y sabían que no sería un ignorante respecto a la manera más adecuada de combatir. El sultán hizo redactar una misiva, aunque en vano, que versaba sobre las propiedades saqueadas y los sirvientes repartidos, para que le fueran devueltos todas y todos y le fueran enviados. Como el asunto de la guerra se hallaba para el sultán en su punto álgido (los tacarios habían sometido a pillaje la mayor parte del territorio de los musulmanes y habían acampado en Axara), era totalmente necesario que los persas se enfrentaran en batalla contra los

tacarios. Así pues, los persas ordenaron que Miguel Comneno fuera el jefe de las tropas cristianas, pero éste, como se daba la circunstancia de que estaba en tierra extranjera, consideraba que unirse a los musulmanes era algo recusable, no fuera que, como afirmaba, la sangre de un creyente, derramada en la batalla, se mezclara con la sangre de impíos e infieles. Con todo, animado por la gracia divina y asumiendo una noble conducta, se lanzó a la batalla. Y, en efecto, la sección del ejército al mando de Miguel Comneno venció totalmente a los tacarios que se le oponían. El propio Miguel alcanzó en los primeros instantes con su lanza en el pecho al que iba a la cabeza del ejército y, como dijeron los que lo supieron, murió al poco por causa de la herida. Los tacarios fueron completamente derrotados por la sección comandada por Comneno y se dieron a la fuga. Un persa famoso, con el cargo de «amiracures»¹⁰⁹ (de gran importancia entre los persas), que albergaba desde siempre gran desconfianza respecto al valor de su gente, se sintió dolido por su comportamiento y, poniendo bajo su mando todo el ejército, se lanzó contra los tacarios. Pudo, entonces, verse lo contrario, porque quienes hacía poco perseguían, se daban a la fuga y daban la espalda a los golpes de los enemigos. Cayeron, pues, muchos persas abatidos por los dardos de los tacarios. Los vencedores prolongaron la persecución durante un largo trayecto. Puestas así las cosas para el comandante en jefe del ejército persa, al que llaman «peclarpaquis»¹¹⁰, Miguel Comneno lo acompañó en el camino y marchó durante muchísimos días perseguidos por los enemigos y combatiendo de vez en cuando. Dado que la casa del mencionado peclarpaquis se encontraba en Castamona¹¹¹, se dieron prisa en llegar allí, mientras el pueblo tacario devastaba todo el territorio bajo dominio musulmán. Pero quede aquí el relato de esos acontecimientos y vuelva al punto anterior para que el asunto de la historia avance coherentemente.

LXVI

El emperador, cuando se enteró de lo sucedido en tierras musulmanas, no albergó más preocupación sobre éstos que sobre su propio pueblo porque supuso que se cernía un peligro no pequeño sobre territorio romano. Se apresuró, pues, a regresar a oriente. Asumiendo el mando de todo el ejército romano, emprendió el camino que el llevaba a oriente. Dejó en occidente y en Tesalónica para la defensa del lugar a su tío por parte de su abuelo, Miguel Láscaris y le entregó un ejército reducido y manejable de paflagonios y escitas cuyo número ascendía a unos trescientos. Al frente de Prílapo y de su ejército dejó a Escuterio, apodado «Leñador» (¡qué nombre tenía!) y a Teodoro

¹⁰⁹ «Amir-i-akhur», dignidad cortesana propia de los musulmanes orientales. Era equivalente a gran condestable. En principio, se encargaba de las caballerizas reales, pero acabó por ser un jefe militar.

¹¹⁰ «Beğlerbeyi», «gran señor».

¹¹¹ Hoy Kastamonu, solar originario de la familia Comneno.

Calambaces en Beleso y sus alrededores, a quien también llamaban el «tata» de la corte¹¹². A Constantino Cabaron lo puso como gobernador de Albano y a mí me eligió como pretor y me dejó al frente de todos ellos. A mi juicio, hizo esto para que, muy alejado de él, olvidase lo que había sufrido. Ignoraba que, una vez accedido a la libertad después de la paliza, nunca me expresaría, como había sido mi costumbre, en términos alegres con él. En suma, hizo eso para que desapareciera el aspecto sombrío de mi alma en aquel largo espacio de tiempo. Quizá también lo hizo porque pesaba sentirse enfadado ante mi presencia ya que chocaba contra él muchas veces en aquellos momentos en que sabía que no quería comportarse conforme a la justa razón.

LXVII

El emperador, pues, salió en dirección a oriente y yo me quedé en occidente. Partí de Tesalónica y llegué a Berrea porque allí estaban los embajadores del papa a los que iba a expulsar por orden imperial. Permanecí allí un poco de tiempo a causa de la expulsión de los embajadores y por algunos otros asuntos. Luego, salí de allí y tomé el camino que lleva a Albano. Pasé junto a Serbia, dejé de lado Castoria, obvié Acrida y llegué a Albano. Desde allí, gané Dirraquio acompañado por los notables del lugar. Me quedé allí ocho días para irme después de haber dispuesto y haber aprestado todo lo necesario para el camino. Eso fue lo referente a Dirraquio¹¹³. Tras marchar de Dirraquio, pasé Cunabia y el monte que lo domina llamado Mala Roca. Anduve hasta Mate y de allí llegué a Derbe. Me encontré en el camino con los moradores de las ciudades, los integrantes de las tropas acantonadas en aquellos lugares y los administradores de los intereses públicos. Atravesé Cutzabis y me presenté en Prílapo. En suma, cubrí este itinerario desde Tesalónica hasta Prílapo mismo en tres meses durante la estación invernal. Cuando salí de Berrea era diciembre y el final de febrero me vio en Prílapo.

LXVIII

Una vez allí, me llegó a los oídos un espantoso rumor. Era que el control de Albano, que Constantino Cabaron había asumido por orden del emperador, le había sido arrebatado por el déspota Miguel mediante una treta de su cuñada María, que había sido esposa de un hombre apellidado Esfrantzes y cuya viuda era por aquel tiempo. Ésta, haciendo uso de un engaño, puso como cebo a sus deseos unas apasionadas cartas (se daba la circunstancia de que Cabaron era un hombre bastante frívolo, aunque, por otro lado, era un buen soldado) y cayó en

¹¹² Esta dignidad también aparece en alguna relación posterior de los cargos cortesanos bizantinos, no obstante, se desconoce realmente cuáles eran sus funciones. Parece ser que fue creado por Teodoro II Láscaris.

¹¹³ Hoy Durrës, en Albania.

la trampa. En aquel momento, Miguel mostró a las claras su rebelión. Mientras yo estaba en Prílapo fui informado del hecho que había acontecido. A la mayor brevedad posible, envié una misiva a Miguel Láscaris contando lo que aquella mujer había hecho. Le escribí que llegara a Pelagonia para que, una vez llegado a aquel sitio y reunidos los dos, celebrásemos un consejo sobre el asunto que teníamos entre manos. Así pues, nos encontramos ambos en Pelagonia y con nosotros, Jileas Escuterio. Pensábamos que éste era un hombre experimentado en la milicia o, en todo caso, partidario de los romanos. En efecto, el emperador Teodoro tenía un gran concepto de él. Se jactaba de la experiencia militar de Escuterio y de que había adquirido la más extrema lealtad hacia su persona y hacia los intereses romanos. Así pues, cuando nos hubimos reunido, decidimos los siguientes puntos. Miguel Láscaris debía asumir el mando de su ejército, del contingente romano y del contingente escita, retirarse de la región de Berrea (ahí había plantado sus tiendas), avanzar hacia Pelagonia y acampar allí. Del mismo modo, Jileas Escuterio debía asumir el mando de todo el conjunto de sus tropas (éstas sumaban un elevado número de hombres), converger con Miguel Láscaris y, una vez reunidos, levantar el campamento en Pelagonia. El lugar estaba situado en un enclave favorable respecto al terreno que ocupaban el déspota Miguel y al de los serbios. Tal como dimos cuenta, también éstos habían acordado una alianza con el déspota Miguel. Los dejé después de que prometieran cumplir lo decidido. Yo junto con un séquito adecuado a mí gané Acrida por si podía enderezar los asuntos de los albaneses. Previamente, envié a Albano al prefecto de la mesa imperial, Isaac Nestongo, con un encargo que, como de costumbre, incluía su mando. Se me había dado competencias para hacer eso con libertad e intercambiar según mi voluntad a quienes ejecutaban y gestionaban los asuntos públicos, quienes estaban al frente de las tropas y quienes poseían el mando. Decidí, pues, salir hacia Albano para arreglar lo de aquel sitio y conocer personalmente lo que hubiera hecho el prefecto de la mesa imperial. Una vez llegado como pude, saqué de Albano al prefecto. El pueblo de Albano había hecho previamente defección y se había unido por entero al déspota Miguel. Así pues, cuando vi que todo estaba revuelto, partí de Derbe (allí había pasado más tiempo del debido porque tenía alrededor de mí a los enemigos) con algunos pocos hombres armados de mi séquito y llegué a Acrida. Allí dejé al prefecto de la mesa al cuidado de la fortaleza, atravesé Prespa y el lugar llamado Siderocastro, y llegué a Prílapo, que me pareció como un puerto al abrigo del oleaje donde atracar. No obstante, me pasó lo contrario a mí y a los que estaban allí conmigo. El rebelde Miguel se apoderó de la región y de sus plazas fuertes. Dejó solamente un sitio, Prílapo. Tan seguro estaba de poder controlar la zona. Vino, entonces, sobre nosotros Miguel tras un breve lapso de tiempo con todo su ejército y atacó con su pericia militar la ciudadela; pero era segura y difícil de tomar. Miguel, entonces, confió más en una conjura de sus moradores; pero fue rechazado y, al frente de su ejército, emprendió la retirada vagando por el territorio. Nosotros quedamos encerrados en la ciudad

de Prílapo y confinados como en una prisión. Eso fue lo que nos sucedió. Pero dirijamos la historia a los acontecimientos de oriente.

LXIX

En suma, el emperador atravesó el Helesponto a la velocidad que pudo, marchó hacia la región de Lidia y plantó sus tiendas en Sardes. El sultán, soberano de los persas, con un tímido corazón de ciervo (hubiera dicho un poeta) abandonó su territorio porque su ejército había quedado destruido, y marchó al encuentro del emperador. Éste lo recibió, lo agasajó en señal de amistad con regalos a él y a su gente y los hizo regresar a su tierra después de cederle un pequeño ejército que ascendía solamente a unos trescientos hombres. Puso como jefe del ejército a Isaac Ducas, también llamado Murtzuflo, a quien le habían puesto ese apodo, dado su linaje, algunos que suelen bromear con los apellidos¹¹⁴ y que ocupaba el cargo de primicerio de la corte imperial. El sultán, queriendo corresponderle al emperador por sus favores, le regaló la ciudad de Laodicea, adonde entró una guardia romana; no obstante, poco duró esta situación porque esa ciudad volvió a estar bajo poder musulmán al no serle posible a los romanos el defenderla. Así pues, el sultán, que no tenía fuerzas para enfrentarse a los tacarios, tras debatirlo en consejo con sus jefes, llegó a acuerdos y pactos con los tacarios y se volvió tributario suyo. Desde ese momento, los musulmanes estuvieron sujetos a tributo con ellos. Por su parte, Miguel Comneno Paleólogo, al hemos mencionado en numerosas ocasiones, tras recibir un juramento para su seguridad por parte del emperador, volvió a su país, retornó a sus propiedades y disfrutó de sus posesiones.

LXX

No habían pasado muchos días cuando el emperador conoció que las cosas en occidente andaban muy revueltas y que estaban manejadas por el rebelde Miguel. Se debía enviar un general con su ejército para oponerse. Eligió al mencionado Miguel Comneno y le entregó un ejército de origen macedonio, muy reducido en cantidad y muy inservible por su calidad. Éste, dado que no podía rechazar las órdenes que le habían sido dadas, se puso al frente de aquel mínimo y poco belicoso ejército y llegó a Tesalónica. Cruzó allí el Bardario, al que los antiguos llamaban Naxio, y se unió a Miguel Láscaris. Ambos, tras celebrar un consejo, se lanzaron contra Berrea no para combatir (no les era posible llevar a cabo semejante acción), sino para conseguir un botín del entorno de aquellas tierras. Saquearon mucho y su gente se hizo con una gran cantidad de animales difícil de enumerar. Mientras esto sucedía, el jefe de los serbios (pueblo desleal y que en absoluto muestra agradecimiento a quienes les han hecho favores, sino que rompe y patea la copa de la amistad a cambio de

¹¹⁴ Pariente de Alejo V Ducas Murtzuflo, Ver capítulo III.

un mínimo provecho), enterado del levantamiento del rebelde Miguel reunió un ejército de unos mil hombres y lo envió contra el territorio romano. Éste, tras dejar de lado Citzabis, saqueó los alrededores de Prílapo. Por su parte, Jileas Escuterio, que se encontraba cerca de la ciudad junto con el ejército a su mando, cuando supo que el ejército de los serbios estaba asolando la tierra y prendiendo fuego por doquier, despachó a sus hombres para que se arrojaran contra los serbios a voluntad. Era un hombre desconocedor de la milicia y que no tenía la menor experiencia militar, pues ni siquiera hizo adelantarse a una buena distancia a vigías que le informasen de la incursión enemiga. Tampoco sabía comandar un ejército. Rota la formación y siendo pocos los que peleaban contra los serbios, que eran muchos más, fueron superados. Unos fueron víctimas del acero, otros fueron capturados como prisioneros y llevados con cadenas. Finalmente, el propio Jileas Escuterio se lanzó con los soldados que le quedaban contra los serbios y a duras penas pudo salvarse, mientras era perseguido por los enemigos a través de montes, montañas y lugares escarpados. De ese modo, pues, fue aniquilado el ejército de Prílapo y nosotros, encerrados en la ciudad de Prílapo acabamos como reclusos en una prisión.

LXXI

Eso les pasó a Miguel Comneno Paleólogo y a Miguel Láscaris. Una vez que se hicieron con el botín en Berrea, acamparon en el entorno de Bodena, en un lugar llano y apto para el forraje de la caballería. El déspota rebelde Miguel, conocedor de la situación del ejército romano, del número de sus integrantes y de que, salvo unos pocos, era por completo inútil e inservible, escogió a algunos hombres de todo su ejército, como si separara a los mejores de todo el conjunto, cuyo número ascendía a unos quinientos. Eligió como comandante a su hijo bastardo Teodoro y lo envió contra el ejército romano. Se dio la circunstancia por aquel entonces de que el emperador había despachado a Manuel Lampardas en unión de un ejército mediocre e desordenado para que se juntase con los demás jefes. Ése les había reprochado que se hubieran adelantado a realizar el saqueo y de haberle dejado sin su parte del beneficio. Mientras discutían estas divergencias los comandantes del ejército, el mediocre contingente de Manuel Lampardas, la mayoría de cuyos hombres montaban caballos saciados de pasto y conducían a los que cargaban los víveres, sin que lo supieran los otros jefes se mantuvieron en el camino que dejaba de lado la ciudad de Bodena para que, al pasar antes que los demás por allí, pudieran hacerse también ellos con un botín. El ejército enviado por el rebelde Miguel para enfrentarse a los romanos dio con ellos en el desfiladero de los montes de Bodena. Estos valientes soldados, que montaban caballos de gran alzada e iban reforzados con armaduras, se toparon con hombrecillos desarmados, cobardes y que iban a lomos de yeguas, y los pusieron en fuga a todos sin mayor dilación. Algunos de ellos, fugitivos, llegaron a presencia de Miguel Comneno y le

comunicaron lo ocurrido. Éste no se atemorizó por lo inesperado del suceso ya que era un hombre de obrar firme, de valerosa determinación y experto en la guerra (había tenido abundante práctica anteriormente en los asuntos bélicos). Se armó, tomó la lanza y su hueste, que estaba bajo el mando de Miguel Láscaris y era de origen paflagonio, cuyo número ascendía a cincuenta hombres (esa fue el único contingente con el que pudo contar que fuera mejor que el resto y capacitado para combatir) y se lanzó contra los enemigos. Miguel Láscaris, como era habitual en él, no vistió coraza, sino una pequeña protección, para poder huir más fácilmente. Se situó en un flanco y desde allí observó lo que iba a suceder. Así pues, Miguel Comneno acometiendo al primero que se le enfrentaba, lo hirió con su lanza y lo derribó de su montura. Era Teodoro, el mencionado hijo bastardo de Miguel. Éste, poniéndose en pie después de la caída, corrió hacia Miguel Comneno y le rogó que no le matase. Comneno no lo conocía e ignoraba quién era. Lo entregó a un turco que lo mató. Luego, los paflagonios de su hueste se enzarzaron con el resto de los enemigos y se acometieron unos a otros. El final de la batalla fue que los hombres del rebelde Miguel se dieron a la fuga y los de Miguel Comneno hicieron prisioneros a más de veinte de sus notables y pasaron por el filo de la espada a muchos otros. Tampoco podían perseguirlos porque eran muy pocos, ya que, como dijimos, el ejército que había partido anteriormente había sido ya destruido y dispersado. De este modo, lo sucedido igualó en infortunio a lo ocurrido en Prílapo. Miguel Comneno, Miguel Láscaris y el resto de los jefes que por aquel entonces comandaban el ejército, dado que les urgíamos para que llegasen a Prílapo y se reuniesen con nosotros, forzando sus deseos vinieron junto a nosotros. Permanecieron unos pocos días con nosotros y, visto que no tenían fuerzas para enfrentarse en campo abierto con el rebelde Miguel, volvieron a su lugar de origen tras abandonar nuestra compañía. Percibían la deslealtad de los habitantes y tenían constancia, inteligentemente, de la ambigüedad de los encargados de la defensa de la ciudad. Así pues, fui abandonado también yo en Prílapo con los que estaban para su defensa porque así me lo había ordenado el soberano.

LXXII

Así pues, por segunda vez el rebelde Miguel vino sobre nosotros. Dado que existía una tregua (sabía que las fuerzas imperiales eran incapaces de enfrentarse en campo abierto contra él) rodeó la ciudad con un contingente y levantó helépolis. Los del interior y los que estaban conmigo era la guarnición. Primero, hizo un intento. Armó todo su ejército y atacó la ciudad echando mano de arqueros y hábiles honderos. Llevaban escalas con idea de trepar hacia la ciudad mediante ellas, pero fracasaron en el intento y muchos de ellos perecieron víctimas de las piedras y las flechas. Durante unos días permanecieron tranquilos y volvieron a intentar un ataque más intenso a la

ciudad, pero el rechazo fue igual. Eran incapaces de hacer nada y sufrían más que ejecutaban. Un terrible ataque tuvo lugar por tercera vez y obtuvo igual resultado. Así pues, los enemigos se mantuvieron quietos y apostados en calma porque no se atrevían a acercarse dado que sufrían más acercándose de lo que conseguían. Los que estaban enfermos de deslealtad creían que en la conmoción de la batalla tendrían éxito sus pretensiones. Asombraría a los que lo oyeran si hubieran vencido a un solo hombre que no hubiera tenido más de cuarenta sirvientes y que hubiera confiado únicamente en la fe y en la verdad. Por tanto, como quienes conspiraban contra nosotros se veían impotentes en la batalla y en el barullo para triunfar en sus intenciones, llevaban a cabo su terrible tarea en silencio. Poniendo a los encargados del ejército de guarnecer las almenas como pretexto el suministro de víveres, los sacaron de allí y los enviaron a los graneros. Seguidamente, quienes habían tramado esta maniobra abrieron las puertas tranquilamente y la ciudad de Prílapo fue tomada de ese modo, no gracias al valor de los enemigos ni a la falta de fortificación del lugar, sino por la estupidez de los guardianes y por la traición. Nosotros fuimos apresados y encadenados. Ni siquiera sacamos provecho de la fortificación de la ciudadela, pues era una roca accesible a una escala de diez travesaños en el caso de que alguien la atacara en una guerra. En esas circunstancias y durante la noche, aquellos de los nuestros que nos eran hostiles quisieron ir contra nosotros con intención de matarnos y apoderarse de nuestros bienes. Como yo conocía esos planes, nos pusimos a la defensiva en la medida de nuestras posibilidades. Cuando amaneció el día acudimos de común acuerdo junto al rebelde Miguel, quien nos prometió mediante juramentos el irnos a salvo y libres de todo mal desde su campo al del emperador con todas nuestras posesiones. Dejamos, por nuestra parte, aquella pequeña fortaleza para dirigirnos hacia el emperador. Pero los juramentos eran mentira. Había pronunciado un juramento perjuro. Nos tuvo encadenados y marchando a pie de un lugar a otro. Cuando el emperador oyó contar estos hechos, albergó desfavorables sospechas sobre mí. Sus sospechas seguían consideraciones propias del ser humano. En el momento en que se enteró de que los mejores generales de occidente, en los que había depositado una gran confianza, se habían pasado al rebelde Miguel, unos antes de la toma de las fortalezas, como Jileas Escuterio, Manuel Ramatas, Pulacas y algunos otros junto con ellos; otros, después de las tomas, ya fuera el prefecto de la mesa imperial, Isaac Nestongo, al que, como dejamos dicho, había puesto como defensor de Acride, y otros no pocos notables y famosos que habían acabado con el rebelde voluntariamente, tuvo miedo por mí, no fuera a pasar lo mismo conmigo. Lo me había ocurrido recientemente por su causa le producía inquietantes pensamientos. Los que me conocían bien le insistían en que yo no parecía ser así. Cuando hubo pasado bastante tiempo y supo por los que le llegaban que yo estaba encadenado y que estaba en prisión y que sufría de llagas en los pies y tenía ligaduras en mis manos, apreció mi comportamiento y adoptó hacia mí una actitud más

amistosa. Promulgó decretos sobre mis propiedades para que nadie osara plantar su pie en ellas y causarles perjuicios. Así fue aquello y así le sucedieron esos acontecimientos al emperador Teodoro.

LXXIII

El soberano de los búlgaros, su cuñado Miguel, que alimentaba gran enemistad contra su cuñado y emperador de los romanos, fue objeto de un atentado por parte de su primo Calimano con el conocimiento de algunos de los habitantes de Trinobo¹¹⁵ mientras pasaba un rato en las afueras de la ciudad, y murió inmediatamente. Su asesino, Calimano, tomó a su esposa¹¹⁶ y se apropió del trono búlgaro. Sin embargo, el ruso Uro atacó con sus ejércitos Trinobo y rescató a su hija y esposa de Miguel. A Calimano lo habían capturado antes y lo habían matado mientras escapaba de un lugar a otro. Como el trono búlgaro había quedado vacante de un sucesor legítimo, los notables se reunieron en consejo y decidieron designar a Constantino, hijo de Teco¹¹⁷, como su soberano para que el trono tuviera una buena apariencia. Con idea de que pareciese que gobernaba como heredero, enviaron al emperador Teodoro una embajada para que les mandase su hija primogénita, llamada Irene, y se casase legalmente con él. Era nieta del primer soberano de los búlgaros, Juan Asán, y adecuada para aquel trono. Como se daba la circunstancia de que Constantino Teco tenía una esposa legítima¹¹⁸, le hicieron separarse de ella y la mandaron junto al emperador Teodoro. Esos fueron los acontecimientos búlgaros y de este modo, también, el emperador Teodoro consiguió firmar la paz con ellos, y las relaciones entre ambos se mantuvieron en calma.

LXXIV

Tras estos hechos, el emperador Teodoro cayó presa de una grave enfermedad. Las manos médicas desistieron de tratarla y cualquier otra clase de cuidados fracasaron. Durante no poco tiempo, fue puesto a prueba por la enfermedad y todo su cuerpo se redujo a los huesos. Al final y por penitencia tomó para sí el hábito monástico. Como me contaron con exactitud quienes vieron aquellos

¹¹⁵ Kalimán Asen II asesinó a Miguel Asen II en 1256 durante una cacería en los alrededores de Tarnovo, capital del II Imperio Búlgaro. Su reinado duró un escaso período de tiempo del año 1256. Trinobo es la actual Tarnovo.

¹¹⁶ Ana Rostislava de Kiev, hija de Rostislav Mijailovich.

¹¹⁷ Tras el asesinato de Kalimán, subió al trono el zar Mitso Asen en virtud de su parentesco con Miguel Asen II, ya que era su yerno. Su reinado duró sólo un año, de 1256 a 1257 y fue depuesto, tras una cierta resistencia, por los nobles búlgaros. Escapó a Nicea y vivió allí refugiado hasta su muerte. Los nobles eligieron como su sucesor a Constantino Tikh (abreviatura del Tikhomir, el nombre de su padre), que reinó desde 1257 hasta 1277. Se casó con Irene Ducaína Lascárina, hija de Teodoro II Láscaris en 1257.

¹¹⁸ Se desconocen el nombre y la filiación de la primera esposa del zar Constantino Tikh.

hechos relacionados con él, hizo una confesión digna de un alma noble y magnánima. Imitando a la prostituta del Evangelio, hizo llamar al obispo de Mitilene para la confesión de sus pecados y se tiró al suelo, ante sus pies. Con inagotables ríos de lágrimas lavó la tierra en la que yacía de modo que la convirtió en barro, como los asistentes nos narraron con toda claridad. No paraba de gritar: «¡Te abandoné, Cristo!», mezclando esta expresión con las palabras de su confesión. Esa fue, pues, su existencia, habiendo reinado no más de cuatro años completos. En efecto, comenzó su reinado un mes de noviembre y terminó su vida un mes de agosto. Su cadáver fue llevado al monasterio de Sosandra¹¹⁹ y enterrado allí donde también lo había sido su padre y emperador. A su muerte, el emperador dejó tres hijos, un varón de nombre Juan y dos hembras, Teodora y Eudocia. Sus otras dos hijas las había casado antes de su fallecimiento; una, Irene, con Constantino Teco, como hemos dicho, y la otra, llamada María, con Nicéforo, el hijo del rebelde Miguel. Ésta última había muerto en el instante de la rebelión de su suegro. Según afirmaban algunos, había sido objeto de frecuentes palizas por parte de su esposo y, como otros dicen, había fallecido de muerte natural.

LXXV

Se daba la circunstancia de que el hijo del emperador Teodoro era muy pequeño en el momento de la muerte del emperador y padre. Aún no había cumplido los ocho años. Su padre y emperador había hecho testamento en favor de su hijo, pero, en realidad, era en favor de protovestiario Jorge Muzalon. Este testamento lo hizo dueño de todo el Imperio de los romanos, de modo que estaba al mando de todo el estado hasta que el hijo del emperador alcanzase la edad adulta. Los que en aquellos momentos se hallaban presentes hicieron un juramento por orden del emperador sobre este particular, pero no habían pasado tres días desde que se enterró el emperador y, como a una señal, los romanos que se encontraban en aquella ocasión corrieron a reunirse. En ese conciliábulo había congregado un suficiente número de tropas y, en no menor grado, los hombres que habían sido perjudicados por el emperador, personas de origen noble y pertenecientes a los primeros rangos. Uno de ellos era Alejo Estrategópulo, a cuyo hijo había cegado y al que había encarcelado. Otros eran Constantino Tornices, que el emperador Juan había tenido como Gran Primicerio y que había sido privado de su hijo por el emperador Teodoro; Teodoro Files, al que había sacado los ojos; Jorge Zagaromates, al que había nombrado protovestiarita el emperador Juan y a cuyo hijo había honrado primero con la dignidad de *parakoimomenos*¹²⁰ para despojarlo de ella a

¹¹⁹ El monasterio se hallaba situado cerca de Ninfeo, en Asia Menor, dentro de las fronteras del Imperio de Nicea. Fue fundado por Juan III Ducas Vatatzes, donde también fue enterrado.

¹²⁰ He preferido transcribir el nombre de este cargo áulico porque su transcripción al español según las normas habituales daría como resultado un sustantivo de extraña apariencia. Este

continuación; Nicéforo Aliates, dignado poco antes con el cargo de prefecto del canicleo¹²¹, pero al que, enseguida y sin ningún motivo, el emperador mandó que se le cortase la lengua y fuera destituido; y otros muchos entre personas señaladas e importantes, quienes, yendo con los soldados, acudiendo con ellos y subiendo en masa al monasterio de Sosandra se lanzaron a una contra el protovestiario y tutor, y contra sus hermanos. En aquel lugar tenía el protovestiario su campamento mientras celebraba las exequias por el emperador muerto. Cuando el protovestiario tuvo conocimiento de esa hueste, se apresuró a salir del templo porque se hallaba dentro asistiendo a la sagrada liturgia. Sin embargo, algunos de los presentes a su lado y que eran cómplices de la trama, ante el temor de que al salir y montar a caballo hiciera cambiar de opinión al pueblo y lo volviera a su favor, se desdijeron de su juramento. Cuando el emperador Teodoro estaba exhalando su último aliento y su testamento estaba en conocimiento de todos los asistentes, en grupo juraron guardar lo ordenado por el emperador de forma incondicional. Posteriormente, tras su muerte, volvieron a jurar en los mismos términos. Por una tercera vez a causa de los hechos mencionados confirmaron los juramentos y los pactos, y convencieron al protovestiario de que lo acompañarían desde el templo junto con su hermano Andrónico, que había sido nombrado Gran Doméstico y con su hermano mayor, que había sido nombrado prefecto de las cacerías. Cuando vieron que la muchedumbre avanzaba contra ellos con las espadas desenvainadas, entraron en el iconostasio, donde, tras desplegarse allí alrededor de la sagrada mesa, los hicieron presa de la espada, sin que los asesinos profiriesen un solo lamento después del crimen. Tanta ira contra ellos albergaba todo el pueblo que descuartizaron sus miembros por las articulaciones, rebanaron su carne en rodajas y cada uno tomó y se llevó su propio trozo según su deseo. Así transcurrieron aquellos sucesos.

LXXVI

Los integrantes del pueblo romano, de la clase gobernante y de los contingentes militares en unión, también, de los integrantes del orden eclesiástico (acompañaban a los presentes el patriarca y algunos de los obispos más importantes) plantearon una reflexión sobre el interés común, sobre quién sería digno de administrarlo y de someterlo al mejor de los ordenamientos. No juzgaban conveniente que el Imperio de los romanos, siendo tan grandioso,

título podría traducirse como «el que duerme junto al emperador». El titular debía dormir ante las dependencias donde descansaba el monarca.

¹²¹ El prefecto del canicleo o «ἐπί τοῦ κανικλείου» era el encargado del recado de escribir del emperador, esto es, el tintero (*canicleo* - κανικλείον) y la pluma. Dado que con esos instrumentos se firmaban en color rojo los crisóbulos imperiales, o decretos del emperador, los titulares del cargo gozaban de gran influencia ante el monarca. Dentro de la jerarquía cortesana, ocupaban uno de los primeros puestos y, en ocasiones, casi ejercieron funciones parecidas a las de un primer ministro.

estuviera dirigido por un niño pequeño dedicado a comer fruta o a jugar a las tabas. Opinaban que se debía poner al timón del Imperio a quien pudiera salvar la nave de los romanos. Muchos eran los vientos que soplaban en contra de él, un incansable oleaje lo ensordecía y lo agitaba, y, en resumen, se hallaba en medio de una enorme tempestad y necesitado de un piloto valiente que superase las terribles circunstancias que habían sobrevenido. Al mismo tiempo, las fronteras con los persas se hallaban conmocionadas por los ataques de los tacarios que estaban acometiendo a los persas sin que se hubiera restaurado aún una paz completa, ni se hubieran convenido acuerdos y pactos seguros. La parte occidental, hasta la zona del río Naxio, que el pueblo mayoritariamente llama Bardario, el rebelde Miguel la había puesto bajo su poder y se había apoderado de sus fortalezas y castillos, gobernándola sin temor y ejerciendo su señorío a salvo de riesgos. Con todo, no menos inquietaba otra amenaza a la mayoría, especialmente a los avezados. Me refiero a las relaciones matrimoniales del rebelde Miguel, dado que había casado a su propia hija Helena con el rey de Sicilia, Mafré¹²², como hemos dicho, y había prometido a su hija Ana en otro compromiso con el príncipe de Acaya¹²³. También estaba en Constantinopla la raza latina, que era clara enemiga de los romanos, en la que reinaba Balduino. Tan difícil era la situación del Imperio de los romanos mientras sus dirigentes buscaban a quien poner al frente de él. Todas las miradas se posaron sobre Miguel Comneno, a quien este relato ha mencionado repetidas veces. Como era preciso consultar al pueblo para tener constancia de sus deseos y conocer por quién se inclinaba cada uno, se llevó a cabo una indagación por naciones y por jerarquías. Primero fueron preguntados los romanos y todos al completo, unánimemente, como con una sola boca, dijeron que querían que Miguel Comneno fuera el que velara y cuidara de los asuntos romanos, y tenerlo como señor. Preguntada la tribu latina no tardó en dar su respuesta. Inmediatamente pidieron que Miguel Comneno Paleólogo ejerciese como comandante de todos ellos. Cuando se le preguntó al pueblo escita, no respondieron al modo bárbaro, sino de un modo completamente griego y sensato, y aseguraron que no conocían a otro mejor para mandarlos a todos que Miguel Comneno. Pero, por su parte, el orden sagrado veía que Miguel Comneno llevaba no poco mal el hacerse cargo de los asuntos de los romanos y como que vacilaba y difería la asunción del cargo, poniendo quizá como causa el juramento recientemente hecho al hijo del emperador Teodoro. No sólo accedieron a expresarle su posición de manera verbal, sino que también lo hicieron en un texto escrito, que firmaron el patriarca y todos los obispos, y que decía que no sólo apoyarían sus razones para la entronización ante el irreprochable altar de Cristo, sino que lo coronarían con una más divina corona porque venía a salvar al pueblo cristiano. De este modo, confirmaron las

¹²² Manfredo I de Sicilia (1258-1266), hijo natural del emperador Federico II Hohenstaufen.

¹²³ La princesa Ana Comnena Ducaina se casó con el príncipe de Acaya Guillermo II de Villehardouin en Patrás el año 1258 y fue princesa consorte hasta el año 1278.

intenciones de Miguel Comneno y sabiamente le quitaron, como debía ser, sus temores.

LXXVII

De este modo Miguel Comneno se hizo cargo de la corte imperial. Primero, lo habían elevado a la dignidad de déspota y le habían colocado en la cabeza la diadema propia del título. No había pasado mucho tiempo, cuando, sin querer queriendo, fue ascendido al trono imperial, forzado por los patricios, a quienes les preocupaba el interés público. Así pues, los mandatarios y los demás jefes del ejército lo subieron al escudo imperial y lo aclamaron como emperador. Como se le debía coronar con la diadema imperial, marcharon a Nicea, la capital de Bitinia, en donde fue ceñido con la diadema imperial por el patriarca Arsenio. Carianites se encontraba entre aquellos que parecieron haber sido escogidos para ocupar los primeros cargos por el emperador Teodoro (lo había nombrado protovestiarita). Había llevado a cabo, posteriormente, el asesinato del protovestiario y de sus hermanos, citados anteriormente, y estaba al frente por entonces del ejército romano. Por todo ello, el emperador Miguel lo mandó encarcelar para que no provocase revueltas; sin embargo, Carianites logró escapar a tierras persas y, tras ser apresado por algunos turcomanos, fue desvalijado y asesinado. Quedaba, entre los primeros y renombrados puestos del imperio, Juan Ángel, que ejercía el cargo de protostrátor de occidente y que tenía bajo su mando una no pequeña porción del ejército. A éste lo apreciaba el emperador Teodoro en segundo lugar después del protovestiario y con toda naturalidad lo ponía tras éste en los puestos honoríficos y en todas las demás dignidades. Mandó a algunos de sus allegados que se lo trajesen; pero durante el camino, herido por los dardos de la cobardía, murió. Ésos habían sido los escogidos por el anterior emperador y los primeros en sus cargos. En cuanto a los demás hombres, no eran dignos de gran cosa y por ello fueron despreciados y dejados en paz. El emperador Miguel, antes de su coronación, nombró Gran Doméstico a su hermano Juan Comneno, le entregó el mando de los ejércitos romanos y lo envió a occidente contra el rebelde Miguel. Mandó con él también a Alejo Estrategópulo y al protovestiario Juan Raúl, hijo primogénito de Raúl. Además de estos nombramientos, despachó a otros hombres conocedores de la guerra y de cómo entablar batallas cumplidamente. Después de ser proclamado, el emperador Miguel honró a su hermano Juan Comneno con el cargo de sebastocrátor y le envió las insignias de la dignidad mientras estaba en occidente. Honró a Alejo Estrategópulo con el cargo de Gran Doméstico y a su hermano Constantino, que lo era de otra madre, con el título de César y lo envió a Paflagonia para que inspeccionara las ciudades de aquella región, su ejército y las plazas fuertes.

LXXVIII

Tras hacerse dueño del cetro imperial, Miguel Comneno liberó y convocó a todos los que, sin importar la causa, habían sido encarcelados o, de un modo u otro, apartados por el emperador Teodoro, y les hizo objeto de abundantes regalos. En general, empleó su poder en tratar a todo el mundo de forma amistosa, distribuyendo sin reparos dinero. Fue digno de ver al pueblo romano, fuera cual fuese su clase social, su fortuna, su función, repleto de inmensa alegría y contento con estos dones, como si alguien se abriera paso hacia la pura luz del sol desde una profunda noche sin luna, o desde una tempestad hacia la calma, o desde el invierno hacia la primavera, o desde un vendaval hacia la falta de vientos, transformada una tremenda inquietud en gozo. Así todos saltaban y brincaban de alegría, olvidados de la anterior existencia dolorosa y amarga. Por su parte, los latinos de Constantinopla y Balduino, su soberano por aquel momento, enviaron una embajada al emperador con abultadas pretensiones que estaban próximas a lo absurdo. Despreciaban al emperador y, con motivo de su ascenso al poder, hicieron onerosas peticiones. Primero, comenzaron pidiendo la ciudad de Tesalónica y que les entregase el emperador ésta y el resto del país hasta la propia Constantinopla. Cuando el emperador hubo oído tales peticiones, les respondió ingeniosamente: «Esa ciudad resulta que es como mi patria. Allí gobernó mi padre, quien, como incluso vosotros sabéis, fue Gran Doméstico. No sólo eso, sino que también en ella abandonó la vida y su cuerpo allí está enterrado. ¿Cómo debería estar esa ciudad fuera de mi Imperio?» Tras oír la respuesta, los embajadores vacilaron ante sus palabras, como si el emperador fuera a concederles alguna de sus peticiones. Cambiando sus términos, dijeron: «Entonces, señor, entrégnos la posesión del resto del territorio que hay desde Serras.» El emperador dijo: «Tampoco hacéis una petición conveniente. En primer lugar, en aquellas tierras comencé a gobernar un país por encargo del bienaventurado emperador, mi tío. Allí, por primera vez, me puse al mando de un ejército y amo esa tierra como un solar familiar. Por tanto, tampoco debo abandonar esa ciudad.» Con desparpajo, entonces, los embajadores fueron saltando de un lugar a otro. No obtenían nada, aunque de conseguir algo, les contentaría como si hubieran sacado algún provecho. «Señor,» repusieron «danos la tierra desde Bolero hasta la nuestra.» Les dijo el emperador: «En esos lugares cacé con frecuencia y allí casi aprendí a vérmelas con las fieras. No me parece digno desprenderme de ese sitio, donde, además, me plazco y disfruto de cazar animales.» «¿Qué nos das, entonces?» adujeron los embajadores al emperador. «Yo» dijo éste «nada. Pero si queréis, podéis aceptar la paz de mí. Me conocéis bien, sabéis cómo batallo de cuando gobernaba Bitinia y Tarsia y cómo sé combatir contra vosotros. Quiero que los latinos de Constantinopla sean tributarios del Imperio de los romanos con una parte correspondiente de sus impuestos sobre el comercio similar a sus ingresos. Si prometéis dármela, accedo a la paz; si no, vayamos a la guerra, que, con la ayuda de Dios, resultará beneficiosa para los romanos.» De ese modo,

lentos de vergüenza, los embajadores de los latinos regresaron a Constantinopla con las manos vacías.

LXXIX

El emperador envió una embajada al rebelde Miguel con Teodoro Files, que había sido cegado por el emperador Teodoro. La embajada era amistosa y dispuesta a ceder muchas de las ciudades y territorios pertinentes. El emperador se los entregó al rebelde para atraerlo a la conciliación. Por su parte, reclamó algunas pocas cosas que no era conveniente dejar de lado. Sin embargo, el rebelde era firme ante las negociaciones e inflexible ante las palabras. No sólo no recibió a la embajada, sino que incluso le dio una respuesta impertinente. No sólo lo animaba su parentesco con Manfré, el rey de Sicilia, sino el que tenía con Gulielmo, el príncipe de Acaya puesto que esos compromisos ya se habían hecho realidad. Por ello, se mostraba ambicioso y negociaba con altivez. Regresó, entonces, Teodoro Files junto al emperador muy molesto por las palabras de aquél y dolido por su respuesta. Al salir, le dijo al rebelde: «Sé que eres un insensato y que por eso profieres esas palabras impertinentes, pero ten en cuenta que muy pronto tendrás pruebas de la fuerza del emperador y del poder de los romanos, y te arrepentirás cuando ya no te sirva de nada.» Tras decir eso, partió junto al emperador reconociendo la inmensa estupidez de Miguel al no querer cumplir las peticiones del emperador. Tampoco quiso liberar a Constantino Carabon ni a mí, quien esto está escribiendo. Al primero, por haber crecido al lado del emperador y haber compartido frecuentemente con él sus funciones como militar; a mí, porque coincidió que había tenido relaciones con el anterior emperador y porque mi esposa se lo había pedido al anterior emperador echándose lastimeramente a sus pies. Todo esto, cuando el emperador había liberado de la prisión a más de veinte que, cuando fue enviado por el emperador Teodoro, había capturado en la guerra de Bodena, algunos de los cuales eran parientes del rebelde mientras que otros eran miembros ilustres del ejército y de su familia. Así transcurrió el asunto de la embajada ante el rebelde. El emperador, a su vez, envió una embajada a Manfré, rey de Sicilia y yerno del rebelde, con el prefecto del canicleo, Nicéforo Aliates, a quien mantenía a su lado desde hacía unos dos años. ¿Cómo hubiera podido cumplir Manfré por entero con alguno de los deseos del emperador cuando estaba ligado al rebelde y poseído por la ilusión de un beneficio mayor? El emperador mandó también una embajada al príncipe de Acaya, pero éste, confiado en su parentesco con el rebelde y con la expectativa de sacar mucho partido de esta situación, no prestó atención a sus palabras.

LXXX

Como dijimos, el emperador mandó a occidente contra el rebelde a su primo el sebastocrátor. Éste tomó bajo su mando las tropas y a sus generales y ordenó emprender inmediatamente la marcha hasta que encontrasen al ejército del rebelde. El sebastocrátor, pues, hizo lo ordenado, mientras que el rebelde Miguel acampó con su esposa y sus allegados en los alrededores de Castoria. De repente, le llegó el anuncio de que los ejércitos romanos habían pasado los desfiladeros de Bodena y avanzaban contra él. Cuando oyeron la noticia, invadió su espíritu un no pequeño temor y emprendieron la fuga poniendo en movimiento a toda su gente. Dado que era de noche y que no veían por dónde pasaban, mucho cayeron presa del camino como si fueran del acero. Teodoro Petralifas, hermano de la esposa del rebelde Miguel, que iba montado a lomos de un airoso caballo, se despeñó junto con éste y ambos perecieron. Se retiraron hasta sus fronteras, es decir, hasta los montes Pirreneos, que dividen el antiguo y el nuevo Epiro del territorio de Grecia y del nuestro. Tras estos acontecimientos así desarrollados, el sebastocrátor, aprovechando que tenía las manos libres por haber encontrado el lugar abandonado de las fuerzas que la defendían, se lanzó contra sus ciudades. Primero, se dirigió hacia Acrida, que todos saben que es la sede del arzobispado de Bulgaria, acompañado de su arzobispo, Constantino Cabasilas, que había estado en poder el emperador Teodoro porque era sospechoso de no ser leal al Imperio. Resultó que sus hermanos Juan y Teodoro estaban con el rebelde Miguel. Teodoro formaba parte de los personajes prominentes de su corte y Juan casi estaba a cargo de su estado administrando sus asuntos públicos y privados. Por estos motivos, el emperador Teodoro no confiaba en el arzobispo; pero el emperador Miguel trataba los asuntos de manera más liberal haciendo depender de Dios todos sus intereses y la mayor parte de sus actuaciones. Concedió, pues, al arzobispo la libertad de dirigirse a su tierra, por eso iba en el séquito del sebastocrátor. Una vez llegados a Acrida, como dijimos, el sebastocrátor puso en funcionamiento las máquinas de asedio contra sus moradores. El arzobispo, por su parte, asumió la tarea de convencerlos con sus palabras. En consecuencia, tras no mucho tiempo, la ciudad de Acrida fue tomada. Cuando el sebastocrátor hubo arreglado allí la situación de forma satisfactoria, se lanzó hacia Deábolis porque había decidido a apoderarse de la ciudad de Deábolis mediante toda clase de máquinas de asedio. Impartió las órdenes, erigió las helépolis y mandó hacer toda clase de máquinas. Llevó a cabo continuos asaltos y puso su empeño en realizar la toma de la ciudad por todos los medios. En efecto, la empresa se cumplió según sus planes. La mayoría de los moradores de la ciudad habían muerto; no pocos habían caído víctimas del lanzamiento de dardos; otros estaban acobardados (por su naturaleza, las gentes de occidente son cobardes a la hora de defender sus ciudades). Por todo ello, entregaron al sebastocrátor la propia ciudad de Deábolis y toda la región en torno a sus plazas. Así, Prespa, Pelagonia, Sosco y Molisco cayeron bajo el poder de las fuerzas romanas y se sometieron a éstos. De ese carácter son los habitantes de occidente, fácilmente

dispuestos a doblegarse ante toda clase de señores, así evitan la ruina y preservan la mayor parte de sus propiedades. Esto sucedía mientras pasaba la primavera.

LXXXI

El rebelde Miguel veía que sus planes no iban a ofrecer buenas perspectivas y, por ello, decidió enfrentarse a las tropas imperiales. Movi6 todos sus recursos y, como afirma el dicho, «movió todos los cables». Reunió a todos los allegados en su integridad y aadió una alianza no insignificante con el rey de Sicilia, su yerno. Su aportación fue de cuatrocientos caballeros, dotados de poderosas armaduras y montados en soberbios caballos de gran alzada. Cada uno de ellos pertenecía a lo mejor de cada casa. Su otro yerno, el príncipe de Acaya, congregó a todo su ejército y suscribió una alianza por su propia cuenta con su suegro. Guiaba una fuerza armada de innumerables hombres integrada por francos y por los romanos que habitaban en Acaya y el Peloponeso y que eran sus vasallos. La mayoría eran originarios de Laconia. Se reunió, pues, un ejército inmenso que se puso en movimiento contra el hermano del emperador, el sebastocrátor Juan, quien, como tenía los mejores consejos de su hermano y emperador, buscó el enfrentamiento con los enemigos de la manera más adecuada a su estrategia. Controlaba la parte mejor fortificada del lugar con su caballería pesada dotada de armaduras. Ordenó que la infantería ligera, al poder moverse de manera más veloz, entablara batalla contra los enemigos en la parte llana. Estaba integrada ésta por escitas, turcos y muchos de origen romano, y eran diestros en el uso del arco. Atacaron a los contrarios mientras les lanzaban a distancia las flechas. Comenzaron, efectivamente, a caer desde el lugar que se llama Longo Borila, sobre los enemigos y no les dejaban andar con libertad de día ni reposar de noche. De día, combatían contra ellos mientras abrevaban los caballos, si es que se alejaban para que bebieran; caían sobre ellos en el camino y, acercándose a sus carros y sus bestias de carga, saqueaban sus mercancías mientras que sus guardianes escapaban. Con estas frecuentes operaciones, ganaron no poca confianza en contra de los enemigos de modo que les echaron mano con sus manos y saquearon cualquier cosa suya que encontrasen. En consecuencia, el ejército del rebelde Miguel por este motivo se reducía y caía en no insignificante pánico. Habían renunciado casi a cualquier tipo de salvación. Dejaron de lado en medio de la devastación y con esfuerzo Estano, Sosco y Molisco (su objetivo era llegar a la ciudad de Prílapo para poder conservarla), pero, una vez allí, cada uno se dispersó y decidió según su propio criterio y en la medida de sus fuerzas el modo de correr para salvar su vida. El rebelde Miguel junto con su hijo Nicéforo y algunos otros escasos partidarios, a los que solía confiar sus operaciones, escaparon de noche a lomos de caballos. Eran buenos conocedores del camino. Cuando se hizo de día y los soldados de su ejército se enteraron de la huida de Miguel, se dieron también ellos a la fuga.

Entonces, el ejército de los romanos, los jefes de su estado mayor y Juan, el hijo bastardo del rebelde, se llegaron a donde estaba el sebastocrátor Juan, le tendieron sus manos y prestaron juramento al emperador. El príncipe de Acaya y sus hombres se dispersaron cada uno en una dirección distinta. El príncipe fue capturado en Castoria, escondido en un pajar. Uno de los soldados del ejército lo había reconocido por sus dientes (tenía los de delante muy grandes y prominentes sobre su mandíbula) y fue conducido entre cadenas ante el emperador. Los comandantes de sus tropas y allegados, como Asel Detusi, Yofré de Caritania y muchos de los notables, fueron también capturados, unos en los alrededores de Platamón y otros en otros sitios, y fueron llevados encadenados ante el emperador. Por otro lado, el contingente aliado de Mafré, el rey de Sicilia, que había sido enviado al rebelde y cuyo número, como dijimos, ascendía a unos cuatrocientos, fué apresado con sus propias armas, y sus propios caballos por cuatro hombres uno de los cuales era el Gran Doméstico Alejo Estrategópulo y el otro Nicéforo Rimpsas, que era de origen turco, pero que se había convertido en un buen cristiano. Los otros dos eran soldados anónimos. Aquéllos fueron despachados junto al emperador encadenados. Los nuestros, gracias a los consejos del emperador, consiguieron una victoria tal que su fama alcanzó a todos los confines de la tierra. Pocas victorias tales había visto el sol. Los nuestros, pues, se hicieron con todas las ciudades y todo el país.

LXXXII

El sebastocrátor Juan pasó por Tesalia y fortificó sus ciudades y castillos. Acampó en Nueva Patrás llevando a su lado a Juan, el bastardo del rebelde Miguel. Alejo Estrategópulo, el Gran Doméstico, y Juan Raúl atravesaron los montes Pirreneos y avanzaron hasta Arta tras dejar en Joánina parte del ejército para el asedio de la ciudad. Llegaron, pues, a Arta, donde aquél se encontró con los que había tratado hacía pocos días y a los que, después de despedirse, había dejado allí sin que se mostraran partidarios ya de nuestro bando porque los soldados del ejército no se habían comportado bien con ellos. Por eso, aquella famosísima y brillante victoria en no mucho tiempo se volvió en contra. Salí, pues, al alba al encuentro del sebastocrátor Juan, el primo del emperador, que estaba en Nueva Patrás, y, tras permanecer con él unos días, emprendí camino en dirección al emperador. Juan, el hijo bastardo del rebelde Miguel, que estaba con el sebastocrátor Juan, estaba tramando una rebelión junto a algunos otros. Cuando el sebastocrátor Juan marchaba contra los latinos y, dejando de lado Lebadía, saqueaba Tebas, aquél, sacó a la luz la deslealtad que albergaba y escapó junto con algunos otros hacia su padre, el rebelde Miguel. Éste, turbado por lo súbito del hecho y sin saber ni dónde estaba, embarcó en unos botes con su hijo Nicéforo, su esposa y algunos de sus partidarios y emprendió la travesía por mar para refugiarse en las islas del entorno, esto es, Léucade y Cefalonia. Sin embargo, después de que su hijo bastardo Juan hubiera llegado a él, como se

ha contado, se recuperó de su cobardía y, sacudiéndose las vacilaciones, marchó a Arta. Una vez llegado allí, como se encontró con que sus habitantes le eran favorables y que la ciudad de Bodintza estaba de su parte, reunió a los que allí había y se lanzó contra nuestras posesiones en Arta. A los que asediaban Joánina los expulsó lejos de la ciudad. Ése fue el comienzo de los males de los romanos. Los buenos consejos del emperador acabaron por reducirse a nada o a muy poco por culpa de la negligencia y la desobediencia de sus generales. Entonces, el primo del emperador, el sebastocrátor Juan, y su suegro, Constantino Tornicio, abandonaron la batalla y se reunieron con el emperador, que estaba en Lámpsaco, y se quedaron allí. El emperador honró al sebastocrátor Juan con la dignidad de déspota, ofreciéndole ese título como compensación por su victoria y para equilibrarlo con las personas que habían combatido contra él, habiendo combatido así como déspota contra déspotas. Honró con la dignidad de sebastocrátor a su suegro Constantino Tornicio, que era Gran Primicerio. A su primo Constantino hizo pasar de César a sebastocrátor. Los distintivos de los sebastocrátors diferían en que el primo del emperador llevaba en sus borceguíes azules pegadas unas águilas de oro, mientras que Tornicio calzaba unos borceguíes sin éstas. A Alejo Estrategópulo, a quien el soberano había honrado con el título de Gran Doméstico, lo nombró César mediante una carta, otorgándole una dignidad a distancia¹²⁴. Esos fueron los acontecimientos.

LXXXIII

El emperador pasó el invierno en Lámpsaco y, cuando alumbró la primavera, marchó sobre Constantinopla. Todo su empeño y su entero objetivo era liberarla de las manos de los latinos. Llegó, pues, ante Constantinopla depositando su confianza no en el ejército (no iba al frente de un ejército capaz de asediar semejante capital), sino engañado por las palabras de su primo, cuyo nombre era Asel. Había engañado, en efecto, al emperador diciendo que tenía su casa junto a la muralla de la ciudad y que controlaba unas puertas por las que podría introducir el ejército del emperador dentro de la ciudad sin ruidos y sin pelea. Con esas palabras ganó su confianza, y su parentesco le hizo concebir la idea de que el hombre le estaba contando la verdad. Éste había recibido, además, la promesa mediante juramento de mayores dádivas y honores en la batalla contra el príncipe de Acaya. Esperaba también imponentes bienes y disfrutaba ya de muchas prerrogativas cuando le hizo esas promesas al

¹²⁴ Más o menos, atendiendo a las variaciones que las dignidades cortesanas sufrieron a lo largo de la historia del Imperio de Oriente, la jerarquía de los títulos era: protosebaste / sebaste / déspota / sebastocrátor / César / panhipersebaste – protosebaste / pansebaste / hypéretas – panoikeiótatas – protoproedros / provestiario / parakoimómenos / primicerio / condestable, etc. La lista es mucho más larga si incluimos los cargos del ejército, los administrativos y de la armada. La mayoría de esos títulos eran meramente honoríficos y no hereditarios.

emperador y recibió en respuesta las que le hizo a él. Así pues, como dijimos, con tal esperanza, el emperador se dirigió a Constantinopla y acampó frente al extremo norte de la ciudad, en el lugar llamado Gálata. Aparentemente, iba a atacar el castillo de Gálata; pero, en realidad, envió a escondidas emisarios a Asel para que cumpliera lo prometido. Sin embargo, éste miraba su provecho, no la verdad. Sus respuestas fueron engañosas, poniendo unos y otros pretextos en cada ocasión. Dado que el tiempo corría sin pausa y nada se conseguía, por más que el ejército con sus armas partiera por la noche y se acercara al sector donde estaba su casa (eso era lo que había indicado aquél), se acabó descubriendo que todo era evidentemente mentira. Como no tenía una defensa lógica, desplazó la culpa al gobernante de la ciudad, diciendo: «Ha supuesto por sus sospechas que no está bien que yo posea las llaves de la ciudad y, por eso, se las ha quedado y soy incapaz de poner manos a la obra.» Cuando el emperador reconoció claramente el engaño del hombre, abandonó el lugar. Por el camino, los latinos le enviaron al emperador tres embajadores para pedir la paz. El emperador accedió sólo durante un año para poner su situación en un asfixiante y angustioso estado.

LXXXIV

El emperador, pues, atravesó el Helesponto y llegó a Pegas, donde se quedó. Cuando hubo pasado la estación estival y también hubo terminado la de otoño, levantó el campo de aquellos lugares y llegó a Ninfeo, sitio donde acostumbran a descansar los emperadores desde que están en el exilio fuera de Constantinopla. A mí me envió como embajador a Constantino, el soberano de los búlgaros. Partí, pues, junto a éste y pasé a su lado algunos días. Se dio la circunstancia por aquel entonces de que se celebraban las fiestas del nacimiento de Cristo y de su bautismo en las que los soberanos búlgaros brillan sobremanera. Quiso el soberano búlgaro, en aquel momento Constantino, que estuviera a su lado y que fuera testigo de las celebraciones. Una vez cumplidas mis órdenes, abandoné Trinobo y marché junto al emperador, que se hallaba en Ninfeo. Allí estaba pasando el invierno y, cuando hubo alumbrado la primavera, partió de Ninfeo, después de haber celebrado el esplendoroso día de la Resurrección del Señor. Pasó unos días en Flebia y partió en dirección a un lugar llamado algo así como Clizomene, donde plantó su tienda. En ese lugar suelen los emperadores pasar un tiempo después de salir de Ninfeo y dejar que transcurra la estación primaveral. El sitio es una amplia llanura y con una abundante provisión de hierba que es suficiente para los caballos. Hay agua abundante y cerca hay muchas aldeas y ciudades de las que se consiguen abundantes provisiones. Mientras estaba allí el emperador, se quedó también el sebastocrátor Tornices, que había venido desde Nicea, y le estuvo molestando con el caso del ex patriarca Arsenio. El trono patriarcal había estado vacante después de que el patriarca Nicéforo (quien había cambiado la sede de Éfeso

por el trono patriarcal) hubiera pasado de este mundo a habitar las moradas eternas sin haber adornado el trono patriarcal ni siquiera un año completo. Ese tal Arsenio había sido promovido al trono patriarcal por el emperador Teodoro. Era un hombre por completo inapropiado en su forma de expresarse y de obrar. No tenía motivos que lo hicieran apropiado al cargo. No los tenía por no haberse formado y por no tenerlos de su natural. Antes bien, era de carácter osco; de conducta, ruda; pronto a los odios y lento en el amor, y llevaba el rencor como una sombra que acompañaba su cuerpo. Al principio del reinado del emperador, asentía en todo lo que hacía y se portaba de forma amistosa con el emperador; pero, cuando hubo concluido la ceremonia de la coronación, al punto cambió hacia una actitud opuesta y se mostró hostil con el emperador teniendo como cómplices en ello a Andrónico de Sardes y a Manuel de Tesalónica, llamado Opsaras. El de Sardes, con ocasión de la campaña contra Constantinopla y cuando el emperador había puesto su campamento cerca de ella, en ese momento, vistió el hábito monacal por inspiración de Yoancio de Filadelfia. Ante sus continuas molestias para que le diese la sede de Paflagonia (de allí era originario), el emperador se percató de la mente retorcida del hombre y no le dejó acceder a aquel sitio. Su intención era agitar toda la región de Paflagonia para que le fuera hostil al emperador. El emperador se comportó de la manera más justa con él y lo nombró metropolitano de Sardes, no de Paflagonia. «Debes» le dijo «estar a gusto en Sardes, quedarte allí y pastorear el rebaño.» Como conocía lo irreversible de la decisión del emperador, sin poder hacer nada, escogió la vida de monje. En cuanto a Manuel de Tesalónica, partió voluntariamente de Nicea y se quedó en sus alrededores. El ex patriarca Arsenio también partió de Nicea y pasó un tiempo enclaustrado en un monasterio. En ese momento, todos los obispos se reunieron en Lámpsaco y mediante votación de todos y decreto imperial, fue elevado al trono patriarcal el obispo de Éfeso, Nicéforo. Sin embargo, éste, como dije, falleció sin haber cumplido un año. Entonces, el sebastocrátor Tornicio, llevado por su amistad con Arsenio, forzó al emperador para que restituyera a Arsenio en el trono patriarcal relatando milagros y portentos realizados por Arsenio. Mediaba sin descanso ante el emperador incitándolo para que ese personaje hostil ocupara el patriarcado. El emperador, quieras que no, haciendo caso a los consejos del sebastocrátor, restituyó en el trono patriarcal a Arsenio. Eso fue lo que pasó con Arsenio.

LXXXV

El emperador, dentro de sus medidas de gobierno, envió al César Alejo Estrategópulo a occidente con una parte del ejército para que entablase batalla con los que allí estaban por ser enemigos de los romanos. Como a su paso por el camino que le llevaba a occidente bordearía Constantinopla, le ordenó que hiciese una incursión en contra y que llevase el ejército hasta sus puertas con idea de inducirles temor a los latinos que había en su interior. Tuvo lugar

también entonces un acontecimiento debido a la providencia divina. Una enorme nave mercante latina llegó a Constantinopla procedente de Venecia. En ella iba un joven poderoso, al que llaman *podestà* y que era un hombre, al parecer, enérgico y arrojado en la guerra. Incitó éste a los latinos de Constantinopla para que combatieran. «No debemos» les aconsejó «quedarnos solamente dentro de la ciudad guardándonos nosotros y a ella, sino que también debemos hacer algo contra los romanos para que no acaben por mostrarnos un completo desprecio.» Así pues, los persuadió para que embarcaran en cuantas galeras tuviesen y en algunas otras naves, como lembadios y dromones¹²⁵, y navegasen hasta la isla de Dafnusia¹²⁶ por si pudieran apoderarse de ella y hacerse con un botín sacado de sus recursos. La ciudad, entonces, quedó vacía de hombres y habitada y guardada por mujeres, niños y por Balduino, quien la gobernaba, junto con unos pocos soldados. El César Alejo Estrategópulo se aproximó en una súbita incursión nocturna a Constantinopla. Como iba acompañado por algunos hombres de origen constantinopolitano que conocían con exactitud las características de la ciudad y como, tras ser informado por ellos, supo por qué lugar de la muralla sería posible que un soldado de infantería entrase al interior, se puso inmediatamente manos a la obra. Por aquel lugar entró un hombre, al que le siguió otro y a éste, otro, así hasta cincuenta y cinco. En un instante, muchos otros más habían penetrado en la ciudad. Se toparon en la muralla con uno de los que estaban encargados de la guardia. Algunos de los asaltantes subieron y, tomándolo de los pies, lo arrojaron por fuera de la muralla. Otros, armados con hachas, rompieron los maderos que bloqueaban las puertas y dejaron franco el paso al ejército al interior de la ciudad. De ese modo, el César Estrategópulo y todos sus hombres, romanos y escitas (de estos hombres estaba compuesto el ejército a su mando) estuvieron dentro de la ciudad. Cada uno de los del interior, sobrecogidos por lo repentino del asalto, se buscó su salvación como pudo. Unos acudieron a los monasterios y se vistieron de los hábitos monacales para evitar la muerte. Las mujeres se concentraron en los huecos de los muros y se escondieron en sombríos rincones ocultos. El gobernante de la ciudad, Balduino, se precipitó en dirección al gran palacio. A su vez, los latinos que habían partido a Dafnusia y el *podestà* que los acompañaba, ignorantes de lo que estaba ocurriendo, reemprendieron el camino a la ciudad sin haber podido hacer nada en la isla de Dafnusia (Dios estaba en contra de ellos). Hasta llegar al lugar donde está el santuario de San Miguel, archiestratego de las tropas celestiales, que se encuentra en las proximidades de Anaplo, no se enteraron de nada de lo que había pasado. Cuando hubieron llegado allí y se hubieron enterado, se precipitaron en dirección a la ciudad. Los soldados

¹²⁵ «Lembadios» eran canoas hechas de un solo tronco de árbol. «Dromones» eran naves de guerra de la flota romana que solían llevar tres velas latinas y dos filas de remeros.

¹²⁶ Hoy día Kefken Adası, isla situada en la costa turca del Mar Negro frente a la localidad de Kefken.

romanos, al saber que venían, prendieron fuego a las casas de los latinos, que se hallaban cerca del mar, y las quemaron. Primero fueron la de los venecianos y luego las de las otras naciones, que llaman *campi*. Cuando los latinos vieron la ciudad envuelta en llamas, se golpeaban las mejillas y, embarcando a cuantos pudieron en sus galeras y en las restantes naves, se retiraron. Una galera arribó al gran palacio y recogió a Balduino, que estaba a punto de caer cautivo. Así tuvieron lugar esos acontecimientos y Constantinopla, gracias a la providencia divina, volvió a caer en manos de los romanos conforme a lo que es justo y natural. Era el veinticinco de julio de la cuarta indicción¹²⁷, el año 6769 desde la creación del mundo y después de cincuenta y ocho años de dominación enemiga.

LXXXVI

Mientras en aquella ocasión el emperador se hallaba acampado en Meteorio, un cuchicheo recorrió de noche los oídos de la gente. El rumor decía que un criado de la hermana del emperador, llamada Irene, cuyo nombre había cambiado al convertirse en monja por el de Eulogia, había llegado junto a ella desde Bitinia, el cual se había enterado por el camino de que Constantinopla había sido tomada por alguien del ejército romano. A la mayor velocidad que pudo, la hermana del emperador acudió a su lado y lo encontró durmiendo. Lo sacudió con su mano cuidadosamente para que despertara, y le dijo quedamente con una voz enérgica: «Te has apoderado de Constantinopla, mi señor.» Le repitió la frase varias veces, pero el emperador permanecía sin responderle nada. Cuando ella cambió el sentido de sus palabras y le dijo: «Levántate, mi señor, porque Cristo te ha regalado Constantinopla», levantándose del lecho, alzó las manos al cielo y dijo: «Estas palabras, hermana mía, sí las acojo, porque las anteriores, eso de que poseo Constantinopla, no me son aceptables en absoluto. ¿Cómo sería dueño de Constantinopla desde Meteorio si ni siquiera he enviado un ejército digno de tal nombre contra ella? Aunque yo mismo confieso que esta conquista le resultaría fácil a Dios, que es capaz de conceder lo que casi es imposible a aquéllos a los que Él desee concedérselo.» Después de estas palabras, convocó a todos los notables y les preguntó si creían que era cierto lo que decían las noticias y ellos confirmaron que eran verdaderas. Sobre todo, les era conocida de manera muy fehaciente la salida de los latinos. Algunos, con todo, se expresaban en términos ambiguos. Eran los que no reconocían la determinación de la providencia divina y suponían que era un objetivo muy difícil y no fácilmente obtenible. En tales disquisiciones transcurrió la noche y, cuando llegaron las luces el día, se extendió la esperanza de que viniera quien iba a

¹²⁷ La indicción era un período de quince años establecido por el emperador Constantino en el año 312 y su objetivo era regular el cobro de impuestos. Posteriormente, quedó fijado como criterio cronológico durante el Imperio de Oriente. Constantinopla pasó a manos de los bizantinos el año 1261.

comunicar lo que era verdad; pero pasó el día aquel y nadie llegó con la noticia. Todos los ánimos estaban irritados y, sobre todo, el del emperador. Sin embargo, a la llegada de la noche, el portador de la buena nueva apareció y comunicó claramente el hecho, que el ejército romano con el César Estrategópulo había penetrado en Constantinopla, y lo contó todo tal cual había sido.

LXXXVII

El emperador, pues, partió de Meteorio con inmenso placer y se apresuró a llegar a Constantinopla a toda velocidad. Iba con el temor de que los latinos, de vuelta de Dafnusia y, estando todavía dentro de la ciudad, presentasen una dura batalla a los romanos, y los expulsasen fuera de las murallas al ser muchos más que los romanos. Pero no fue eso lo que sucedió, sino que los latinos, sacudidos de golpe sus ánimos, prefirieron huir, como el relato ha dejado claro anteriormente. El emperador, entonces, intensificó el ritmo de su marcha. Cuando, tras dejar de lado los montes de Cálamo, el emperador había plantado su tienda cerca de Aquirao, le fueron traídos los símbolos imperiales de Balduino, el ex gobernante de Constantinopla. Eran éstos un manto de forma latina adornado con perlas y sobre la cabeza, una piedra preciosa roja; borceguíes de color púrpura y una espada cubierta con un velo de seda púrpura. Entonces fue cuando todo el pueblo creyó lo ocurrido, ya que la magnitud de la hazaña no había permitido creer fácilmente en los rumores. En suma, el emperador se puso en movimiento a toda prisa. El trayecto lo hacía a largas marchas forzadas. Cuando se estaba acercando a Constantinopla, el emperador pensó que era mejor hacer su entrada de forma más propia de un ceremonial sagrado que de una ceremonia imperial. Ideó el modo de elevar plegarias de agradecimiento a Dios y preces en favor del Imperio, de la jerarquía eclesiástica, de la ciudad y del conjunto al completo de sus habitantes. Buscó al encargado de escribir las plegarias y decidió que el filósofo Blemides se pusiera manos a la obra, pero el hombre se encontraba lejos, ya que vivía en Éfeso y el asunto se retrasaría. Por otro lado, el emperador no quería dilatar la entrada. Se hallaba molesto por estas circunstancias, pero yo le disipé el malestar al emperador: «Señor,» le dije «si quieres que las preces provengan de un santo varón, como es tu voluntad que ocurra, no puedo decir nada; pero si optas por que otro cualquiera con capacidad para escribir cumpla tu deseo, aquí me tienes para realizar tu voluntad y componer las preces.» Le pareció esto mejor al emperador y eligió las que iba a hacer yo para acelerar su entrada. Me puse inmediatamente a la labor y en el curso de casi un día completo y una noche, compuse trece plegarias, cada una con su propio tema.

LXXXVIII

El emperador llegó a Constantinopla el día catorce de agosto, pero no quiso entrar en la ciudad el mismo día, sino que plantó sus tiendas en el monasterio de Cosmidio, cercano al palacio de Blaquernas. Tras pasar allí la noche, al alba se levantó y culminó la entrada en Constantinopla del siguiente modo. Como no estaba presente el patriarca Arsenio y era preciso que uno de los obispos pronunciase las plegarias al público, el metropolitano de Cízico, Jorge, al que llaman también Clidás, cumplió con el cometido. Subió a una de las torres de la Puerta de Oro portando el icono de la Madre de Dios procedente del monasterio llamado Odigós¹²⁸ y pronunció en voz alta a toda la audiencia las preces. El emperador, entonces, se despojó del mando y se echó a tierra de rodillas, y todo su séquito, que estaba detrás de él, se arrodilló. Cuando la primera plegaria fue pronunciada y el diácono indicó que se levantaran, todos, cuyo número ascendía a cien personas, se alzaron diciendo «Kyrie eleison.» Cuando el metropolitano hubo terminado esta ceremonia, se dispuso a pronunciar, como en el primer caso, otra plegaria y, de este modo, fue cumpliendo con la celebración hasta completar todas las preces. Cuando hubo concluido estos ritos, el emperador entró por la Puerta de Oro de manera más propia de una ceremonia sagrada que imperial. Marchaba a pie precedido por el icono de la Madre de Dios hasta que llegó al monasterio de Estudio. Dejó allí el icono de la Inmaculada Madre de Dios y montó a caballo, y llegó al templo de la Sabiduría Divina¹²⁹. Se prosternó allí ante Cristo, Nuestro Señor, y, después de cumplimentar allí las habituales preces de agradecimiento, se encaminó al Gran Palacio. El pueblo romano estaba lleno de alegría, exultante, con un inmenso gozo. Nadie había que no saltara, que no se sintiera orgulloso. Casi no podían creer lo que estaba ocurriendo por lo inesperado del hecho y lo enorme del deleite. El patriarca debía estar en Constantinopla, así que, tras el plazo de unos días y gracias a las persuasivas palabras de algunas personas, acabó por entrar en la ciudad. El emperador, entonces, salió del palacio en dirección al sagrado templo de la Divina Sabiduría para entronizar al obispo en su sede. Se unieron al emperador toda la nobleza, los próceres y todo el pueblo. El emperador tomó de la mano al patriarca y le dijo: «Tienes tu trono aquí, Santidad, del que te viste privado durante largo tiempo. Ahora, disfruta de tu sede.» Así se comportó el emperador con el patriarca.

LXXXIX

Esos fueron los hechos que creí no se debían omitir en mi obra. He compuesto una historia sobre la liberación de Constantinopla. El objetivo del relato ha sido desde el principio el agradecimiento a Dios por su bondad con los romanos, por

¹²⁸ El famoso icono de la Virgen Odigitria, cuya advocación podría traducirse como Virgen de la Guía. La imagen muestra a la Virgen señalando a su hijo como guía para el camino de la Salvación. Era la advocación más amada del pueblo constantinopolitano.

¹²⁹ Santa Sofía.

su misericordioso amor y por su protección, y uno a mis palabras también una expresión de agradecimiento al emperador. La última petición de esta historia es que el hijo mayor del emperador, Andrónico Comneno¹³⁰, sea asociado al trono junto a su padre y emperador. Este objetivo no ha sido considerado por la mayoría y, sobre todo, por los altos mandatarios del Imperio, que no tenían este asunto en consideración. Nuestros próceres, como Juan, el primo del emperador, y Tornicio, su suegro y sebastocrátor (el César Estrategópulo, aunque hubiera estado presente en esos momentos, no se hubiera ocupado de ello para nada), que no entendieron mi objetivo ni mi propuesta, forzaron al emperador para que oyera este relato; pero el emperador se enfadó, porque el sol lanzaba ya los rayos del mediodía y era la hora del almuerzo...

FIN DE LOS ANALES DE JORGE ACROPOLITA

¹³⁰ Andrónico II Paleólogo (1282-1328), asociado al trono en el año 1272 con idea de afianzar la dinastía de los Paleólogos.